

QUEMAR LAS NAVES, HACER PERIODISMO

Liudmila Peña Herrera
Rodolfo Romero Reyes

ocean
sur
O



LIUDMILA PEÑA HERRERA (Puerto Padre, 1987). Licenciada en Periodismo por la Universidad de Oriente (2010) y Máster en Comunicación Social por la Universidad Oscar Lucero Moya, de Holguín (2018). Graduada del Taller Nacional de Técnicas Narrativas Onelio Jorge Cardoso (2006). Trabajó en el semanario *jahora!*, de Holguín, en el diario *Juventud Rebelde*, y ha colaborado con diversos medios de prensa como *Cubadebate*, *Cubahora*, *La Jiribilla*, *Cubaperiodistas*, y las revistas *Contexto Latinoamericano* y *Alma Mater*. En la actualidad es periodista de la revista *Bohemia*.

RODOLFO ROMERO REYES (Guanabacoa, 1987). Licenciado en Periodismo por la Universidad de La Habana (2010). Máster en Desarrollo Social por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso-Cuba) (2013). Doctor en Ciencias de la Comunicación (2022). Egresado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Educomunicador popular. Fundador e integrante del proyecto Escaramujo. Desde 2006 ejerce el periodismo en la revista *Alma Mater* y desde 2017 coordina la publicación *Contexto Latinoamericano*. Tiene libros publicados con las editoriales Abril, Capitán San Luis y Ocean Sur. Recibió, en 2017, la Distinción Félix Elmuza.

QUEMAR LAS NAVES, HACER PERIODISMO

Liudmila Peña Herrera

Rodolfo Romero Reyes

Derechos © 2023 Liudmila Peña Herrera y Rodolfo Romero Reyes
Derechos © 2023 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-922501-87-5

Primera edición 2023

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

América Latina: Ocean Sur • E-mail: info@oceansur.com

Cuba: Prensa Latina • E-mail: plcomercial@cl.prensa-latina.cu

EE.UU., Canadá y Europa: Seven Stories Press

• 140 Watts Street, New York, NY 10013, Estados Unidos • Tel: 1-212-226-8760

• E-mail: sevenstories@sevenstories.com

ocean
sur



www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

ÍNDICE

Prólogo. De echar la suerte por los demás no se vuelve <i>Por Alina Perera Robbio</i>	1
Introducción <i>Por Liudmila Peña Herrera y Rodolfo Romero Reyes</i>	7
El Pepe Alejandro de la gente <i>Entrevista a José Alejandro Rodríguez Martínez</i>	11
La rebeldía de una mujer creíble <i>Entrevista a Elsa Ramos Ramírez</i>	28
Un periodista con vocación de ciclonero <i>Entrevista a Orfilio Peláez Mendoza</i>	45
La saga de una aventura periodística <i>Entrevista a Rosa Miriam Elizalde Zorrilla</i>	57
«Sin cultura no hay prosperidad ni libertad posibles» <i>Entrevista a Pedro de la Hoz González</i>	72
«Cuba es el lugar del mundo donde me siento más cómodo» <i>Entrevista a Arístides Esteban Hernández Guerrero (ARES)</i>	85
En la ruta de sus desafíos <i>Entrevista a Iramis Alonso Porro</i>	97
El periodismo es mirar críticamente a la sociedad <i>Entrevista a Randy Alonso Falcón</i>	114

Cuba, a través de un lente	
<i>Entrevista a Juvenal Balán Neyra</i>	133
Cómo quemar las naves y alcanzar la cumbre, sin paracaídas	
<i>Entrevista a Enrique Ojito Linares</i>	145
«El periodismo es lo que me mueve el piso»	
<i>Entrevista a Arleen Rodríguez Derivet</i>	161
«Me quedo con la espina, para defender la rosa»	
<i>Entrevista a Reinaldo Cedeño Pineda</i>	179

PRÓLOGO

De echar la suerte por los demás no se vuelve

A este libro le queda muy bien su título: *Quemar las naves, hacer periodismo*. Al juntar doce voces, de doce vidas a las que he podido asomarme con humildad y fascinación, los colegas Liudmila Peña Herrera y Rodolfo Romero Reyes han dejado en pie la certeza de que hacer periodismo y servir a los demás —en tanto se alumbran caminos, deshacen entuertos, y se limpia a la verdad de toda mancha— son materia de la misma obra.

Cuando se mira atrás, buscando el sentido de la expresión «quemar las naves» —ya sea al legendario episodio de Hernán Cortés conquistando México, o al de Alejandro Magno en una operación militar donde el enemigo le superaba en fuerzas—, una entiende que la frase tiene que ver con no replegarse, con retornar si solo se pudo triunfar antes.

En la historia se habla de quemar las naves; y desde luego de también hundirlas. Y cuenta la leyenda que Alejandro Magno fue más allá, al conminar a sus tropas a un único modo posible de regresar al añorado hogar: sobre los barcos enemigos.

Tal filosofía se aviene magníficamente a la sumatoria de anécdotas y sentimientos compartidos por los entrevistados; porque ellos son de los buenos; están entre los mejores de un ejército de buenos; y uno por uno, cada cual desde su estilo e historia de vida, ha hecho explícito que desde hace mucho tiempo quemaron y hundieron sus naves. Porque lo de ellos

será siempre volver, día a día, con la satisfacción del deber cumplido y usando de modo ejemplar las naves enemigas —el enemigo para ellos, como para todos los periodistas de valía, serán las trampas de la falsedad, o ese monstruo de mil cabezas que es el burocratismo, o el abuso en cualquiera de sus manifestaciones, o toda miseria humana que amenace con corroer la salud moral de una Isla que sueña con hombres y mujeres cada vez más dignos.

El primer entrevistado es José Alejandro Rodríguez. La vida me lo puso en el camino y él se ha convertido en mi mejor amigo. Pepe, como muchos le dicen, es un ser hecho de pasión, permanencia y coraje. Leerlo aquí será recorrer parte de la saga a través de la cual se ha convertido, él solo, en un ministerio de Atención y Defensa del Pueblo. Cuando dice: «Lo que más me interesa es que me recuerden como una buena persona»; hay que creerle.

Las siguientes páginas están dedicadas a la colega Elsa Ramos Ramírez, espiritutana de valentía admirable, cuya existencia inspira orgullo en cualquier mujer cubana. Hasta el nombre de su pueblo natal —El otro lado— despierta asombro ante una historia humana que no ha creído en obstáculos ni amenazas. «El periodismo debe parecerse a lo que la gente es», declara a sus colegas entrevistadores, y con eso regala la posibilidad de que cada hijo del gremio sea testigo despierto y con voz, a su modo, de lo que suceda en Cuba y también en el mundo.

Orfilio Peláez Mendoza, el tercer entrevistado, comparte en cada línea los delirios de la vocación. Ha vivido para estar cerca de los universos periodísticos y de la meteorología, porque, como él confiesa, en sus genes habitan los códigos de ambos campos, en los cuales ha ido ascendiendo con nobleza, ética, y mucho esfuerzo. Orfilito —como se le conoce, para no olvidar

que Cuba tiene entre sus grandes orgullos la trayectoria y los aportes científicos del Orfilio padre — es un tesoro humano y profesional que engrandece a la familia gremial.

Gigante de la inteligencia y del talento es Rosa Miriam Elizalde. De ella — quien me llevó de la mano para dar los primeros pasos en el periódico *Juventud Rebelde*, maestra de tanto y de tantos — es hermoso leer una frase, donde está contenida gran parte del sentido de su vida: «Hay un mundo fascinante allá afuera, en términos de comunicación, y no quiero perdermelo».

Pedro de la Hoz, Pedrito, es para mí la sonrisa y la profundidad. Defensor de la cultura nuestra, y de la universal, predica con el ejemplo al ser un profesional cultísimo, defensor de lo que somos. «Eres periodista porque lo sientes», dice él que ha usado finas y afiladas armas — incluida la belleza — para defender la espiritualidad que nos sostiene. Y Arístides Hernández Guerrero (Ares) es un genio que camina por las calles de La Habana: siendo un creador premiado desde las más diversas latitudes da un espaldarazo al corazón de la Isla cuando confiesa que «Cuba es el lugar del mundo donde me siento más cómodo. Y no me refiero a la comodidad material, porque aquí siempre hay algo que está en falta».

El rostro iluminado, como de abrazo, con que Iramis Alonso Porro me habló en mis días de recién graduada, mientras coincidíamos en una oficina a la cual yo había sido destinada para trabajar, no se me olvidará jamás. Desde entonces, a esa periodista hecha de sueños, tenacidad y coraje, me unen el respeto y el cariño. Iguales sentimientos me acercan a Randy Alonso Falcón, mi presidente de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) en la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Habana, allá por los años noventa del siglo XX. De Randy,

muchos decimos que pocos le igualan, ante el trabajo, en rigor e intensidad.

Una reverencia muy sentida, luego de leer sus ideas en calidad de entrevistado, hago ante el colega Juvenal Balán, cuya trayectoria desconocía en su dimensión más plena. Es un héroe, un cubano con raíces bien encajadas, cuya sensibilidad de fotorreportero define a su nación en un amanecer invencible. Y lo de Enrique Ojito Linares estremece: es difícil leer un texto suyo y olvidarlo. ¿Cómo no recordar la entrevista que le hizo a Juan Miguel, el padre de nuestro Elián González, el niño que todos rescatamos de las fauces del imperio? En el periodismo Ojito es lucidez, traducción exquisita de paisajes y lealtad infalible a sus lectores.

Cierran el libro dos colegas que prestigian exquisitamente al gremio: Arleen Rodríguez Derivet y Reinaldo Cedeño Pineda. La primera es un ser tocado por el carisma —aunque quisiera, nunca pasaría desapercibida a donde quiera que llegue, siempre sabrá levantar las hojarasca de la sonrisa y la ternura—. Arleen es una reina en el oficio; y el oficio nuestro asciende y se inflama cuando ella lo toca.

Cedeño es otro tesoro nuestro. Y si somos fieles a la certeza de Elsa Ramos Ramírez, que antes mencioné, habrá que decir que Reinaldo Cedeño Pineda hace un oficio fiel a su fibra; y es por eso que su palabra huele a verdor, a flores y a cielo limpio. El día que él descubrió la palabra fue como si hubiera vuelto a nacer. Entre él y la palabra hay una unión imposible de deshacer, como entre él y la vida: «La felicidad hay que estar dispuesto a bailarla —ha dicho—, a gritarla, a desplegarla al viento; hay que quemarse en ella si es preciso, porque un solo gramo basta para justificar la vida».

Quemar las naves, hacer periodismo es un texto que nos prestigia y nos convida a seguir dando la batalla. Sus testimonios, finamente agenciados y juntados por los autores, nos recuerdan que los periodistas somos intelectuales de primera línea. Vale la pena leer lo que con tanta pasión y sensibilidad cuentan estos doce monarcas, estos doce Césares, estos doce cubanos dignos de ser llamados «Usted».

Alina Perera Robbio
La Habana, marzo de 2023.

OCEAN SUR EN LA WEB

UNA EDITORIAL LATINOAMERICANA

www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Un amplio e interactivo catálogo de publicaciones que abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.



INTRODUCCIÓN

Si citáramos a Gabriel García Márquez, le llamaríamos el mejor oficio del mundo. Si parafraseáramos a Alejo Carpentier, diríamos que es la profesión que nos permite ser cronistas de nuestro tiempo. En cambio, si evocáramos las ideas de los entrevistados que aparecen en este libro, podríamos asegurar que al periodismo hay que saberlo querer, a pesar de ser ingrato; o que, cuando deja de ser la conciencia crítica de una sociedad, también deja de ser periodismo. Para casi todos, esta profesión ha sido una travesía en busca de servir a los públicos y crecer como personas; y también, dicho en buen cubano, lo que les ha movido el piso.

Cuando los autores de estas entrevistas empezamos a estudiar la carrera, en el ya lejano 2005, en las universidades de Santiago de Cuba y La Habana, teníamos una idea romántica de lo que sería el ejercicio periodístico, ilustrada con íconos clásicos como la libreta de notas, la grabadora con baterías de litio y la ya por entonces casi extinta máquina de escribir.

Descubrir las redacciones por dentro fue cuestión de meses. Insertarnos en los medios de prensa y conocer sus dinámicas completó el retrato que, en las aulas, habían configurado muy queridos profesores. Ellos nos habían llevado de la mano a través de las lecturas de «los clásicos», el anecdotario personal y la siempre agradecida alerta de que, en lo adelante, no todo sería «color de rosa».

Desde el inicio, aprendimos a sortear regulaciones, burocracias, incomprendiones; a lidiar con las críticas de compañeros, cuando hicimos algún reportaje complaciente; a sobrevivir a las sospechas, si hacíamos trabajos analíticos de ciertos problemas, de esos que «dan armas al enemigo»; a vibrar con el texto emotivo de algún colega; a alegrarnos cuando alguien cercano recibía un premio nacional Juan Gualberto Gómez o un José Martí; a intentar ser humildes aunque fuésemos «los periodistas del barrio». Para nosotros, la profesión ha sido un perenne cúmulo de aprendizajes. El mayor de ellos, defender la verdad por encima de todas las cosas.

Por eso, cuando nos unimos para materializar el que sería nuestro primer libro juntos, *El compromiso de los inconformes* (Ocean Sur, 2021), quisimos dialogar con colegas cercanos en edad. Teníamos la certeza de haber enfrentado, como generación, los mismos derroteros; y de compartir, sobre todo, similares esperanzas. Eso explica por qué, en cada una de aquellas 13 entrevistas, nos pusimos en el lugar del otro, mirándonos al espejo de amigas y amigos.

En cambio, esta vez fueron otras las motivaciones. El nuevo empeño editorial, si bien continuó a la caza de historias periodísticas, puso la mira en colegas experimentados, maestros del oficio, esos referentes tangibles que habitan nuestras redacciones y nos regalan su sapiencia y experticia sin que medie nada a cambio. Doce «veteranos» nos abrieron algo más que las puertas de sus casas: vivencias, criterios, anécdotas que el lector podrá disfrutar en este libro que la editorial Ocean Sur ha tenido a bien publicar. Agradecemos enormemente la oportunidad.

Este ejercicio periodístico-literario nos permitió conocer en profundidad etapas de una Cuba que no vivimos, o de la que

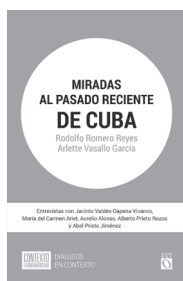
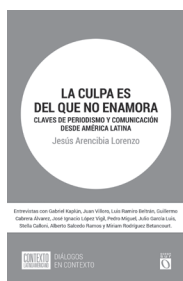
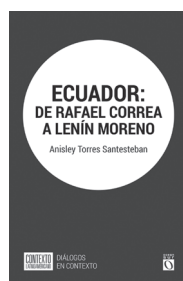
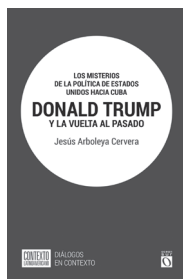
apenas tenemos recuerdos. Redescubrir a hombres y mujeres a los que admiramos, y encontrar en ellos emociones similares a las que hace unos años nos hicieron entregarnos a esta profesión, derivó también en complicidad.

Ahora que la Unión de Periodistas de Cuba arriba a sus 60 primaveras, sirva este libro como homenaje a los miles de profesionales de la prensa cubana que han contribuido durante décadas a narrar Cuba con sus sombras y luces, sus desvelos y sus más auténticos sueños.

Liudmila Peña Herrera y Rodolfo Romero Reyes

26 de febrero de 2023

COLECCIÓN DIÁLOGOS EN CONTEXTO





El Pepe Alejandro de la gente

ENTREVISTA A JOSÉ ALEJANDRO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

Esta historia comienza con una cuartilla en blanco en la redacción del diario *Juventud Rebelde*. Le han encargado unas líneas dedicadas al aniversario 30 del triunfo de la Revolución. Enemigo del «teque» y aliado de lo creativo, recorre los archivos en busca de inspiración. Descubre una dura imagen tomada en 1956 en la ciudad de Santiago de Cuba: una madre pide limosna y, a su lado, dos pequeños duermen en la acera, semi-desnudos.

Se sienta frente al papel y el periodista-papá, o quién sabe si el papá-periodista, empieza a escribir una carta para su hija. «Laura, ojalá esa niña que tanto se te asemeja durmiendo haya sobrevivido a tantas confabulaciones del desamparo». La identidad de los pequeños y de su pobre madre, asegura quien escribe, «está perdida en el tiempo, en un mar de tristezas y soledades, en un oscuro abismo de carencias». Tal vez, y lo sugiere con pesar, ni la niña ni su hermanito «hayan podido alcanzar el 1ro. de enero de 1959».

Casi al final de la misiva, le pide a su pequeña que nunca olvide a esos niños: «Tu risa está hecha con sus lágrimas, y de sus desnudeces el último vestido que estrenaste». Para palear la desmemoria, sentencia: «No es honorable vivir con amnesia». Y le advierte: «Tampoco te acomodes sobre el pasado, ni lo esgrimas como referente para empequeñecer los errores del presente».

El periodista no termina con su habitual pie de firma. En cambio, utiliza cuatro letras: Papá.

Enero, 1959. Treinta años antes de escribir la carta, él es apenas un niño. Una noticia sacude a Jovellanos y a Cuba entera: el dictador Fulgencio Batista ha huido del país; triunfa la Revolución Cubana.

¿Y por qué precisamente tal suceso constituye un punto de giro en esta historia? Porque, de no haber triunfado los barbudos, quizás su padre no hubiese sido el primer alcalde de Jovellanos tras la victoria, ni designado dos años después como director de un preuniversitario, cuando el colegio privado donde era maestro, dueño y director, fue nacionalizado. Y aquel niño, que no quería estudiar en una escuela dirigida por su padre, no hubiese venido a un «pre» en La Habana; quizás tampoco hubiese matriculado Periodismo en la universidad. Por eso volvamos a enero de 1959 para conocer cuánto de aquellos primeros años de vida sería decisivo en la formación del periodista que hoy es José Alejandro Rodríguez Martínez.

Jovellanos, Colón, La Habana, Periodismo

«Mi infancia tuvo la garantía de la prosperidad y del bienestar material, pero mis padres supieron encauzarnos por una visión espiritual de las cosas. Ambos eran maestros y trabajaban en el colegio privado de Jovellanos, en Matanzas, del que mi papá era dueño y director. Personas honestas, humanistas, nos enseñaron a mí y a mis dos hermanos a ver más allá», dice Pepe, que era el más joven de los tres.

Su padre fue uno de los pocos de aquella élite ilustrada matancera que no abandonó el país tras el triunfo. En otras palabras, se suicidó como clase: «Una vez nos dijo: Hemos descendido en la escala social, ya no vamos a vivir como antes, pero

ha sido para que la gran mayoría ascienda», recuerda Pepe, que tenía 8 años. Aquella reflexión no lo alarmó. Sus padres siempre le habían inculcado a «pensar en los demás, decir la verdad y compartir lo que tuviéramos».

De aquel 1ro. de enero de 1959 le llegan recuerdos como flashazos: el televisor con Manolo Ortega dando la noticia; las personas en la calle abrazándose y caminando rumbo al cuartel de la Policía, del que sacarían los cuadros con la imagen del dictador para astillarlos contra el suelo. Su abuelo — gallego emigrado y compañero de aula en la escuela primaria, nada más y nada menos que de Franco— cerrando las puertas de su casa ante la euforia popular.

Hace un paréntesis y repara en su abuelo: «Era muy recto y a la vez muy protector. Tenía un concepto verticalista de la familia».

Pepe estudió la secundaria en Colón y el preuniversitario en el reparto capitalino Siboney, en la antes Ruston Academy, rebautizada Carlos Marx (hoy preuniversitario Hermanos Martínez Tamayo).

«Quería estudiar Psicología, porque la conducta humana siempre me ha cautivado. La idea del periodismo también rondaba. Sentía necesidad de comunicarme con los demás. Leía mucho, había escrito algunos poemas, y quería perfeccionar mi redacción».

Con 16 años matriculó Periodismo en el edificio que hoy ocupa la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana, junto a Senel Paz, Susana Tesoro, Eliseo Alberto..., pero solo los acompañaría ese primer curso, pues suspendió Gramática e Historia de la Filosofía.

«Dos profesores tuvieron mucho que ver en mi vocación: Miriam Rodríguez Betancourt y Eduardo Heras León. Ella

sacrificó su talento por dar clases, por enseñarnos. Es una gran periodista. Él nos hizo amar la crónica como género periodístico. Por eso, cuando se produce la conjura contra Heras por el libro *Los pasos en la hierba* —Casa de las Américas, 1970—, no estuve de acuerdo con que los estudiantes le hiciéramos un mitin de repudio, ni yo ni mi amigo Manuel González Bello. Recuerdo que les dije: la vida dirá si ese libro es contrarrevolucionario o no, pero mi profesor Heras, ese que, cuando nos enseñó la crónica, nos leía a Pablo de la Torriente Brau, a Rubén Martínez Villena, y se le humedecían los ojos, ese no puede ser un contrarrevolucionario».

Después de aquello, y aunque siempre fue un buen alumno, cuenta que algunos de los que militaban en la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) lo llevaban muy recio: «Imagínense que yo vine a ser militante del Partido en *Juventud Rebelde*, en agosto de 1994. Cuando me propusieron para iniciar el proceso pregunté si debía cambiar mi manera de ser, de expresar siempre lo que pensaba, sin preocuparme por las consecuencias. Me dijeron que no. Que así me querían. Esto fue un punto de inflexión, pues años atrás arrastré el cartelito de que, supuestamente, tenía “problemas político-ideológicos”».

Entre la radio y la tinta impresa

«El periodismo impreso es el testigo de tu excelencia o de tu mediocridad, porque queda ahí para toda la vida. La radio y la televisión, igualmente retadoras, tienen otros ornamentos que te visten: la imagen, los efectos sonoros, pero en la prensa escrita te desnudas ante los lectores del momento y del futuro», afirma alguien que, aunque se ha entregado en cuerpo y alma al encanto de la tinta fresca sobre el papel, le debe mucho al mundo de los sonidos y las imágenes.

Recién graduado, con apenas 21 años, lo enviaron a Radio Cadena Agramonte, en Camagüey, para cumplir con su servicio social. «Quien decidió las ubicaciones pretendió ponernos a madurar políticamente a algunos que “necesitábamos” chocar con la realidad — cuenta Pepe—. A Manuel González Bello, Mireya Santana y Alina Martínez Castillo los mandaron para la Isla de la Juventud; a mí, para Camagüey. A algunos de otras provincias, los ubicaron aquí, en los medios nacionales».

Aquellos dos años fueron para Pepe un entrenamiento insoslayable:

«Llegué a una emisora muy profesional. Allí aprendí el deber y la consagración, la disciplina, el método, el sentido de la oportunidad. Me atrapó el duende de la radio, ese “sonido para ver” que inmortalizó la voz de César Arredondo. Hice muy buenas migas con mis compañeros, la mayoría de ellos eran empíricos y estudiaban la carrera en la Universidad de Oriente por el curso para trabajadores».

Con una grabadora de cinta que se colgaba del cuello, cubrió informaciones, hizo reportajes... Prefería ambientar sus trabajos con efectos naturales, de ahí que grabara el sonido de los remos o el ajetreo de los pescadores en el momento de la captura, cuando reportaba, por ejemplo, desde una presa de agua dulce.

«Me puso los pies en la tierra. Creo que lo mejor que le puede suceder a un recién graduado es ir a hacer periodismo a una provincia que no es la suya para conocer el país en sus diversas dimensiones — analiza, con la autoridad que le brinda su experiencia—. Los que vivíamos en La Habana teníamos expectativas demasiado cosmopolitas y ciudadinas. A mí, en lo personal, me gustó mucho Camagüey, es una ciudad encantadora. Y la radio mucho más, pero yo sabía que carenaba en la prensa escrita».

Las evaluaciones coincidían en que tenía habilidades para el periodismo impreso. Así que, de regreso a La Habana, en octubre de 1976, lo ubicaron en el periódico *Trabajadores*.

«Cuando llegué era prácticamente una publicación interna de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), y casi toda la tirada se distribuía en los centros laborales. Cuando me fui, ya se había convertido en un diario de alcance nacional. Empecé en el equipo de Internacionales, ahí estuve hasta que solicité el cambio a Nacionales, para poder hacer reportaje. Soy del criterio que uno tiene que empezar haciendo notas informativas y reportajes, no comentarios ni artículos en profundidad».

Ya desde entonces, el joven periodista le concedía mucha importancia a los títulos. «Guatemala: más botas que votos», adelanta el contexto de un proceso electoral mediado por el militarismo. «Gracias al título y a las primeras líneas logras el enganche, algo vital para que la gente te siga leyendo y no cambie a otra página —explica—. El señuelo es lo más difícil, como lo es mantenerse. El final, por supuesto, también es importante».

Trabajadores le dio la posibilidad de moverse por todo el país, de conocerlo en sus complejidades:

«Era un medio de prensa con mucha devoción por la gente común. Eso me enseñó que el periodista no es nada por sí solo, es un vector, un transmisor. Si uno logra transmitir la realidad de otros con autenticidad, con gracia, ya tiene motivos para sentirse feliz. No se necesitan ni los aplausos, ni los premios. También era una redacción muy cálida, en la que encontré a personas que influyeron mucho en mí, como Luis Sexto, un hombre que miraba más allá, que trabajaba el colorido de las palabras; que, si iba a hacer una entrevista a un héroe del trabajo, buscaba su veta humana. Me fui alineando hacia ese perio-

dismo que trata con devoción a la gente sencilla y común, que son, en definitiva, quienes sostienen este país».

El periódico fue, usando sus propias palabras, una rampa de lanzamiento. Diez años en los que, afortunadamente, no tuvo que hacer «ese periodismo aburrido de actas o de oficinas». Confiesa que no le interesaba el movimiento sindical, ni su dirección, sino las vivencias y los conflictos de los trabajadores. «Yo tenía de paradigma a Lázaro Peña, a quien todavía no se le ha hecho justicia en toda su dimensión, en cuanto al papel de contrapartida del sindicato hacia la administración».

Pepe también empezó a desarrollar lo que él llama su arsenal expresivo, que era «muy elemental por aquella época»; nos dice: «Uno va incorporando, con los años, la capacidad de sugerir, en vez de evidenciar».

Después de una década allí, su sueño era ir a *Juventud Rebelde*; porque «tenía una gracia, un misterio... Era el más cercano a la huella personal de los periodistas. No reflejaba tanto lo que sucedía, sino cómo sucedía».

El sueño de Juventud

Su primera cobertura en *Juventud Rebelde* se la encargó Ricardo Sáenz, el más inquieto y sabio editor de una redacción que Pepe haya conocido. Le dijo: «Mira, allá abajo —en las inmediaciones del Capitolio, pues el rotativo radicaba en las oficinas del extinto *Diario de la Marina*— hay unas personas quejándose de que hace dos días un remolcador del puerto se está hundiendo en la bahía y nadie hace nada. Vete con un fotógrafo, con Batista, y haz una nota para la primera plana».

Esa misma tarde (el periódico era vespertino) aparecería el texto en la portada del diario. Octubre de 1986. Comenzaba una nueva década de trabajo en la hoja de ruta de Pepe Alejandro.

«Fueron los años del proceso de rectificación de errores, la caída del Muro de Berlín, el Periodo Especial. En el periódico —bajo la batuta de Jacinto Granda, primero, y de José Ramón Vidal, después— eran los tiempos del periodismo literario de Leonardo Padura, Ángel Tomás y Emilio Surí. Nosotros, los de Nacionales, producíamos los contenidos de la semana, para que ellos hicieran los del domingo. Pero yo, muy gustoso, porque las cosas que publicaban eran memorables».

Por aquellos tiempos, la Agencia Rusa de Información Nóvosti tenía un convenio con la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC): ellos enviaban a la Isla a uno de sus periodistas, con un programa para hacer reportajes, y la UPEC hacía lo mismo, a la inversa. Pepe fue el último de los cubanos en participar de ese intercambio. Llegó poco antes de la desintegración de la URSS. «El pato Donald camina por Moscú», fue uno de los títulos que nació de aquella experiencia.

Durante el Periodo Especial en Cuba —consecuencia directa de la desaparición del campo socialista y la desintegración de la URSS— muchas revistas dejaron de salir ante la ausencia de papel. La movilidad de los periodistas se vio reducida por las carencias de combustible. El periodismo también debió reinventarse.

«*Juventud Rebelde* se vio obligado a editarse una vez por semana —precisa—. Hicimos un espacio radial que se llamó “Rebelde en Rebelde”, con Magda Resik como conductora. Era una revista matutina dominical de dos horas que reforzaba y mostraba los entretelones de lo que salía en el periódico».

En medio de aquella precaria situación existían fuertes diferencias. Pepe recuerda la vez que debió cubrir la inauguración de una de las primeras Ferias de La Habana en Expocuba: «Las marcas, como la SONY, el brillo de los decorados, la elegancia

de los nuevos empresarios cubanos, contrastaban muy fuerte con mi Alamar, con las carencias y calamidades».

Según Pepe Alejandro, la prensa reflejó más o menos esa situación, aunque quizás no en toda su dimensión. Así resume su vivencia: «Apagones de 8 horas. No tenía ropa que ponerme. Un solo par de zapatos, con un hueco. Cuando llovía, se me llenaban los pies de agua. El hambre. Mi hija estaba en la Lenin y nosotros no nos comíamos los panes que nos correspondían en la bodega. Los guardábamos toda la semana, y hacíamos tostadas para que se las llevara para la escuela, porque permanecía becada por casi 15 días. Allá, no se iba la corriente y, al menos, tenía garantizada la comida, mala, pero tenía».

Pepe no dejó de hacer periodismo crítico y honesto. Algún que otro texto levantó polémicas. Sin embargo, su salida de *Juventud Rebelde* no estuvo relacionada con acontecimientos como esos.

«Se creó una crisis generacional en el periódico. La gente más vieja se empezó a resentir. Los jóvenes no estaban contentos. Yo dirigía la delegación de la UPEC en *Juventud Rebelde*, todos venían a verme, el clima ya no era el mismo que cuando llegué, diez años antes. Me senté con Arleen y le dije que me iría para *Bohemia*; me acuerdo que ella escribió la crónica “Cuando un amigo se va”», nos dice sin ambages, y acto seguido argumenta los atractivos de su nuevo destino: «Era una redacción más reposada. Allí estaban grandes colegas: Mirta Rodríguez Calderón, Luis Sexto, Ariel Terrero, Elsa Claro, entre otros».

«El loco más noble», reportaje sobre los últimos días de El Caballero de París; «La soledad de la otra Isla», de sus días en la Isla de Pinos donde, entre otras vivencias, permaneció cinco horas encima de un bote en medio de un pantano, durante una cacería de cocodrilos. Sus recuerdos de aquel 1ro. de enero en

Jovellanos; el gran reportaje de cuando cerraron las Minas de Matahambre, entre otros, engrosan las páginas que escribiría para *Bohemia* durante poco más de tres años.

Aunque evoca aquellos años como algo placentero, destaca que *Bohemia* fue muy afectada por el recorte de la prensa: disminuyeron sus páginas, la cantidad de ejemplares. Sentía que ahora lo leían menos personas. Por eso aceptó la propuesta que le hizo Rogelio Polanco, entonces director de *Juventud Rebelde*, de crear la sección Acuse de Recibo. «La idea era que lo hiciera como una colaboración manteniendo mi plaza en *Bohemia*. Sería un espacio para las cartas de los lectores, pero en el que el periodista se implicaría en la historia; compartiría algunas frases textuales de la carta, pero ayudaría a encauzar el problema, con una mirada crítica desde su propia perspectiva».

Acuse de Recibo marcó una pauta en el periódico. Al principio salía dos veces por semana, luego se convirtió en una sección diaria. El impacto en los lectores se tradujo en una avalancha de misivas y llamadas telefónicas, que llevaron a Pepe de regreso a la redacción de la cual emocionalmente nunca se había marchado.

Otra vez en casa, Polanco puso las reglas del juego, siempre en función de una óptima práctica periodística: «Quien te cite porque ha sido emplazado en una de las cartas tiene que venir aquí a reunirse contigo y conmigo. Publicamos sin pedirle permiso a nadie, bajo el principio de confiar en lo que nos escriben los ciudadanos; si un día nos mienten o nos engañan, será revelado cuando publiquemos las respuestas». La sección se convirtió en un puente entre los ciudadanos y la institucionalidad.

Al principio los funcionarios, las instituciones, no estaban preparados para asumir algo así. Empezaron las llamadas, las iras, las molestias. Más de uno lo acusó de «hacerle el juego al

enemigo». Cuenta Pepe que Polanco supo hacer una escuela de cada reunión con los directivos molestos.

«Si todavía estoy aquí es, en gran medida, porque tuve a un director que defendió mi trabajo a capa y espada», reconoce.

En más de dos décadas sobran las anécdotas. Desde discusiones enconadas con finales felices, hasta la historia de aquel recluso de Camagüey que, gracias a una carta publicada en el diario, recibió disímiles consejos y muestras de apoyo que le permitieron, ocho años después, reinsertarse en la sociedad de una manera más satisfactoria.

«La premisa esencial ha sido la constancia y la ética. No era ni complaciente ni incendiario. Decencia y respeto ante todo, por fuerte que fuera el mensaje. Y nunca utilizar esa columna para beneficio personal. Lo mismo tuve que rechazar a alguien que llegaba con dinero en la mano, o con un racimo de plátanos, para que yo tramitara su queja. Una vez publicamos una carta de una persona de la que, al parecer, no se tenía un buen criterio por su ideología; pero la defendimos como a cualquiera: yo no busco en la base de datos del DTI para saber quién me escribe la carta. Para mí los remitentes son cubanos, piensen como piensen».

El hombre de las mil anécdotas

Pepe Alejandro no solo es el periodista de *Juventud Rebelde*. Para la gente es también el de Acuse de Recibo, el de Papelitos hablan, el de Hablando Claro, y el de En buen cubano (programa de Cubavisión Internacional); todos, espacios que hablan de los problemas del pueblo, y en el lenguaje del pueblo.

A pesar de su experiencia y del sinnúmero de reconocimientos y condecoraciones, incluido el Premio Nacional de Periodismo José Martí (2013), Pepe se considera un aprendiz de la profesión

y de cualquier persona, por humilde que sea. Confiesa que para él, un periodista es «un ser que nada por los procelosos mares de la información, a veces impulsado por las corrientes, y otras a contracorriente, hacia un horizonte, al cual nunca llega».

Con el Comandante Fidel Castro también tuvo sus anécdotas. La más conocida fue en la que, delante de todo el gremio, le solicitó entrevistarle, alegando que el líder de la Revolución le había concedido importantes entrevistas de personalidad a colegas extranjeros, pero no así a los cubanos: «Me preparé para una entrevista con el Fidel ser humano. Lamentablemente nunca ocurrió. Todavía conservo las preguntas aquellas para calar en su dimensión personal. Y él, cada vez que me divisaba en cualquier evento, me decía: “Oye, ¡qué mal he quedado contigo!”».

También tiene una anécdota que algún día, nos dice, debería escribir. Fue durante un recorrido de Fidel por los Campamentos Agrícolas durante los momentos más difíciles del Periodo Especial, en los que el imperativo era producir alimentos como una vía para sobrevivir. Pepe y el fotógrafo Ángel González Baldrich fueron los únicos acreditados para el re-recorrido. El Comandante iba acompañado por un funcionario de Naciones Unidas.

«Imagínense que Fidel desvía la caravana para visitar la casa de un campesino. A diferencia de la gran euforia con que el Comandante era recibido en los Campamentos Agrícolas, aquella familia lo recibió con frialdad, ni siquiera con sorpresa», relata Pepe y repite de memoria aquel diálogo, como si no hubieran pasado ya más de 25 años.

— Buenas por aquí.

— Buenas.

— Viejo, ¿cómo anda la cosa?

—Muy jodío, Fidel —dijo el campesino, para sorpresa del visitante extranjero, que entendía el español, pues era de origen latinoamericano—. Nací aquí, todo lo que tengo y lo que usted ve aquí ha sido fruto de mi esfuerzo, y todavía no tengo luz eléctrica. Yo quisiera que aunque sea me pongan la luz para que, el día que me muera, me puedan velar con un bombillo encima.

—Yo no te puedo engañar y decirte demagógicamente que te van a poner la electricidad. ¿Nunca te han dado la posibilidad de mudarte para una comunidad rural? Allí estarías junto a otros campesinos y en mejores condiciones, con corriente eléctrica. Mantienes tus tierras aquí, pero vives en la comunidad.

—Aquí nací, aquí vivieron mis padres y aquí me voy a morir.

La señora preparó un poquito de café, bajo la mirada siempre supervisora de un escolta. Fidel tomó un sorbo y siguió conversando con el renuente viejo. Al final, luego de indagar en qué trabajaban sus hijos —todos fuera del surco—, y en lo descuidadas que estaban las tierras del campesino, concluyó que por eso eran importantes los Campamentos Agrícolas, en medio del Periodo Especial.

—Nadie quiere trabajar la tierra, mi viejo. Y hace falta comida. Por eso son estas movilizaciones —le explicó Fidel, pero el viejo siguió sin dar su brazo a torcer.

«La escena, además de insólita, para mí fue elocuente. Como periodista, vi lo positivo de aquel encuentro, tan distinto a los tradicionales y alegres recibimientos que le daban a Fidel en cualquier lugar que llegaba. Aquel viejo campesino le estaba hablando al líder de un proceso histórico, al presidente, al Comandante en Jefe, como si se conocieran de toda la vida. Era una escena democrática, fuera de cualquier guion; aquel campe-

sino le estaba diciendo lo que pensaba, incluso, contradiciendo lo que decía Fidel».

Antes de irse, el Comandante insistió:

—No me gusta prometer lo que no puedo cumplir. Si algún día quieres acercarte a una de las comunidades campesinas que tiene corriente eléctrica, tendrás esa oportunidad.

«Y el anverso fue cuando llegamos a Melena: Una señora le dijo: “Tienes que entrar a mi casa, Fidel”; y él le contestó que no tenían mucho tiempo. Aquella mujer lo cogió del brazo y lo llevó para que viera la vivienda que le habían construido porque era damnificada de un fenómeno atmosférico. Y lo hizo sentarse en su cama para que comprobara la calidad del colchón que le habían entregado. Fidel se tiró de espaldas sobre la cama, con los pies hacia arriba, como hacen los niños chiquitos cuando les gusta un colchón». Y Pepe entra a su cuarto, y se deja caer sobre su colchón, y pone los pies para arriba, recreando lo que aquel día hizo Fidel.

También «atesora» los dislates más grandes del gremio periodístico cubano. No solo rompió con el codo una milenaria jarra de la dinastía Ming —con té hirviendo—, cuando acompañaba a una delegación de la UJC en visita oficial a China; años después caería al río Aranjuez, abrazado a una estatua, mientras posaba para una fotografía, hecho que incluso fue titular en *El País*, el 16 de enero de 1995.

¿Y las broncas? Pocas, pero intensas. Una de ellas a raíz de su ponencia «Una pelea cubana contra los demonios de la información secuestrada», en un festival de la prensa escrita.

«Una cosa es lo que uno escribe para un evento, y otra para publicar. Como era una ponencia entre colegas, en el Festival de la Prensa en *Juventud Rebelde*, utilicé términos como “mesarredondización” y “granmatitis”, para referirme a cómo

ambos medios eran privilegiados a la hora de recibir determinada información, que no llegaba al resto. Luego alguien me pidió la ponencia y, sin consultarme, la subió a Internet. El texto, que defendía el derecho humano a la información, generó incomprendiones, dudas y hasta regaños».

La anécdota nos sirve de pretexto para dialogar sobre esas personas que se atribuyen el derecho de decir quién o qué es revolucionario. Para ellos, trae a colación la frase que le dijera José María Vitier a Amaury Pérez durante una entrevista: Algo así como «la Revolución es mucho más que la institucionalidad». También rememora a Fidel: «Hemos hecho una Revolución más grande que nosotros mismos». Y, por supuesto, le pone su impronta: «La Revolución es un estado de gracia, que yo llevo dentro y que no me lo puedo arrancar. Por eso nunca me he callado la boca, porque yo soy la Revolución también, como cualquier cubano».

Casi al final, menciona a aquel niño de 12 años que, antes de morir trágicamente ahogado en una poceta, durante su primer día en la escuela al campo en la secundaria básica, en Colón, le enseñó a amarrar su hamaca. «Aquel gesto, su última acción... por eso hay que hacer siempre el bien y ser agradecidos: es la vida, algo místico, celestial tal vez», y detiene la voz, porque siente que el corazón le late con fuerza.

Después de una breve pausa, creemos que ya es momento de ir poniendo punto final a una larga conversación de más de tres horas —con almuerzo incluido, porque su esposa Mercy, la madre de Laura, la estudiante de Artes y Letras que lo acompaña desde aquellos años imberbes de la beca de F y 3ra., insistió.

Nos permitimos unas últimas brevísimas preguntas.

¿Cuál es tu género periodístico por excelencia?

Me gusta el columnismo, los comentarios, las entrevistas de personalidad, pero mi preferido es la crónica. Es el género que más he disfrutado. Quisiera reunir varias de ellas en un libro. Dice un amigo que debería llevar por título *Cuba de La Caridad*, que es el nombre de una de ellas.

¿Podrías mencionar dos debilidades del periodismo cubano en las últimas décadas?

Obvia en buena medida la diversidad. Abusa del monolitismo, de la propaganda y del triunfalismo.

¿Y dos fortalezas?

La más importante: es un periodismo revolucionario, que ha sabido desentenderse de las peores tendencias de la actualidad: la perversidad, la alevosía, la patraña. El periodismo cubano, en sentido general, no lo dice todo, pero no miente *per se*; así que una segunda fortaleza es su ética.

Si pudieras escoger tu legado, cuál sería: ¿La familia? ¿El calor y la fe del pueblo? ¿Tus crónicas?

No, no aspiro a tanto. Lo que más me interesa es que recuerden como una buena persona.

NOS PUEDES ENCONTRAR EN DIFERENTES LIBRERÍAS EN LA HABANA

Prado N° 553, e/ Teniente Rey
y Dragones, Habana Vieja.

f **LibreríaAbrilCuba**



LIBRERÍA CUBA VA

Calle 23 esq. a J,
Vedado.



La rebeldía de una mujer creíble

ENTREVISTA A ELSA RAMOS RAMÍREZ

El auto frenó en seco, justo al lado de la mujer que iba sumida en el ajedrez de sus propias reflexiones. El chirrido del caucho contra la carretera la puso en alerta. Del otro lado de la ventanilla, el rostro del conductor le resultó conocido. Era el director de la Escuela de Iniciación Deportiva (EIDE) Lino Salabarría, institución que ella había señalado críticamente en la prensa por aquellos días.

—Tenga cuidado, director, porque si yo me caigo por el impulso de su frenazo, ¿cómo usted justifica que no fue intencional? —le lanzó ella, con la fuerza de las palabras reflejándose en los ojos, en el tono de la voz, en la postura del cuerpo de aquella mujeraza plantada al borde la carretera.

—Solo lamento que tú no seas hombre —le ripostó el otro, sin poder contenerse.

—No soy hombre, soy mujer suficiente. Usted trae pantalones, pero fíjese que yo también —contestó ella y dio por terminado el caso invitándolo a replicarle en la prensa, si realmente creía que le asistía la razón. Aquello se acababa allí, ¡o se acababa!

No habrían de ser pocas las ocasiones en que la periodista espirituana Elsa Ramos Ramírez escucharía una frase similar a lo largo de su carrera, a causa del filo de su teclado o de su voz sin edulcorantes tras el micrófono, pero también por el

machismo instaurado de base en la mente de los hombres, que no soportan ser criticados por una mujer.

Como aquella otra vez, después de la publicación del texto «Esto no es béisbol, es pelota», en el periódico *Escambray*, donde analizaba las diferencias de atención hacia la categoría de mayores con respecto a la de inferiores, en el deporte nacional. Sus cuestionamientos la situaron en el estadio José Antonio Huelga, frente a seis entrenadores que le preguntaban quién era ella y qué sabía para estar debatiendo sobre pelota.

En otra oportunidad, con uno los directores del equipo de béisbol de Sancti Spíritus, el encontronazo fue «un poquito fuerte». Ella había escrito que el equipo padecía de abulia. El directivo mandó a buscar la palabra en el diccionario y la invitó a conversar en un tono no muy cordial. El hombre se acaloró; ella mantuvo la cordura. Al finalizar la discusión, le dijo tajante:

— Ahora necesito que te calmes y que te tomes un vaso de agua, porque te voy a entrevistar para que me expliques por qué la abulia.

Lo cuenta para que entendamos cómo ha sobrellevado esos intentos por probarla, a lo largo de su ejercicio como periodista dedicada al deporte. Y asegura:

«Peso mucho una palabra y una opinión cuando las escribo. Por eso siempre he asumido las consecuencias de lo que digo. Y debo aclarar que me enorgullecen las buenas relaciones con quienes me brindan información. Incluso, después de un trabajo crítico, mantengo vínculos de amistad con algunos de ellos. Eso tiene que ver con el respeto, porque he tratado siempre de separar lo profesional de lo personal».

Elsa Ramos lo dice impasible, quizás porque hace muchísimos años comprendió que esta no es la profesión de cultivar y cosechar halagos, si se adopta la crítica como estilo y

compromiso. Posiblemente, mientras se secaba las lágrimas en pleno examen de aptitud, la vida le comenzaba a enseñar que el periodismo es, entre otras muchas cosas, un arte de sortear obstáculos.

Recuerda que llegó a Santiago de Cuba para matricular en la Universidad de Oriente sin conocer que antes debía haber pasado la prueba de aptitud. Al profesor Rafael Lechuga le correspondió hacerle las preguntas.

«El hombre me dio mucho temor: alto y serio —cuenta—. Yo temblaba porque no tenía ninguna formación ni vocación, y estaba mal preparada. No tenía los conocimientos generales sobre cultura, deporte, política... El profesor me hizo diez o doce preguntas, y yo le habré contestado dos o tres».

Lechuga, que conocía Sancti Spíritus muy bien, y ante el desconcierto de aquella jovencita que no atinaba a responderle, dijo:

— ¡Pero tú no sabes nada, no conoces ni tu provincia!

La muchacha se echó a llorar. Lloró muchísimo. Cuando se calmó, el profesor convino:

— Te voy a poner un tema para que lo desarrolles, a ver si, por lo menos, sabes escribir.

Ella redactó un texto sobre *Reportaje al pie de la horca*, de Julius Fucik. Escribía con tanto denuedo, que Lechuga tuvo que mandarla a parar. Leyó con detenimiento el examen y le dijo:

— Parece que sabes escribir. Te voy a aprobar para ver si un día eres, por lo menos, una periodista mediocre.

«¡Aquello me dio tanto sentimiento! —confiesa—. Le agradezco muchísimo al profesor Lechuga porque me propuse cambiar mi imagen frente a aquel hombre que casi me desaprueba, y que luego fue mi profesor durante los cinco años, y el tutor de mi tesis».

Se graduó con Título de Oro y fue la mejor estudiante en docencia de su Facultad. Más tarde se convertiría en una de las periodistas cubanas más distinguidas del país, por su mirada honda y cuestionadora de la realidad y por el sinfín de reconocimientos que acumula, entre los que sobresalen el Premio Nacional de Periodismo 26 de Julio y el Premio Nacional Juan Gualberto Gómez, ambos en varias oportunidades.

Cinco años después, cuando regresó radiante al barrio conocido como El otro lado, todo el mundo tuvo ganas de celebrar por ella, ¡la periodista! Aquel era uno de los sitios más humildes e intrincados de Caracusey, localidad ubicada a 25 kilómetros de Trinidad, en la provincia de Sancti Spíritus. Estaba rodeado por un río que, con frecuencia, inundaba las casas. Elsa conserva en su memoria mil y una anécdotas sobre sus crecidas, que aislaban a los pobladores del lugar por varios días y los obligaba a pasar la inundación en una escuelita. Recuerda a su madre nadando para salvar la comida y los objetos de valor de la casa.

«Llegar recién graduada allí, donde la gente pensaba que ser periodista era una gran cosa, fue algo indescriptible. De hecho, cada vez que iba de pase me recibían mi familia, mis primos, mis hermanos y todo el barrio, como si hubiera llegado la presidenta de El otro lado. Mi plan no era quedarme, porque allí no se hacía periodismo. Cuando me gradué, me ubicaron en Radio Sancti Spíritus. El primer día en la emisora me sentí extraña porque le tenía miedo a los micrófonos: antes no había tanto contacto con los medios como ahora. Sin embargo, poco tiempo después, la radio me cautivó».

Ella se ruboriza cuando le mencionamos que es una firma reconocida en todo el país. «No creo que sea para tanto» — protesta, aunque sabe, en el fondo, que es verdad. Pero su camino no ha sido, precisamente, un lecho de rosas.

«Hay personas que nacen con una estrella —asegura—. No es mi caso. Qué estrella va a tener una guajira nacida en Palmarito, criada en Caracusey y a la que nadie conocía. Qué estrella va a tener quien llegó a un medio desconocido, con personas que a veces pasaban por mi lado y ni me miraban. Mi vida profesional no ha tenido menos obstáculos que la de otros. Quizás, si ha habido un poco más, ha sido porque me ha cautivado y he asumido el periodismo de investigación y de crítica».

Se ha ganado su prestigio a pulso, sin hacer concesiones en su labor. El sacrificio y el esfuerzo los aprendió con su madre. Cierra los ojos y aún puede verse en su casa natal, con no más de seis años, dando vueltas alrededor de la máquina de coser, con la cual su mamá hacía la magia para alimentar a la familia. De aquella época también le queda el movimiento de los pedales y la polea, y la mano enderezando la tela y dirigiendo la costura.

«De esos dos lugares conservo el recuerdo de la humildad, de las raíces, que nunca deberíamos olvidar. Todavía soy aquella Elsa rebelde que fui de niña —asegura convencida—. Pero, sobre todo, no olvido que crecí viendo a mi mamá pasar tanto trabajo para criar casi sola a sus cinco hijos y no desfallecer. Buscaba siempre el momento para sonreír, aunque prácticamente no dormía, porque tenía que coser para mantenernos.

«Ella fue auxiliar de limpieza, trabajó como cocinera en un policlínico. Y la vi terminar de hacer un horno de carbón e irse para la máquina de coser. ¡La vi hacer tantas cosas! Eso me ayudó a forjar mi carácter. Imagínense una mujer con cinco muchachos, sin tener prácticamente de dónde sacar el dinero y

nunca llorar. Ella es muy revolucionaria, y nos enseñó que uno tiene que ayudar al de al lado, a compartir lo que se tiene, aunque sea poco. Le agradezco ese ejemplo personal que me dio para sobrevivir».

Eso explica por qué Elsa nunca se ha dejado amedrentar por los tropiezos ni por las pruebas que otros le han querido imponer. La entendemos cuando dice que se siente orgullosa de lo que es, «porque con este color estudié periodismo, siendo hija de una auxiliar de limpieza, y de un padre alcohólico. Y como pude estudiar periodismo — porque esta Revolución me lo permitió, sin pedirme, sin preguntarme, sin tener en cuenta si yo era negra o guajira— para mí quedó claro que no tenía que bajar la cabeza ante nadie, ni mendigar lo que me tocaba por derecho como persona. Eso me ha ayudado en mi carrera, y lo he necesitado mucho».

Recién estrenada en la maternidad, otra vez la vida mediría sus fuerzas y su ímpetu de trabajar y hacerlo bien:

«Tuve que criar a mi hija sola porque su papá falleció en un accidente de tránsito cuando ella tenía 35 días de nacida. Ese percance me llevó a imponerme cómo ser periodista y madre a la vez. Tuve que llevarla a no sé cuántas coberturas. Desde pequeña siempre fue asmática, y yo regresaba de un hospital a las cuatro de la mañana, después de una noche de asma, y me ponía a trabajar, porque no quería que mi condición de madre me interfiriera en la profesión, ni que ser periodista me interfiriera como madre”.

Cree firmemente que en Cuba sí se practica el periodismo de investigación —quizás no al estilo de los muckrakers del siglo XX— y la denuncia y abordaje de temas conflictivos.

«No tanto como quisiéramos, pero se hace. Y en ese tipo de periodismo yo he sentido las mayores satisfacciones porque cómo se disfruta cuando tienes un planteamiento de un tema cualquiera y, de pronto, vas descubriendo cosas que ni soñabas. Un descubrimiento te lleva al otro, y puedes sacar a la luz lo que en la epidermis del tema no se ve».

»¿Recuerdan el fenómeno del reciclaje de las materias primas? —pregunta sin esperar respuesta—. Tengo un reportaje radial que habla de eso. Fue un trabajo por encargo. El objetivo era saber qué pasaba, porque en aquel tiempo las personas iban a vender su materia prima a las tiendas y luego esa misma se volvía a reciclar y se revendía. Era un fenómeno turbio».

Para desenredar la madeja pasó noches en las filas frente a los puntos donde se formaba aquel trueque.

«Me metí allí con una grabadora escondida, hasta que uno de los “mafiosos”, que era el “dueño” de las colas, me descubrió. Tuve que decirle la verdad. Luego, ese mismo tema me llevó hasta la empresa donde se guardaba toda la materia prima. Una fuente confidencial me dijo que todo salía de aquella fábrica: la misma que entraba, salía por los muros y se revendía en la calle. Era un fenómeno prácticamente inacabable. Con aquella información fui hasta la empresa, hablé con el director, me enseñó lo linda que estaba la entidad, todo bien cuidado, protegido, y yo me preguntaba: ¿Cómo se la llevan? Esa fuente creo que me engañó.

»Cuando salí, una persona me orientó: “Ve hasta el muro de la empresa y cuando veas a un hombre en un caballo dile que te lleve al lugar donde se la roban por la noche”. Lo hice y, efectivamente, vi al hombre, me monté en el caballo y el desconocido me condujo por unos platanales, mientras yo iba grabando todo. Allí estaban las evidencias: los residuos de las materias

primas y las marcas de los camiones de todas las provincias que iban a cargar. Así pude demostrar que se la robaban del mismo lugar donde la depositaban».

Son poco más de las tres de la madrugada y ella graba, una tras otra, las notas de voz que nos va enviando a través del WhatsApp. Elsa aprovecha tiempo y tecnología. De pronto, se da cuenta de la hora que es, ofrece disculpas y confiesa que casi siempre se duerme temprano, a mitad de telenovela o escribiendo en la computadora. «Me despertó mi nieto de meses Kylian, que es el complemento de mi vida. Y como me desvelé, decidí responder las preguntas».

¿Cuántos sinsabores te ha ocasionado ejercer un periodismo incómodo?

Tengo la satisfacción de que he hecho el periodismo que he querido hacer. Sinsabores, muchos. Nadie piense que, con un trabajo de este tipo, va a tener aplausos por todos lados; no los espero nunca. Trato de quedar bien con la verdad, con sus matices. No puedo explicar cuántos desvelos, roces, encontronazos lógicos de la carrera... Al periodismo le toca eso.

¿Ha valido la pena? ¿Has tenido ganas de tirar el guante y evadir los problemas?

Nunca he tratado de evadir los problemas, porque ellos me persiguen. Ha valido la pena por quedar bien con la profesión que escogí, y con el rol social que tenemos los periodistas, que no es el de resolver problemas, como mucha gente cree. No imaginan cuántas personas me abordan para que les solucione sus situaciones. En la calle, por Facebook, Messenger, por mensajes, por teléfono... Los periodistas no resolvemos problemas, alertamos o representamos la realidad, ahondamos en ella. Les toca resolverlos a los decisores, a los gobernantes, a las instituciones.

Hay una queja del gremio y del público en ese sentido, de para qué los periodistas hablamos tanto si no se resuelve nada. Tengo muchos ejemplos de trabajos que he hecho cuya repercusión ha sido resolver el problema. Hace un tiempo, hice un programa televisivo en Centrovisión que se llamó Apartado Popular. Se basaba en cartas que la gente llevaba a la televisión. Los temas se investigaban y se presentaban en pantalla.

Hicimos uno sobre un hogar materno que estaba en mal estado. No había buena atención a las embarazadas, ni en la alimentación, en las condiciones de vida; no tenían televisor, agua, sillas, ventiladores, incluso problemas de atención médica. Ese asunto lo investigamos y era peor de lo que decían las embarazadas en la carta. Fuimos a grabar un lunes, y el martes, cuando regresamos a hacer la segunda grabación, todos los problemas se habían resuelto. Es triste pensar que tenía que llegar la prensa para que se solucionaran.

¿Cuál es el secreto para ese desdoblamiento, esa multimedialidad que ejerces de forma natural, como si no representara un esfuerzo hacerlo bien en radio, en prensa escrita, en televisión?

Tiene que ver con el atrevimiento, y con la concepción que tengo del periodismo. Entiendo que el periodista tiene que ser un profesional integral en su conocimiento. Es importante pasar por las redacciones para darle forma a los estilos periodísticos que uno aprende en la academia. Debemos ser multifacéticos y saber de todos los temas, porque en cualquier momento me pueden mandar para una cobertura de un tema del cual, a lo mejor, no estoy bien preparada, pero no puedo decir que no. Por lo menos, nunca he dicho que no. Eso me ha abierto las puertas del resto de los medios.

Trato de que me quede bien en los tres lugares, por respeto a la gente. En el programa Apartado Popular era guionista y presentadora. También he sido comentarista y panelista en programas de opinión de la televisión. En el periódico, además de la página deportiva que escribo desde el año 1999, también he hecho otro tipo de trabajos. Eso me ha exigido un esfuerzo personal bien grande.

Aprendí desde el principio a hacer varias cosas al mismo tiempo. A veces, a las cinco de la mañana, en la computadora tengo abiertos cuatro Words, porque puedo estar haciendo un guion para la emisora y escribiendo la página deportiva para *Escambray*. A pesar de todas esas experiencias, a la radio le debo absolutamente todo.

¿Aún te queda tiempo para ti, para la familia?

No creo que haya podido dedicarle a mi familia todo el tiempo porque es difícil. A veces lavo a la una de la madrugada o dejo la lavadora en sus procesos. El día tiene 24 horas y parece que consumo 28. Todavía lo hago (no con la misma fuerza, pues tengo 56 años) porque necesito mantener la mente activa y altiva. Y sí, me queda poco tiempo para mí.

Hay quien manifiesta que tus textos son agresivos. ¿Crees que es así?

Incluso algunos colegas, amigos míos, me han dicho que he sido agresiva o incisiva. El periodismo es agresivo y es incisivo porque hay que utilizar el término que es, no tengo por qué andar por las ramas; eso, obviamente, trae sus consecuencias.

Conozco personas a quienes las han sacado de sus trabajos después de un reportaje crítico. Hay un administrador de una placita que guarda un periódico. Un día me lo enseñó y me dijo:

«Por esto que te dije y que pusiste aquí, a mí me sacaron del trabajo».

Algunas personas sí me han pedido que suavice, que no vuelva a decir las cosas tan crudas. Que me retracte no, porque en primer lugar no lo admitiría. Para eso existe la réplica. Una vez tuve un encontronazo y el directivo me dijo que iba a escribir al periódico para acusarme. Le respondí que lo hiciera y que, si había escrito algo que no había visto, pagaba con mi título. La persona al final entendió y no escribió.

No negaré que me he descubierto con crisis de conciencia porque conozco el impacto que tiene un trabajo crítico en la sociedad. Sé que dije la verdad, pero pienso en que las personas implicadas tienen familia. También he llorado. Una vez sacamos en pantalla el rostro de un jefe de la construcción que no acudió a dar respuesta a uno de los temas que estábamos abordando. Dijimos: «Este directivo no acudió a darle respuestas al pueblo sobre las viviendas mal hechas». A los pocos días, aquel hombre me «dio botella». Venía con su hija y ella preguntó: «¿Esa no fue la mujer que te criticó, papá?». Aquello me partió el alma, porque soy madre.

¿Has debido chocar o evadir mucho la censura?

He chocado con ella de diferentes maneras: sobre la forma de abordar un tema, para tratarlo con otros enfoques, aplazarlo, suavizarlo... Y de la misma manera que he chocado con la censura, también la he evadido. De otro modo, no hubiera podido hacer muchos trabajos con matices críticos y sobre temas considerados tabúes.

Evadirla significa que he buscado las maneras. Cada periodista tiene que saber cómo hacerlo, y todavía no lo puedo confesar porque me quedan algunos años de trabajo — dice y se ríe

con cierto deje de malicia—. Trato de no caer en la autocensura. Asumo el trabajo, se lo presento al directivo del medio, a quien le toca decidir y discutir, pero no me puedo autocensurar.

Uno de los temas que más te apasiona es el béisbol, ¿cuánto te preocupa la situación actual de nuestro deporte nacional?

La situación actual responde a varios elementos, pero el que más daño está haciendo es el éxodo sistemático de sus talentos. Tiene que ver, sobre todo, con un problema económico. Casi todos los peloteros que se han ido del país van con el sueño de jugar en las Grandes Ligas. Eso responde a la necesidad de su desarrollo deportivo, pero también al dinero.

Aunque Cuba les ha subido el salario a sus peloteros, ha buscado vías de motivación, les ha mejorado en los últimos tiempos el alojamiento, los estadios... el país no tiene sostén económico para aguantar a esos muchachos aquí. Es triste, pero es así. No creo que todos quieran llegar a las Grandes Ligas, pero muchos de ellos sí. Y si se van cuatro o cinco talentos de un golpe, se resiente la calidad de la pelota.

Aquí se ha pensado hasta en traer a jugar a los que se han ido. Eso no es posible masivamente por una razón económica. El que está ganando 2 000 dólares en una liga del Caribe, cobra más que un pelotero de aquí. Es un fenómeno básicamente económico, y va más allá del patriotismo, que ha sido un término vilipendiado en estos tiempos, sobre todo a partir de la cantidad de muchachos que se quedaron en la sub-23 en la Copa del Mundo del año pasado.

El país tiene potencial porque los jóvenes quieren ser peloteros, a pesar de la invasión del fútbol. De las matrículas de las EIDE se quedan fuera muchachos que quieren entrar. Cuba tiene esa cantera, pero no la puede desarrollar todo lo que qui-

siera porque no cuenta con dinero suficiente para comprar los artículos que lleva la formación de un pelotero. Y hoy no juegan todos los que quieren, sino los hijos de quienes pueden sostener la compra de un guante, pelota, bate y trajes. Eso es lo que está lacerando, más allá de conflictos, situaciones y malas decisiones de entrenadores y directivos.

Hace cuatro años, a propósito de un gesto de Yuliesky Gourriel en suelo extranjero, escribiste: «Nuestra pelota no se va a hundir porque la afición siga las Grandes Ligas. En todo caso, puede ser mejor si la propia familia beisbolera cubana sabe aprovechar la ventaja de tener una especie de escauteo directo para beber de maneras de jugar y mentalidades de juego (...)». Las cosas no han cambiado demasiado, ¿sigues pensando igual?

Lo dije a propósito de aquel gesto de Yuliesky, envuelto en la bandera cubana cuando su equipo, Astros de Houston, ganó la serie mundial. Sigo pensando exactamente igual. Ese texto trajo muchísima polémica y roces porque tuvo millones de interpretaciones. Por muchos años vivimos el misterio de las Grandes Ligas, cuando se sabe que los cubanos, toda la vida, se las han ingeniado para tener información de los peloteros nuestros que se han ido a jugar allá. Por suerte, esas tendencias comenzaron a cambiar en los últimos años.

Beber de lo bueno que tiene la pelota de las Grandes Ligas, de cómo se juega, de cómo batean y lanzan, de cómo se llevan los juegos, de las decisiones que aplican los *managers*, independientemente de las diferencias que tengamos, no nos quita, nos engrandece y también nutre, si se saben aprovechar esas ventajas.

Hemos mejorado en relación con otros años, al punto que se han televisado juegos de las Grandes Ligas, algo que antes era

impensable. Y, más allá del disfrute del juego, la pelota cubana tiene que tomar eso como una clase práctica, para llevarlo al término de las academias cubanas.

El peligro está a lo interno, y no desconozco el hecho del acuerdo beisbolero que no se concretó y que no permitió (a la manera en que se soñó), ese flujo normal de peloteros entre Estados Unidos y Cuba. Que ese acuerdo se rompiera incidió en más éxodo de peloteros que querían jugar en Estados Unidos y vieron sus puertas cerradas.

«Si pudiera evadir esa pregunta, porque no puedo impedir que me trastorne cada vez que lo oigo mencionar», dice Elsa del otro lado del teléfono y notamos que hemos tocado donde duele. El periodista Juan Antonio Borrego Díaz, director de Escambray durante casi 24 años, falleció en 2021 debido a complicaciones asociadas a la COVID-19. ¿Quién era Borrego para Elsa?

El gran amigo que nunca me falló, mi principal asidero para publicar los temas que le propuse y también los que él me conminaba a escribir —nos dice y abre el caudal de las memorias—. Él sabía cuándo yo tenía mis momentos de querer colgar los guantes, porque éramos confidentes uno con el otro. Él me dejaba para que refrescara y me llamaba a los dos o tres días para proponerme un tema escabroso porque sabía que me gustaban. Reconoceré siempre la valentía para publicar y aprobar temas espinosos.

Cuando se formaban los revuelos por alguna crítica, Borrego asumía absolutamente toda la responsabilidad. Nosotros lo sabíamos, y él, por un problema ético, no nos contaba lo que pasaba en esas discusiones. Siento que el periodismo, aquí en

Sancti Spíritus, se vive de otra manera sin Borrego. Todavía es reciente, ¡y todo fue tan violento, tan inesperado, tan estrepitosamente rápido! Ninguno de nosotros estaba preparado para ver partir a Borrego tan joven, pleno de vida, de creación... De ese golpe no nos hemos recuperado. Lo vivo con pesar y he necesitado mucha fuerza para seguir escribiendo en *Escambray*.

Hay valores que definen a Escambray, como la objetividad, el apego a la opinión de la gente, la credibilidad..., y tú, Elsa, ¿cuánto cuidas tu credibilidad?

Este lanzamiento es de 100 millas —bromea ella—. Cuido muchísimo mi credibilidad porque en ella va toda mi carrera. Para todos los periodistas, para un sistema, para un país... lo principal es la credibilidad. Cuando la gente no cree en lo que tú dices y haces, todo está perdido. Para mí eso es lo más importante y lo más difícil. Trato de ser creíble diciendo las cosas como son, a cualquier precio, a cualquier riesgo. Pero puede que uno tenga el empeño y la gente no crea en lo que uno dice. Por eso la cuido tanto, porque es como estar en una cuerda floja.

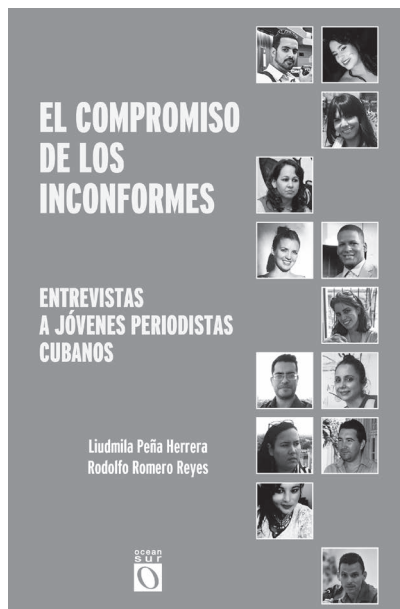
Tengo la gran ventaja de que muchos de los temas me los da la gente. Eso me permite tener una idea de la agenda pública, de lo que la gente quiere que le hablen en los medios. Sin embargo, la credibilidad no depende solo de mí. Yo asumo determinadas informaciones, pero si la fuente miente, soy tan responsable como ella. Lo que me toca a mí, en virtud de esa credibilidad, es decir que mintió. La prensa, con respeto y apego a la objetividad, tiene que asumir más el emplazamiento a la fuente, debe obligarla a decir la verdad.

No ser creíble o no ser veraz es la muerte de un periodista. Puedes seguir escribiendo toda tu vida, pero ya moriste cuando

la gente constantemente está cuestionando lo que tú dices, a ti o al medio.

Al periodismo hay que saberlo querer, quererlo como es, y a pesar de que es ingrato; a pesar de que no es el mismo periodismo romántico de cuando yo comencé, sigue siendo una carrera hermosa, complicada, quizás porque yo misma lo soy un poco en mi carácter, un poco rebelde... El periodismo debe parecerse a lo que la gente es.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



EL COMPROMISO DE LOS INCONFORMES ENTREVISTAS A JÓVENES PERIODISTAS CUBANOS

Liudmila Peña Herrera y Rodolfo Romero Reyes

En El compromiso de los inconformes cada conversación trasciende el marco de lo personal para abordar el panorama del periodismo de factura nacional, sus aciertos y deficiencias, los temas pendientes y los desafíos a superar. De ahí que no importe por qué caminos lleguemos a este libro: una vez que nos encontremos con él, hallaremos mil razones que lo convierten en necesario y entrañable.

158 páginas, 2021, ISBN: 978-1-922501-15-8



Un periodista con vocación de ciclonero

ENTREVISTA A ORFILIO PELÁEZ MENDOZA

Podría parecer un mito, pero él asegura que es cierto: llegó al mundo «con los genes del periodismo y de la meteorología». Con ocho años de edad leía los tres periódicos que circulaban en Cuba: *Granma*, *Juventud Rebelde* y *El Mundo*. Cada noche veía el noticiero de televisión y escuchaba con interés los comentarios internacionales del legendario periodista Luis Gómez Wanguemert. Tanto recortó y guardó noticias publicadas en los diarios, que llegó a tener recopilados y clasificados más de 3 000 artículos, informaciones, entrevistas, crónicas y reportajes sobre el acontecer nacional e internacional.

Si alguien pensó que se convertiría en médico como su padre, para sellar así el mágico vínculo entre ambos —que llegaba al extremo de que respondían al mismo nombre—, se equivocó. Orfilio Peláez Mendoza sería periodista, aunque para lograrlo, antes cursaría dos años de Licenciatura en Química y cinco de Licenciatura en Lengua Alemana.

«Solo me faltó aprobar el examen final de una asignatura para graduarme de alemán, porque en aquella época, si tenías un título universitario, eso te invalidaba para estudiar otra carrera —confiesa—. Obsesionado con hacerme periodista, le di largas al asunto y nunca hice la prueba pendiente. No obstante, me llegó la boleta de ubicación para empezar a trabajar como guía de turista. Quemé las naves y renuncié al vínculo

con el alemán. De inmediato, empecé a explorar la posibilidad de entrar a un órgano de prensa, sin importarme la plaza ni el salario».

A inicios de octubre de 1984, el hijo menor del brillante oftalmólogo cubano Orfilio Orestes Peláez Molina comenzaba a trabajar en el periódico *Granma*, como Técnico B en Información Científica. Ese sería su único centro laboral en su prestigiosa carrera como periodista científico.

Pero la historia no había comenzado allí, sino en el seno familiar, donde le habían cultivado su verdadera vocación:

«Conocedor de mi temprana inclinación hacia el mundo de las noticias, mi padre propició que conociera a varios periodistas, con los cuales mantenía estrecha amistad, y escuchara narrar sus vivencias, en frecuentes visitas que solían hacer a mi casa. Sin duda, aquellas veladas influyeron en afinar mi pasión por el periodismo».

Cuando se refiere a esa época, le vienen un sinfín de memorias a su mente, de la infancia feliz en Santos Suárez, en el habanero municipio de Diez de Octubre; de los juegos en el barrio, la armonía que se respiraba en su casa y el culto a la unidad de la familia. Es imposible que no nos hable de la impronta de su padre, quien lo marcó para siempre con su ejemplo:

«Más allá de haber sido un padrazo en toda la extensión de la palabra, brillante médico oftalmólogo, científico, profesor de los mejores y extraordinario ser humano, se distinguió por esa tenacidad y consagración que le acompañó en las más de cuatro décadas dedicadas a la investigación para lograr un proceder terapéutico que detuviera al menos la progresión de la retinosis pigmentaria y evitar la ceguera total en el mayor número de pacientes posibles. Tampoco se amilanó ante las barreras, incomprendimientos y detractores que enfrentó antes de perfilar

la técnica quirúrgica creada por él y los demás elementos que conformaron el tratamiento cubano contra la enfermedad, algo inédito en el mundo hasta ese momento».

Tenía ocho años cuando vivió el primer ciclón. La curiosidad por lo desconocido lo tuvo ansioso e inquieto, mientras los mayores se preparaban para el paso del huracán Alma sobre La Habana. Era el 8 de junio de 1966.

Cuando el viento comenzó a rugir con fuerza y la lluvia se colaba a través de las rendijas de las ventanas, el niño Orfilio aprovechó que su abuelo trataba infructuosamente de amarrar la lámpara del portal para asomarse a la puerta.

«Quedé obnubilado al observar cómo ese fenómeno natural arrancaba de cuajo hasta las más flexibles ramas de los dos árboles plantados frente a la casa, movía a su antojo en incesante vaivén los cables del tendido eléctrico, y convertía en proyectiles pedazos de planchas de zinc y cuantos objetos levantaban las ráfagas más intensas.

»Lo que más me impresionó fue contemplar aquel cielo completamente gris oscuro que había transformado la mañana en anochecer y, sobre todo, la velocidad a la que se desplazaban las nubes más bajas. Al otro día, tan pronto trajeron el periódico, busqué una tijera y recorté cada cintillo, información, mapa y fotos sobre el paso del ciclón, los reportes de daños materiales y las características que lo distinguieron. Con Alma quedó sellada mi vocación de ciclonero».

Diecinueve años después, con unas cuantas notas de temas generales y también científicos, el joven Orfilio Peláez Mendoza

se enfrentaría a su primer reto profesional vinculado a un ciclón tropical.

«Mi bautismo de fuego llegó con la amenaza del huracán Kate al territorio nacional, el 18 de noviembre de 1985 —precisa—. Serían cerca de las cinco de la tarde cuando recibí una llamada del director del periódico y capitán del Ejército Rebelde, Jorge Enrique Mendoza, pidiéndome que bajara a su oficina. Sin rodeo alguno, me preguntó si estaba dispuesto a salir para el Instituto de Meteorología con un fotógrafo. Debía redactar una información alertando sobre el inminente azote de ese organismo ciclónico tropical a varias provincias del centro y el occidente del país, incluida la capital (entró a tierra firme por las inmediaciones de Morón, Ciego de Ávila, alrededor de la 1:00 a.m. del martes 19 de noviembre, y salió al mar por el este de La Habana, en horas de la tarde).

»Cuando vi mi amplio reporte sobre el Kate publicado en primera plana, sentí que había logrado un anhelado sueño. Aunque llegué al periodismo científico sin preparación previa (excepto en la meteorología), mientras ampliaba la diversidad de temas sobre los cuales escribía, comprendí que la autosuperación permanente era vital».

¿Y cómo logró salir del archivo de Granma para dedicarse a la labor reporteril?

Fue gracias a mi primera experiencia con Fidel, el 19 de agosto de 1987. En aquella época, apenas se hablaba de los discapacitados físicos motores en los medios de prensa. Honestamente, pienso que no le dieron mucha importancia al primer congreso de la Asociación Cubana de Limitados Físico Motores (ACLIFIM) y por eso me enviaron a mí.

Poco después de las 2:00 p.m. apareció el Comandante en Jefe para asistir a la clausura del evento. Como era su costumbre, hizo infinidad de preguntas y, de pronto, en medio de aquel agobiante calor de agosto, preguntó: «¿Alguien sabe cuál es el récord de temperatura en Cuba, porque si no se está rompiendo ahora, está a punto de hacerlo?».

Un colega de Radio Reloj que sabía de mi pasión por la meteorología, me conminó a que le respondiera a Fidel. Yo estaba tenso por aquella primera cobertura. Sabía que, si las cosas salían mal, sería casi imposible que la dirección de *Granma* volviera a confiar en mí. A pocos metros de él, le dije que el récord de calor en Cuba era de 38,6 grados Celsius, y databa del 7 de agosto de 1969, en el aeropuerto de Guantánamo.

Mirándome fijo, me preguntó si era meteorólogo. Le contesté que aprendiz de periodista. Me dio una palmada en el hombro y exclamó: «¡Es muy bueno que un joven periodista se especialice y pueda volverse un experto en un tema específico!».

Al llegar a *Granma*, el director me mandó a buscar y preguntó si yo tenía grabadas las intervenciones de Fidel. Le respondí que no, que todo lo tenía escrito a mano, en mi libreta de notas. Con el rostro preocupado, me pidió que me sentara de inmediato en la máquina de escribir porque debía entregar el material a lo sumo en dos horas.

Al día siguiente, cuando ya me disponía a coger el elevador para iniciar mi jornada laboral en el archivo, me avisaron que el director necesitaba verme inmediatamente. Me estaba muriendo cuando toqué a la puerta porque no sabía si la nota que había entregado había gustado o no. Sonriendo, me dijo: «Para mí usted se graduó anoche y, a partir de este momento, pasa a trabajar fijo en la redacción nacional, no más en el archivo».

Nos decía que tiene una «vocación de ciclonero». En diciembre de 2017 recibió el Premio Nacional de Meteorología. ¿Cuánto ha representado su labor dedicada a reportar sobre esos fenómenos meteorológicos en su carrera profesional?

Como buen aficionado, tengo en la casa barómetro (mide la presión atmosférica), termómetro y un anemómetro no profesional. Dispongo, además, de un pronosticador del tiempo portátil que, acoplado a un sensor, me da los valores de temperatura, humedad relativa, cubierta nubosa, presión atmosférica y pone en pantalla cuando hay alguna probabilidad de lluvia.

En 2005, al cumplirse los 40 años de creado el Instituto de Meteorología, el presidente de la Sociedad Meteorológica de Cuba (SometCuba), Andrés Planas Lavie, tuvo la iniciativa de hacer con Citmatel un CD que recogiera parte de mis trabajos publicados sobre esa disciplina en *Granma*. Para sorpresa mía, en 20 años, había más de 800 artículos, comentarios, entrevistas, reportajes, crónicas e informaciones que había escrito acerca del quehacer de las ciencias meteorológicas en Cuba y el mundo.

Fui fundador de SometCuba en enero de 1992, y he integrado la Junta Directiva por más de 12 años. En la actualidad soy el secretario general.

Usted es un ferviente defensor del periodismo científico, con 35 años de experiencia en su ejercicio. ¿Cree que los jóvenes periodistas deberían ser todoterreno primero o recomienda la especialización, incluso desde los años de academia?

La especialización es vital para quienes decidan adentrarse en este camino.

El reportero con dominio previo del tema dispone de conocimientos básicos sobre la disciplina y eso evita que, en medio de la apremiante contingencia natural, el especialista se vea obli-

gado a interrumpir su trabajo para explicarle el significado de términos y conceptos elementales.

Eso favorece una mayor rapidez en la redacción de las notas, evita lamentables equívocos y permite discernir cuáles son los elementos ineludibles que deben aparecer en las informaciones. No pocas veces hemos escuchado llamar tormenta tropical a un huracán, cambiar el rumbo de desplazamiento del sistema (noroeste por nordeste) o utilizar de manera incorrecta el concepto de tiempo y clima, como si significaran lo mismo.

Un periodista no especializado tiene más probabilidad de transmitir un mensaje desvirtuado y carente de objetividad, por sobredimensionar un peligro que puede ocasionar alarma infundada en la población. También puede minimizarlo y provocar que las personas no adopten o retiren las medidas de protección orientadas.

Especializarse en un área de la ciencia hace que, con el tiempo, el periodista se convierta en un referente de objetividad y confiabilidad y, difícilmente, la fuente rehúya a darle información. Defiendo que, en los inicios de la profesión, los jóvenes sean todoterreno, porque esa condición los prepara para asumir y salir airoso de la más compleja de las coberturas. Ser integral es la antesala de una futura buena especialización.

¿Considera que el periodismo científico que se publica en los medios de prensa cubanos está a la altura de la creación científica?

La presencia del periodismo científico en nuestros medios ha crecido en los últimos tres lustros, pero todavía dista mucho de reflejar en toda su dimensión el inmenso quehacer de nuestros hombres y mujeres de ciencia.

Nadie cuestiona hoy el protagonismo de la ciencia, la tecnología y la innovación para resolver los problemas más acucian-

tes de la vida nacional, garantizar la soberanía e independencia de la nación y construir el modelo de desarrollo socioeconómico sostenible y en armonía con la protección del medio ambiente al que aspiramos.

Sin embargo, todavía no hay un noticiero científico en la televisión cubana, ni existe una redacción especializada en ciencia y tecnología que respalde su salida al aire. Es lamentable lo ocurrido con el programa Antena, que sufrió frecuentes cambios de días y horas de transmisión, pasó de un canal a otro, y finalmente dejó de salir, después de 20 años en pantalla. Otros como A Tiempo y Pasaje a lo Desconocido, enfrentaron situaciones similares en diferentes etapas.

La aparición del gustado Observatorio Científico pone de manifiesto que hay talento, creatividad y deseos de trabajar entre sus realizadores, pero creo que merece salir en horario estelar y por el canal Cubavisión. La presencia de la ciencia es ínfima en comparación con la elevada cantidad de espacios deportivos y culturales que transmiten a diario la radio y la televisión.

Tampoco la prensa plana escapa a esa subestimación. Si el día que toca publicar el espacio de ciencia y tecnología coincide con una efeméride importante o la celebración de algún evento de suma notoriedad que requiera emplear más páginas, lo primero que se quita es esa sección.

Me gustaría reconocer, por su incansable labor en defensa del periodismo científico, a la redacción especializada de ciencia y tecnología de *Prensa Latina* y a las revistas *Juventud Técnica* y *Bohemia*.

Si algo positivo ha dejado la pandemia de la COVID-19 es que nuestro pueblo pudo conocer los rostros de una pléyade de científicos anónimos que literalmente salvaron al país.

A propósito de Prensa Latina, ¿cómo fueron sus años como corresponsal en Chile?

La estancia en Chile fue el mayor reto enfrentado en mi carrera. Me permitió vivir experiencias imborrables, tanto desde el punto de vista profesional, como en el plano personal. Sin desvincularme de *Granma*, estuve en la oficina de *Prensa Latina* en Santiago de Chile, entre finales de 1997 y mediados de 1999.

Mi esposa de entonces era la jefa de la redacción de Ciencia de la agencia y fue designada para ocupar la corresponsalía en ese país sudamericano. Como yo también era periodista, en vez de viajar con ella en condición de acompañante, fui nombrado segundo corresponsal.

Trabajar tantas horas bajo presión y escribir sobre los más variados temas de una realidad que no era la mía, me dio mucho oficio y afianzó la condición de reportero todoterreno.

Allá tuve que reportar los triunfos del tenista Marcelo Ríos, quien llegó a ocupar el número uno del *ranking* mundial durante seis semanas en 1998; aprender de fútbol para reseñar la participación de Chile en la Copa Mundial de Francia de 1998, y hablar de la forma de jugar de los ídolos de aquella selección, Marcelo Salas e Iván Zamorano; reseñar presentaciones de teatro, conciertos de famosos cantantes y músicos, el Festival de Viña del Mar; y, sobre todo, escribir sobre el acontecer político interno, muy convulso a partir de la detención de Pinochet en Londres, en octubre de 1998.

Entre las coberturas más importantes donde trabajé figuran la Cumbre de las Américas, efectuada en abril de 1998, y la presentación en el Congreso chileno del libro *El reencuentro de los demócratas*, del expresidente Patricio Aylwin (el primero en ocupar ese cargo tras el retorno de la democracia). También reporté las protestas callejeras de los que pedían justicia

cuando detuvieron a Pinochet en Londres. Por primera vez en mi vida sentí los efectos de los gases lacrimógenos y vi las brutales golpizas con bastones y los chorros de agua a presión lanzados desde vehículos especializados contra los manifestantes. Presenció los violentos incidentes por el 11 de septiembre, aniversario del golpe militar que derrocó a Salvador Allende, y la juramentación de Pinochet como senador vitalicio.

¿Quedó en pausa en ese tiempo el periodismo científico?

La ciencia no dejó de estar presente en mi desempeño reportero y entrevisté a cuanto investigador chileno accedió a mi solitud; cubrí importantes eventos, como la Feria Internacional del Aire y el Espacio, efectuada en ese propio año; reporté cada sismo perceptible que viví, y escribí bastante acerca del famoso evento ENOS (El Niño/Oscilación del Sur), que influye mucho en las condiciones climáticas de esa nación. Hasta comenté acerca de la aparición de Ovnis sobre el cielo nocturno de la capital chilena.

No olvidé la ciencia cubana y, además de mandar diferentes artículos para la página especializada de *Granma*, le di seguimiento desde allá a la trayectoria y evolución del huracán Georges, y al comportamiento de los dos últimos meses de la temporada ciclónica de 1998.

¿Qué anécdotas guarda con especial afecto en torno al periodismo?

Hay muchas vivencias imborrables, algunas *sui generis*, como cuando me quedé encerrado en un baño durante casi cuatro horas en la cobertura de una de las comisiones del congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) al inicio de la década de los noventa; o cuando me caí en una alcantarilla sin tapa, en Guanabo, en medio de la noche, mientras regresaba de reportar los primeros vertimientos de arena en Varadero.

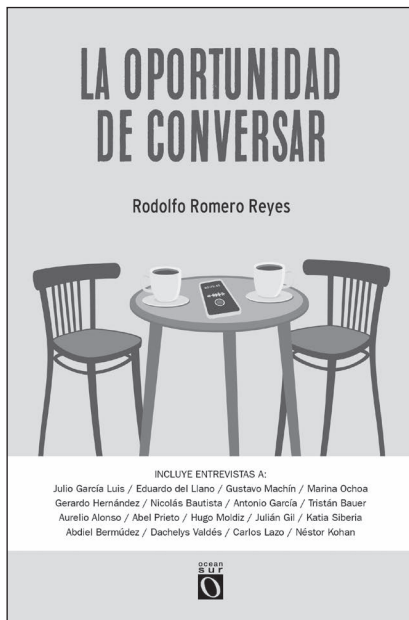
En otra ocasión, un familiar discapacitado mental de una científica que había ido a entrevistar, me puso un cuchillo en el cuello diciéndome que me quería matar. En otra oportunidad, en medio de un receso de las sesiones de un Fórum Nacional de Ciencia y Técnica, en el Palacio de las Convenciones y delante de varios colegas, una mujer me dio una bofetada porque me confundió con su marido.

También fueron numerosas las ocasiones en que, estando junto a mi papá en sesiones de la Asamblea Nacional del Poder Popular, diputados y hasta algunos altos dirigentes, se le acercaban para felicitarlo por el trabajo que había publicado en el periódico o para preguntarle de dónde sacaba el tiempo para poder escribir. Algunas veces intentaba explicar que él no era el Orfilio Peláez que escribía en *Granma*, pero yo le hacía una seña para que no lo hiciera. Mi padre se reía muchísimo cada vez que eso pasaba y yo me sentía orgulloso de que siguiera ocurriendo.

El ejercicio de la profesión, a lo largo de 38 años, me ha permitido conocer a seres humanos excepcionales, desde un observador meteorológico que cumple al pie de la letra su valiosa pero anónima labor de medir y notificar el comportamiento de las variables del estado del tiempo, hasta el científico con mayor número de patentes concedidas, o aquellos que no han visto la generalización de sus aportes y siguen adelante con sus sueños y proyectos.

Y he tenido el privilegio de ver el nacimiento y desarrollo de la industria biotecnológica cubana, cuya máxima expresión son los fármacos innovadores logrados en el país para el tratamiento de las principales enfermedades que afectan a la población cubana, las vacunas contra la COVID-19 y su aplicación a escala masiva, a lo largo de todo nuestro archipiélago.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



LA OPORTUNIDAD DE CONVERSAR

Rodolfo Romero Reyes

Periodismo y comunicación política; cultura, cine, políticas culturales; golpes de Estado y conflictos geopolíticos; diversidad y orientación sexual; solidaridad, resistencia, hegemonía y contrainsurgencia son los temas que pone sobre la mesa el libro *La oportunidad de conversar*, de la editorial Ocean Sur. Dieciséis entrevistas, la mayoría de ellas publicadas por su autor en la revista *Contexto Latinoamericano*, polemizan acerca de complejas realidades del entorno de Cuba y América Latina.

2022, ISBN 978-1-922501-59-2



La saga de una aventura periodística¹

ENTREVISTA A ROSA MIRIAM ELIZALDE ZORRILLA

Miró sin querer hacia la puerta por el rabillo del ojo y se sorprendió al verla entrar. Alejandra no le había comentado que vendría. Le pareció un poco sospechoso, pero quién sabe si a última hora la hija había decidido acompañarla. Después, cuando la presidenta del jurado leía el acta del Premio Nacional de Periodismo José Martí por la obra de la Vida, para el cual era candidata, se había ido reconociendo en cada palabra que pronunciaba «Juanita». El premio era para su trabajo, para ella: la espirituable Rosa Miriam Elizalde Zorrilla.

Nadie le adivinó el temblor cuando el saloncito de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC) prorrumpió en aplausos y tuvo que pararse para hablar, para agradecer:

«Uno piensa en mucha gente a la que le debe tanto y nunca recibió el premio – dijo –. Estoy pensando en Guillermo Cabrera Álvarez, en Manuel González Bello, en Agustín Pi, en Juan Dolset... personas que me ayudaron en mi formación y que lo merecían».

¹ Esta entrevista fue publicada por Liudmila Peña originalmente en el diario *Juventud Rebelde*, en marzo de 2021, a propósito del Premio Nacional de Periodismo José Martí obtenido por la entrevistada. Es la única de este libro que no es en coautoría, pero por su relevancia ambos autores decidieron incorporarla al volumen.

Si no fuera porque es ella quien la escribe a diario, podría decirse que su historia debió haber salido de la cuartilla iluminada de algún escritor latinoamericano: una niña de ojos cuestionadores, rodeada de ideas diversas y marcadas por el conflicto, que se convirtió en una de las periodistas más importantes de su país y en una de las voces más respetadas en materia de comunicación. Su árbol genealógico está colmado no solo de sensibilidad, sino también de hombres osados y conspiradores. Por ahí se podrían explicar muchas cosas.

«En mi casa no había televisor, pero sí muchos libros y un gran fervor por la literatura, que venía del orgullo familiar por un ilustre antepasado materno, José María Heredia —mi bisabuela se llamaba María del Carmen Cancio Heredia y era nieta de José de Jesús Heredia Yáñez, el único hijo sobreviviente del poeta— y de mi padre, que estudió solo hasta cuarto grado, pero era un lector voraz y me transmitió la pasión por la literatura, la historia y la política. Mi bisabuelo, Ceferino Elizalde, de oficio carbonero y vasco de nacimiento, formó parte de la oleada de anarquistas españoles que emigraron a Cuba en el siglo XIX. Mi abuelo era anarquista. Mi tío Rubén, a quien no conocí, fue el líder del Partido Socialista Popular (Comunista) en Sancti Spíritus hasta su muerte, a inicios de la Revolución. Anarquismo, comunismo, guiterismo, socialismo, fidelismo... eran lengua franca en mi casa.

»Algunos amigos se asombran cuando les digo que mi libro preferido, que he leído varias veces y del cual creo haber visto todas sus versiones para el cine, es *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë; y que quizás algunos, despreciativamente, consideren “literatura para mujeres”. Fue la primera novela que leí y con la cual descubrí que hay verdades que solo se pueden contar y vivir a través de la ficción».

De novela en novela, la niña que coqueteaba con las letras en sus ratos libres, encontré, sin proponérselo, dos publicaciones que definirían su destino: la revista Somos Jóvenes y la edición dominical de Juventud Rebelde. Recuerda que no tenía idea de lo que iba a estudiar hasta que empezó a leer en ellas los grandes reportajes y crónicas «viajeras» – en particular las de Leonardo Padura, quien luego las agruparía en su libro El viaje más largo.

«Bajo la dirección de Jacinto Granda, primero, y de José Ramón Vidal, después, el diario vivía un momento de esplendor donde coincidía la innovación formal al incorporar las técnicas del llamado periodismo literario, que a mí me deslumbraron, y la mejor tradición del periodismo en Cuba, que involucraba a un grupo de fotógrafos, caricaturistas, periodistas y editores de primera línea.

»En *Juventud Rebelde* se concebía la prensa como espacio creativo y de experimentación, y las técnicas literarias como un recurso que salvaba de la fugacidad a la noticia y al diario impreso. En general, primaba una visión optimista del futuro de la prensa en Cuba, con notables experiencias a su alrededor: la revista *Somos Jóvenes*, pero también los reportajes críticos de *Bohemia* y los editoriales del periódico *Granma*, el naciente programa radial *Haciendo Radio*, y varios espacios de debate en la Televisión.

»El lema del Congreso de la Upec en esos años era “sin rectificación en la prensa no hay rectificación en la sociedad”, que habla de la conciencia de la dirección de la Revolución, y en particular de Fidel, de que los deficientes conceptos informativos vulneraban y retrasaban el proceso para superar los problemas de la sociedad. Fuera de ese contexto, y en particular sin *Juventud Rebelde*, yo no estaría en el periodismo».

En 1989 salió de las aulas universitarias con ganas de enfrentarse al mundo y de vivir con intensidad para contarlo. Nadie imaginó la fuerza que se ocultaba detrás de aquella lozanía de muchacha citadina cuando pisó por primera vez la serranía holguinera.

«Fue la mejor experiencia profesional que he tenido, la que me marcó para siempre, aunque solo duró poco más de un año. En el verano de 1989 se concibió la idea de incorporar a un grupo de recién graduados como corresponsales de *Juventud Rebelde* en el Plan Turquino, el proyecto de desarrollo de las comunidades montañosas del país. Me tocó ir a Sierra Cristal, en Holguín. Caminé todas esas montañas en mulo y en “La divorciada”, un camión con el tráiler para pasajeros, “divorciado” del chofer. Descubrí una Cuba espléndida y desconocida, en la que las distancias se contaban por pasos de río: restos arqueológicos de los aborígenes y de las haciendas cafetaleras de los franceses que huyeron de la Revolución haitiana; la cultura de la Tumba Francesa en su escenario natural, con mujeres que bailaban todavía con el *deshabillé* de sus abuelas, y negras y negros de ojos verdes y azules que se apellidan Guillot, Mallet, Leveque, Guibert, Vaillant, Laborde, Fabre, Despaigne; familias que dieron refugio en su casa a los mambises y una anciana centenaria que recordaba la voz de José Maceo; las huellas de la United Fruit Company, con sus poblados de bungalós y hoteles de puertas batientes que parecían estampas de películas del Oeste; el recuerdo vivo y la épica del Segundo Frente Oriental, dirigido por Raúl Castro...

»El paisaje de aquellas lomas es el más colorido de la isla, porque los colonos franceses, por nostalgia de los jardines de Versalles, habían intercalado plantas ornamentales entre los cafetos, pero los pueblos llevaban nombres de raíz campesina: Calabaza de Sagua, Naranja Agrio, Naranja Dulce, La Ayuita...

Descubrí al poeta silvestre del que hablaba Samuel Feijó, cuando describía la mitología del campo cubano. Una familia de arrieros, que me acogió como a una hija, tenía unos bueyes llamados Bordado y Rosado. Aquello era mi Macondo particular.

»Vivía sola en las afueras de Sagua de Tánamo, en la punta de una loma. Aquella casa tenía el único teléfono a leguas, y la vecina más cercana estaba como a medio kilómetro. Para facilitar las comunicaciones, colocaron a una cotorra en su jaula a mitad del camino y, si yo necesitaba algo o llamaban por teléfono, solo tenía que gritar para que el pájaro sirviera de eco. Pedí quedarme en el paraíso, pero llegó el Período Especial y cerraron las correspondencias.

»Aquello no solo significó el retorno a La Habana, sino el choque con otra realidad, muy diferente a la que había dejado casi un año atrás, pues la situación se complicó mucho a partir del verano de 1990, cuando los impresos perdieron bruscamente el 85% de su tirada, muchos compañeros fueron reubicados y *Juventud Rebelde*, donde comencé a trabajar, pasó de diario a semanario. Aunque el periódico siguió defendiendo la calidad profesional y el abordaje crítico de los problemas — algunos derivados de la copia imitativa de muchos de los criterios, métodos y estilos que llevarían al socialismo europeo a la hecatombe a fines de la década del ochenta —, se derivó a un periodismo de urgencia y a soslayar muchas informaciones, porque cualquier acuerdo comercial o plan de desarrollo que implicara inversiones o relaciones con otro país, era frustrado por el gobierno de Estados Unidos. El escritor Eduardo Galeano diría que a Cuba se le miraba con una lupa inmensa que magnificaba todo lo que aquí ocurría, usualmente para mal. Muchos de nuestros funcionarios se agarraban de eso para eludir a la prensa, justificar la práctica del secretismo y recompensar la

propaganda. Se extendió la “brujería poética”, como llamábamos a los intentos de arropar con lenguajeseudoliterario actos, trabajos voluntarios y reuniones de los cuales no trascendía nada relevante».

En ese contexto, a la periodista que había «pulido» su estilo literario entre el rumor de los afluentes y las historias del lomerío, le esperaba otra prueba de fuego, pues, como ella misma rememora, a fines de 1990 en la ciudad todos hablaban de la «opción cero» (referida a la difícil situación energética) y había cambiado dramáticamente su paisaje urbano.

«La jinetera era visible, sobre todo en los centros turísticos y en la línea que va de El Malecón hasta el final de 5ta. Avenida, aunque el fenómeno no era nuevo. *Somos Jóvenes* había abordado el tema con “El caso Sandra”, en 1987, y un año después el término apareció registrado por primera vez en la obra “De lo popular y lo vulgar en el habla cubana”, del investigador Carlos Paz Pérez. En diciembre de 1990, una vecina me había hablado del drama de su hija y la muchacha accedió a darme una entrevista bajo la condición de que no revelara su nombre. En el periódico, que dirigía Bruno Rodríguez, el actual Canciller, no era excepcional que un periodista se apareciera con un trabajo de este tipo. Pero antes de publicarlo, Bruno me pidió obtener otros testimonios que nos permitieran explicarnos muchas de las interrogantes que teníamos y que, obviamente, no aclaraba la joven. Por ejemplo, por qué estas mujeres no se reconocían como prostitutas y apelaban a la palabra “jinetera” y “luchadora”; si la causa era económica o el fenómeno era multicausal; qué características tenía esa prostitución, y otros elementos que nos permitieran acercarnos con mayor profundidad al problema. Eso hice. Utilizando la técnica de “la bola de

nieve” — entrevistar a conocidos de conocidos —, empecé una exploración de casi tres años con fuentes de todo tipo, incluidos investigadores sociales, y con la ayuda de amigos como el periodista italiano Mauro Casagrandi, quien me acompañó alguna que otra vez en esta aventura. Publiqué un artículo previo, a cuatro manos con Amado del Pino; un ensayo en la revista *Contracorriente* y la serie que se publicó íntegramente en *Juventud Rebelde*, en 1995.

»Pero quizás lo que más me ayudó fue un diálogo que tuve con Vilma Espín. Alguien le contó que yo estaba entrevistando a prostitutas en la calle y me llamó a su oficina de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC). Llegué nerviosa, con la idea de que me regañaría o me pediría que me ocupara de otra cosa. Nada de eso. Puso a mi disposición su biblioteca y me dio una lección de sensibilidad y ética: “No olvides ni por un minuto que esas mujeres son las víctimas: los criminales son otros”».

(Las respuestas de los lectores no se hicieron esperar, incluyendo desde las positivas hasta las más desagradables).

«La peor fue la amenaza de un proxeneta que me esperó a la entrada del círculo infantil al que iba mi hija. Aunque el periódico recibió gran apoyo por la publicación de la serie y se sumaron artículos de otros periodistas, como uno extraordinario de Guillermo Cabrera Álvarez que reclamaba no estigmatizar la relación con el extranjero y recordaba que Martí amó a la “niña de Guatemala” y Mella a Tina Modotti, algunas personas se negaban a reconocer que ese fenómeno existía y que el periodismo podía ser un vehículo del diálogo social, un medio de integración del pensamiento colectivo a través de la exposición de los problemas, y del debate y el intercambio de ideas».

A Rosa Miriam Elizalde es complicado definirla: 55 años de edad, Doctora en Ciencias de la Comunicación, 13 años como editora de Cubadebate, periodista multifacética, profesora universitaria, columnista de prestigiosos medios internacionales como el diario mexicano La Jornada, vicepresidenta primera de la UPEC...; con una capacidad particular para motivar a la creación y a la búsqueda de la superación entre sus colegas. Estuvo entre quienes proyectaron la aparición de los medios cubanos en Internet. También atesora importantes momentos junto a Fidel.

Pertenezco a una generación de periodistas que tuvo la suerte de interactuar a menudo con él, en actos, reuniones, viajes, encuentros en la redacción. No estoy hablando de una élite de profesionales, sino que a cualquiera nos tocaba, porque Fidel se aparecía donde estuviéramos trabajando o discutiendo nuestros problemas, muchas veces sin previo aviso. Fue a todos los Congresos y Plenos de la UPEC, desde el primero hasta que enfermó en 2006.

Viví muchos momentos a su lado, la mayoría compartidos con otros compañeros, y uno muy triste, cuando Raúl depositó sus cenizas en el Cementerio de Santa Ifigenia. Pero quiero recordarlo con la emoción de la última vez que lo vi en su casa, junto a Dalia. Fue el 25 de diciembre de 2010. Él seguía cada detalle de la brigada médica cubana en Haití, país devastado, primero por el terremoto y luego por una epidemia de cólera.

El altavoz del teléfono estaba activado y se escuchaba el diálogo entre Fidel y un grupo de graduados de la Escuela Latinoamericana de Medicina, que tenían un hospital de campaña en medio de la nada. Uno de ellos estaba notablemente emocionado y apenas podía hablar: «¿De dónde eres, mijo?», le

preguntó Fidel al muchacho. «De Bolivia», respondió tras una pausa larga. «De Valle Grande, Comandante. De La Higuera... donde mataron al Che...». A partir de ese momento, el joven no pudo pronunciar más palabras y sentíamos su llanto del otro lado de la línea. «Asombroso», dijo Fidel, y veo todavía la expresión de sorpresa en sus ojos, como si él no hubiera tenido nada que ver con aquellas coincidencias tan tremendas.

Ha sido testigo de conversaciones al más alto nivel entre Cuba y Estados Unidos, el recorrido del Papa en 2015, los acontecimientos en Venezuela... ¿Alguna experiencia deseada que se haya resistido a ese talento y a ese espíritu constante de la «aventura»?

Habría querido ser corresponsal de guerra. Hay una épica que nos transmitieron los periodistas que cubrieron Girón, Vietnam, Angola, Etiopía, Nicaragua, El Salvador, Panamá... y que leímos en los libros de John Reed, Pablo de la Torriente Brau, Ernest Hemingway, John Dos Passos, Martha Gellhorn, Ryszard Kapuscinski, Stella Calloni, Ana María Radaelli... Muchos de mi generación soñamos con pertenecer a esa clase especial de reporteros con un enorme fervor por la veracidad de los hechos. Nos enseñaron que, por razones éticas, no pueden ser iguales la víctima y el criminal.

¿Cuántos encontronazos ha tenido en la esfera internacional por ser una periodista de izquierda, consecuente con sus principios políticos?

No recuerdo haber tenido grandes encontronazos en eventos internacionales por esta causa. Todo lo contrario. He recibido muchas muestras de respeto hacia Cuba en espacios donde he coincidido con periodistas e investigadores de medios y universidades de diversas partes del mundo. Los estereotipos relacionados con la falta de libertad de expresión y de prensa en

Cuba —conceptos muy prostituidos, por cierto—, usualmente se escuchan en foros políticos, disfrazados o no de debate profesional, a los que no suelen invitar a periodistas «con el corazón a la izquierda, debidamente condenado por hereje», como diría Roque Dalton.

Parece como si todo su tiempo estuviera dedicado a crear. ¿Cómo es su vida, más allá de lo que vemos publicado?

Creo que vivo más tiempo escribiendo e investigando que viviendo. Aun así, disfruto mucho el tiempo que paso con mi familia, los amigos, una buena película, algunas series y muchos libros. A pesar de todo lo malo que ha traído la pandemia de la COVID-19, he recuperado tiempo para hacer cosas que antes no podía.

Desde la UPEC se insta al gremio a innovar y a utilizar las potencialidades de las tecnologías. ¿Nuestros medios — sobre todo los territoriales — cuentan con posibilidades reales para responder a esos desafíos?

Ojalá el problema fuera un capricho de la UPEC, porque bastaría con que la organización no hablara de este asunto para que la innovación en la prensa dejara de ser necesaria. Si entendemos la innovación exclusivamente asociada a la inversión tecnológica, ningún medio en Cuba está en capacidad de innovar. Pero la tecnología no supone necesariamente una innovación ni conlleva al «progreso» *per se*, sino que puede conducir a todo lo contrario, como muestra la evidencia empírica. La racionalidad tecnológica incorporada a la irracionalidad social multiplica el caos, dice Manuel Castells.

Hay innovación en la prensa cuando se añade valor a los procesos de comunicación y participación de la ciudadanía. Por tanto, lo que hemos defendido es el carácter social de la trans-

formación de nuestras redacciones; que este carácter se exprese tanto en sus fines como en sus medios, para que no solo se satisfaga la demanda informativa de los cubanos en el ámbito local o nacional, sino para que se fortalezcan los saberes y los modos de hacer de los periodistas. Estas capacidades existen tanto en la prensa nacional como en la territorial y, de hecho, en el primer festival que realizó la UPEC en noviembre de 2020, dedicado a la innovación, ganaron más proyectos territoriales que nacionales.

Mucho se habla últimamente sobre los llamados «medios independientes», con sus miradas puestas en la crítica hacia la gestión gubernamental. ¿Qué percepción tiene sobre ellos y en qué podrían estar fallando nuestros medios, o incluso la academia, si tenemos en cuenta que algunos de esos periodistas son graduados de nuestras universidades, y algunos han ejercido en medios estatales?

Hay varias premisas falsas aquí. No son medios «independientes». Son empresas que tienen un dueño y financiamiento privado o de instituciones extranjeras, con dominios y servidores fuera de la Isla. Por las restricciones del bloqueo estadounidense a Cuba, ningún ciudadano que resida aquí puede comprar esos servicios a empresas en Estados Unidos. Algunas de estas organizaciones mediáticas privadas dependen económicamente de instituciones que reciben financiamiento del gobierno de Estados Unidos, de acuerdo con documentos públicos de ese país. En esto no hay reciprocidad posible, porque es ilegal en Estados Unidos la injerencia y la propaganda extranjera en los asuntos de gobierno.

Algunos empleados de estos medios son periodistas graduados en nuestras universidades y hay incluso quien se vinculó temporalmente con un medio público en Cuba, pero otros ni

siquiera pasaron por un aula universitaria y nadie discute que sean «periodistas». Algunos de esos dueños y empleados nominales viven en Cuba, pero la mayoría está fuera del país. Un grupo de estas empresas mediáticas, surgidas durante la Administración Obama, posee una redacción y defienden algunos valores profesionales. Otro grupo, creado al calor de la estrategia «estrella de la muerte», del equipo de reelección de Donald Trump en Florida, está diseñado exclusivamente para la intoxicación de la agenda Cuba en Internet, comparten empleados que gestionan varias publicaciones como maquilas informativas, y sus valores profesionales son iguales a cero.

Ambos grupos no critican la gestión del gobierno cubano, sino que lo desafían e intentan erosionar la credibilidad gubernamental desde posiciones que van del antisocialismo vergonzante al anticomunismo visceral y ramplón. Algunos han organizado acciones de desobediencia civil, construyen deliberadamente la «noticia» y no se comportan como organizaciones mediáticas sino como partidos políticos. Sin embargo, en términos de audiencia nacional, todos juntos no compiten con los medios públicos cubanos. Y no especularé sobre qué falló o no en nuestras universidades para que algunos graduados militen en los medios privados, por una simple razón: la mayoría sigue estando en los medios públicos, como muestran investigaciones de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana, que hizo un exhaustivo estudio al respecto.

Usted ha dicho que «las mentiras y la desinformación no se combaten con gritos o divulgando de cualquier modo nuestras verdades». Desde las ciencias de la comunicación, ¿cuáles son las mejores prácticas que se han impuesto en nuestro contexto?

Hemos aprendido a desactivar con mayor agilidad las mentiras falsas o *fake news*, pero no basta. Estas son virus y actúan como tal. Este paralelismo no es gratuito: un virus no es una bacteria; es información genética, ADN o ARN, que tiene la capacidad de «engañar» o parasitar las células, las que, a su vez, sirven de vectores en un proceso que puede llegar a matar a un ser vivo.

En el cuerpo social, las *fake news* operan de manera similar. Se transmiten a través de quienes, por distintas razones, creen en el engaño e incluso a través de cuantos pretenden detenerlo, pero lo introducen en sus propias burbujas informativas, donde encuentran otros agentes que disparan el rumor. Hay laboratorios con tecnología de guerra, inteligencia artificial y grandes poderes económicos detrás, que deliberadamente se encargan de diseminar estos virus con precisión quirúrgica. Son evidencias ampliamente documentadas, sobre todo en momentos electorales o en crisis políticas, como el golpe de Estado contra Evo Morales en Bolivia.

Por eso es tan complejo parar tales procesos, que tienen ese enorme poder de contagio, al punto de que las Naciones Unidas acuñó el término de «infodemia» para catalogar la epidemia de bulos que se ha desatado con la COVID-19 y que ha costado la vida de muchas personas. De modo que, para enfrentar estas acciones, no basta con oponerles buenas prácticas periodísticas y acciones de desintoxicación informativa. Se necesitan políticas específicas y observatorios, como tienen muchos países, algunos de los cuales abordan este asunto como un tema de seguridad nacional.

¿Cuánto aprecia el talento y las competencias de los jóvenes?

Disfruto a mares el trabajo con los jóvenes, aprendo más de ellos que lo que pudiera yo transmitirles. Hay una práctica

suicida en términos de comunicación, que es tratar a los jóvenes como si fueran menores de edad, cuando ellos son usuarios expertos en un mundo hiperconectado que supone cambios profundos e irreversibles en nuestra vida cotidiana. No tener en cuenta estas capacidades supone incomunicarnos con zonas cada vez más extensas de la sociedad, que hablan otro idioma. Los inmigrantes digitales, los que nacimos antes de 1985, cuando se popularizaron estas tecnologías, podemos aprender ese idioma, pero siempre se nos notará el acento.

El peso que ellos tienen se explica bien en el guion de una película que es anterior al nacimiento de la Internet: *Memorias del Subdesarrollo* (1967). Ahí el personaje principal afirma, con grandes trazos que eludo para no extenderme, que subdesarrollo es desconexión más pérdida de la memoria histórica. Los inmigrantes digitales somos portadores de la memoria y los nativos digitales tienen el gen de la conexión. No es posible pensar ya no el desarrollo, sino en la supervivencia de una sociedad, anulando una de estas dos variables.

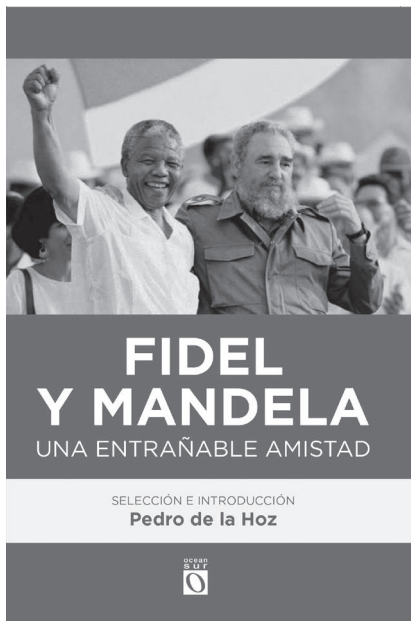
Después de la sorpresa del Premio Nacional de Periodismo José Martí, ¿qué «nuevas aventuras» se ha planteado?

Seguir investigando, escribiendo y acompañando a mis compañeros de la UPEC hasta 2023, cuando concluye nuestro mandato. Hay un mundo fascinante allá afuera, en términos de comunicación, y no quiero perdermelo.

¿Cómo sueña a la Cuba que heredará su descendencia?

Socialista y soberana, como nuestra vacuna.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



FIDEL Y MANDELA. UNA ENTRAÑABLE AMISTAD

Selección e introducción Pedro de la Hoz

Este libro del periodista cubano Pedro de la Hoz es una selección de textos, discursos, entrevistas y comparecencias en las que ambos líderes dialogan acerca de los principales problemas que afectan a la humanidad, especialmente, a los países subdesarrollados.

112 páginas, 2022, ISBN 978-1-922501-39-4



«Sin cultura no hay prosperidad ni libertad posibles»

ENTREVISTA A PEDRO DE LA HOZ GONZÁLEZ

Nació en el barrio de Marsillán, cerca del malecón cienfueguero. Creció en aquella ciudad que, fundada por franceses de Burdeos y del sur de Estados Unidos, inspiraría a Benny Moré y se inmortalizaría como la Perla del Sur.

Es acreedor de la Distinción por la Cultura Nacional (1996), el Premio Nacional de Periodismo Cultural José Antonio Fernández de Castro (1999), el Premio de Prensa Escrita Jorge Enrique Mendoza (2009), la Medalla Alejo Carpentier (2021), en su primera edición, y el Premio Nacional de Periodismo José Martí (2017); pero los reconocimientos no lo encandilan. Pedro de la Hoz desborda sencillez. Habla de su profesión, de cultura, de temas raciales, con pasión y profundidad; da lo mismo que sus interlocutores sean estudiantes, intelectuales o el presidente de la nación.

Su niñez, marcada por los años de la seudorrepública, transcurrió en un entorno urbano social y racialmente estratificado: «La alta burguesía blanca y los que aspiraban a ella, en los repartos de Punta Gorda y Playa Alegre; la clase media, en el centro histórico, con ínfulas los que residían en las cuadras principales del Paseo del Prado; y de allí para allá, en la periferia, la degradación socioeconómica era más visible en la medida en que se alejaban del centro. La escuela pública para los humildes,

aunque con una tradición magisterial muy seria; los colegios privados para las élites o para quienes hacían sacrificios a fin de acceder a las matrículas».

En los espacios recreativos también eran evidentes aquellas estratificaciones: «La élite burguesa iba al Cienfuegos Yacht Club; la clase media, al Club Cazadores; los menos pudientes, al Club Deportivo: hablo de personas de tez blanca. Los mulatos y negros, y no precisamente los más pobres, iban al Club Minerva, con una playita alejada de la zona más favorecida del litoral».

Su familia pertenecía a la «mulatocracia» cienfueguera —y aclara que no es suyo el neologismo—, de ahí que cursara sus primeros grados en el colegio de los Maristas. Él y su hermano eran de los pocos mulatos en aquella escuela católica.

Todavía era un niño cuando recibió las influencias de la juventud revolucionaria —que protagonizaría el alzamiento del 5 de septiembre de 1958 contra la tiranía y que, a partir del triunfo de enero de 1959, se volcaría a las tareas transformadoras emprendidas por la Revolución— y de la tradición cultural cienfueguera.

La madre de Pedro era maestra normalista y estuvo entre las escogidas, al culminar la Campaña de Alfabetización, para dar clases a un grupo de jóvenes que decidieron continuar vinculados a la enseñanza. Recuerda que «aquel curso se desarrolló en Varadero, y allá fui a vivir durante un año. No olvido la silueta en el horizonte de los barcos yanquis que rodearon la Isla durante la Crisis de Octubre. Nadie en mi familia permaneció ajeno al turbión revolucionario. A mi hermano mayor, los Maristas quisieron involucrarlo en la Operación Peter Pan, pero mi madre les respondió que sus hijos no renunciaban a la Patria».

De pequeño, no bastándole Emilio Salgari, Julio Verne o *La Edad de Oro* de José Martí, empezó a leer novelas publicadas por la Imprenta Nacional de Cuba y la Editorial Nacional. Con nueve o diez años descubrió la poesía y se fascinó con la épica soviética de Sholojov y Simonov, también con Balzac y Pio Baroja. Devoraba los libros sobre la historia de Cuba.

Tras ganar un concurso de monitores de Historia, fue seleccionado para empezar el 7mo. grado en la Escuela Vocacional de Vento —actual IPVCE Vladimir I. Lenin—, en La Habana. Enfermo de hepatitis, regresó a Cienfuegos y terminó allí la secundaria. Las lecturas se multiplicaron: García Márquez, Cortázar, Vallejo. En la biblioteca devoró los libros que llegaban de la casa española Seix Barral. Los años 1968 y 1969, enfatiza, resultaron fundamentales en su formación.

«Dije adiós a Cienfuegos por un buen tiempo cuando me volví a becar para cursar el preuniversitario en el IPU Carlos Marx, de La Habana. Lo mejor que me pudo pasar; me integré a plenitud al colectivo y descubrí la vida cultural habanera. El taller literario del Carlos Marx marcó una época, la de mi primer asomo a la madurez».

Pocas personas conocen que usted en su adolescencia estudió piano, ¿cómo fue la transición del estudiante de música al de periodismo?

Antes de terminar la primaria, mi madre y mi tía Lilia, viendo que me encantaba la música, insistieron en que estudiara piano. Tuve maestras particulares e ingresé en el Conservatorio de Cienfuegos, en lo que vendría a ser nivel elemental. Interrumpí los estudios al becarme por primera vez en La Habana y los continué al regreso, pero ya sin tanto entusiasmo y algo desfasado.

Saqué las pruebas con gran dificultad, pues la «mecánica» del piano no se me daba bien. Sin embargo, las asignaturas teóricas me deslumbraban: lectura, apreciación, armonía. De haber sabido que existía la Musicología, hubiera apostado por ella.

Al dejar los estudios musicales, mi aspiración era dedicarme a las Ciencias, pero ya en La Habana las letras me ganaron para siempre. Escribí poesía; conquisté el primer premio de este género en el concurso nacional de los Comité de Defensa de la Revolución; publiqué mis primeros versos en *El Caimán Barbudo*.

Mi decisión de estudiar Periodismo, y de ser periodista —que parece lo mismo, pero no es igual—, provino de dos empujones: el primero, del ejemplo de mi tío Roberto González Quesada, quien, por cierto, mereció el Premio Nacional de Periodismo José Martí; y el otro, de que en *El Caimán Barbudo* me solicitaran una entrevista con Vicentina de la Torre, creadora del Ballet de Camagüey, que compartí con el fotógrafo Enrique de la Uz. Verla publicada fue un alegrón.

El músico que estaba en pausa resurgió, no para componer ni interpretar partituras, sino para escribir sobre música.

Nunca hubo obstáculos para llegar a ejercer el periodismo. Eres periodista porque lo sientes; porque respetas sus funciones. Crees en esta profesión en tanto sabes que tiendes puentes informativos, orientadores, humanos, con una audiencia que cree en ti, en la medida en que seas profesionalmente eficiente y éticamente responsable.

Eso lo aprendí de maestros en la escuela y en la vida. En la escuela, de profesores como Nuria Nuiry, Pedro Pablo Rodríguez, Arnaldo Morales, Dolores Nieves, Félix Beltrán, Julio Travieso, Miriam Rodríguez Betancourt y el inefable Peroga. En la vida, de la gente de *Bohemia*, donde hice prácticas y continué

como colaborador: Mario Kuchilán, Fulvio Fuentes, Mario García del Cueto, Juan Antonio Pola, Leonel López Nussa, Ángel Guerra, Azucena Plasencia, Ilse Bulit, el fotógrafo Tony Martín y el diseñador Luis Alonso, hermano de Pacho Alonso. En cuanto a la crítica musical, conté con estímulos de Sergio Fernández Barroso y Helio Orovio. Y de Llaguno, que cada vez que iba a Cienfuegos me decía que eso era lo mío.

En este recuento no puedo dejar de mencionar a cuatro personas decisivas en mi carrera periodística: Enrique Román y Pedro Hernández Soto, los mejores directores que he tenido; Marta Rojas, madre, hermana, colega; y alguien que me puso en el camino de hacer libros, Luis Báez, el mejor periodista interrogador que ha dado Cuba.

¿Cómo recuerda su paso por los periódicos 5 de septiembre (Cienfuegos) y Vanguardia (Villa Clara)?

Participé en la fundación del diario cienfueguero, con Román como director. Hacía de todo en la redacción y en la calle. Me vinculé con los cajeros y linotipistas, con quienes aprendí muchísimo. A Román lo enviaron pronto a cumplir una tarea en Mozambique y quien lo sustituyó no me quiso tanto. De *El Caimán Barbudo* me solicitaron, pero los dirigentes de la esfera que atendía el periódico me pusieron bola negra. Yo creía en lo que estaba dicho en las resoluciones del Partido sobre la función crítica del periodismo. Recuerdo un reportaje sobre una cucaracha muerta en el interior de una botella de refresco: hice la denuncia en el diario y me llamaron extremista, irresponsable, frívolo. A los cuadros les caí mal e hicieron lo imposible porque dejara el periódico. Hasta mi imagen chocaba: un glamoroso espeldrún.

Por demás, me había casado y, por razones que ahora no vienen al caso, el matrimonio naufragó.

Había estado ya en *Vanguardia* y hacia allá fui. Pedro Hernández me acogió en la redacción, pero me dijo que las notas culturales y la crítica artística no serían mis tareas fundamentales, que le hacía falta que encabezara el equipo económico.

Conozco Villa Clara mejor que Cienfuegos, es una especie de patria chica adoptiva. Viví con mi tío Roberto y con la que es hasta hoy mi compañera, Virginia Alberdi, crítica de arte. A Santa Clara vuelvo una y otra vez.

Durante años dirigió la Redacción Cultural del periódico Granma. ¿Cuán difícil resultó reflejar el ámbito cultural en el órgano del Partido Comunista de Cuba?

A *Granma* llegué de la mano de Marta Rojas, que me fue a buscar en 1988 a Santa Clara, y de Román, que relevó al inmenso Jorge Enrique Mendoza. Me dediqué fundamentalmente a la crítica de televisión, de música de concierto y de jazz, aunque no me limité a ello. Rolando Pérez Betancourt, mi jefe, soltó mis riendas. Nunca olvidaré mi primera cobertura internacional allí: el concierto de Silvio en el Estadio Nacional de Chile, apenas unos días después del retorno de la frágil y mediatizada democracia.

Lejos estaba de imaginar que a la vuelta de poco más de una década ocuparía, por 11 años, la jefatura de la Redacción Cultural. No fue difícil conjugar intereses. La política editorial se articulaba con robustez en el plano cultural y los directivos que sucedieron a Román la respetaron casi siempre; sin dogmas ni esquemas, llevó a buen puerto todo lo que me propuse junto a un equipo de redactores de alto calibre y colaboradores de primera línea como Amadito del Pino y Rogelio Riverón.

Si de algo siento nostalgia es de las noches en *Granma*. De las conversaciones con Manuel Piñeiro, el legendario *Barbarroja*; Gustavo Robreño, memorioso como su padre; Félix Pita Astudillo, agudo y genial; y Luis Báez, los entresijos de la Revolución a flor de labios.

¿Cuánto ha bebido el periodismo cultural actual de la experiencia que le antecedió?

Valdría la pena un estudio a fondo y una antología del periodismo cultural cubano desde finales del siglo XIX hasta finales del XX. Y no hablo de crítica artística y literaria, que es una zona del periodismo cultural, sino de franjas más amplias y múltiples.

Cabrían dos precisiones más. No confundir el concepto y la práctica del periodismo cultural, con el periodismo literario. Menos aún confundirlo con la farándula, más cercana a la crónica social.

Un periodista en posesión de armas intelectuales e ideológicas no tiene por qué establecer compartimentos estancos entre bellas artes y cultura popular. La cultura es una sola, diversa, poliédrica, multifuncional y en ella se articulan saberes diferentes que convergen en producir significados y dar sentido a la vida. Me confirmó esa idea alguien a quien quiero y extraño, el doctor Armando Hart.

El gran riesgo de estos tiempos pasa por la inmediatez de los procesos informativos y desinformativos. Las redes digitales apuntan más a la emoción que a los argumentos, a lo efímero que a los contextos, algo que no nació con las redes sino con columnas faranduleras de diarios y revistas, programas de radio y noticieros televisivos. La fama como noción de éxito, el consumo en lugar de la recepción.

Antes de ingresar a *Granma*, ya Pedro era miembro de la UNEAC. Para él intercambiar con la vanguardia artística es algo imprescindible, pues permite aportar al desarrollo de un pensamiento emancipador, espiritualmente complejo y enriquecedor, siempre con amplitud de miras.

«La vanguardia se extiende a lo largo y ancho del país. Hay que ir a Santiago para respirar el legado de Joel James, los trabajos y los días de mi gente de la Casa del Caribe, las músicas más sabrosas para el alma divertir. Hay que ir a Pinar del Río para encontrar al escritor que, junto a Codina y Félix Julio, más le sabe al legado cultural de la pelota cubana, Martínez de Osaba; o admirar los poemas de Nelson Simón; o la colección músico-gráfica del centro Argeliers León».

Lo cierto es que desde 1977 ha estado ora como delegado, ora como periodista, en todos los congresos de la UNEAC, lo cual ha contribuido a su visión acerca de la cultura cubana. Además de sus funciones como vicepresidente de la organización; desde 2016 lidera la Comisión José Antonio Aponte.

«Esta comisión permanente de trabajo de la UNEAC surgió en 2009, con el antecedente de los intercambios entre Fidel y los delegados al Congreso de la organización en 1998, y lo que había logrado el proyecto Color Cubano en años precedentes — explica de la Hoz —. Se imponía un salto de calidad que transitará del diagnóstico al emprendimiento de acciones y propuestas para enfrentar el racismo y la discriminación racial en nuestro ámbito desde una perspectiva cultural».

El exdiplomático y escritor Heriberto Feraudy, a propuesta de Miguel Barnet, encabezó la comisión hasta 2016. A él se le debe que adoptara el nombre de José Antonio Aponte, para

honrar al precursor del independentismo y el abolicionismo en Cuba.

«Desde esta responsabilidad me ha tocado vivir en primera fila el proceso de transformación de la lucha emprendida por la organización y el movimiento de activismo antirracista en el país en el Programa Nacional contra el Racismo y la Discriminación Racial, liderado por el presidente de la República, Miguel Díaz-Canel. Trabajamos por combatir, desde la educación, la comunicación y la cultura, cualquier manifestación discriminatoria, y así completar la obra de justicia de la Revolución Cubana. Como afirmó el destacado intelectual Fernando Martínez Heredia, el socialismo tiene que ser necesariamente antirracista. Tal es así que desde el mismo 1ro. de enero de 1959, la Revolución comenzó a desmontar los pilares del racismo institucional y estructural», explica.

Recuerda a Fidel, cuando el 8 de septiembre de 2000, en un acto solidario efectuado en la iglesia Riverdale, en el barrio neoyorquino de Harlem, reconocía: «No pretendo presentar a nuestra patria como modelo perfecto de igualdad y justicia. Creíamos al principio que, al establecer la más absoluta igualdad ante la ley y la absoluta intolerancia contra toda manifestación de discriminación sexual, como es el caso de la mujer, o racial, como es el caso de las minorías étnicas, desaparecerían de nuestra sociedad. Tiempo tardamos en descubrir que la marginalidad, y con ella la discriminación racial, es algo que no se suprime con una ley ni con diez leyes, y aún en 40 años nosotros no hemos logrado suprimirla totalmente».

Por eso, cuando le preguntamos por el diagnóstico actual del problema, argumenta la evidencia de las desventajas históricamente acumuladas asociadas al color de la piel. En su opinión, los puntos de partida para la realización de los pro-

yectos de vida de las personas negras o pardas han sido distintos y distantes respecto a los proyectos de las personas de piel blanca; y precisamente de ahí se derivan asimetrías económicas y sociales, y vulnerabilidades medibles y perceptibles en la realidad cubana actual.

«Se evidencia una insuficiente toma de conciencia acerca del arrastre de prejuicios y percepciones distorsionadas sobre el verdadero perfil del etnos cubano. Existen inconsistencias en la manera en que se ha introducido el antirracismo como valor sustancial en la labor política-ideológica revolucionaria. Se debe concientizar que los prejuicios raciales son totalmente incompatibles con el proyecto socialista cubano», agrega.

Háblenos sobre su libro África en la Revolución Cubana (Editorial Letras Cubanas, 2004; Ocean Sur, 2019). ¿Cuánto tenemos de Congo y cuánto de Carabalí?

Este libro surgió a solicitud de Abel Prieto, a quien me unen lazos de amistad, más que de trabajo. En los primeros años de este siglo se hablaba, una vez más, de cómo la Revolución había pasado por alto el legado africano. Qué ignorancia, qué mala leche. Por muchos vacíos, prejuicios y errores en la aplicación de la política cultural, era innegable e inocultable la obra revolucionaria a favor de ese legado.

Se trataba de escribir un breviarío que recorriera rápidamente, pero con pruebas, el camino del arte, las letras y la labor patrimonial por las rutas de África y las huellas africanas en nuestra historia y cultura.

Había que poner esto en evidencia, no solo para los negadores de siempre, sino para nuestros propios conciudadanos. Somos una nación esencialmente mestiza y debemos sentir

orgullo de ese mestizaje, pensándolo en el día a día, en nuestras prácticas culturales, en nuestra espiritualidad cotidiana.

Pedro evoca a Armando Hart, y lo cita casi de memoria: «Él solía decir que temía que un día tuviéramos prosperidad material, que incluso terminara el bloqueo, y que, cuando nos mirásemos, viéramos que estábamos vacíos por dentro».

¿Cuán decisiva es para el futuro de la nación librar esta guerra cultural en la que estamos sumergidos? —preguntamos.

«Sin cultura no hay prosperidad ni libertad posibles. No son consignas, sino realidades evidentes. Quisiera colocar en dos planos convergentes la respuesta: la creación artística y literaria y el periodismo como actividad intelectual de primer orden», nos dice.

Rememora *Palabras a los intelectuales*, en cuya vigencia no se cansa de insistir. «Fidel no exigió a ningún creador que para llevar a cabo su obra tenía que ser explícitamente revolucionaria, ni que debía hacer pública una profesión de fe. Abogó por la participación inclusiva y la confianza en los creadores. Ningún dogma y plena libertad. Como único límite: el derecho a la Revolución de defenderse, más ante poderosos enemigos que intentaban derrocarla. Con el agravante de que no sería un simple cambio de sistema político, sino, como se ha visto hasta hoy, la pretensión de destruir la nación y la identidad misma desde sus bases más profundas».

Con igual transparencia, reconoce que la construcción de una cultura inclusiva desde la perspectiva socialista suponía un reto que se presentaba como exigencia permanente,

y admite que también han existido errores, interpretaciones espurias, desviaciones oportunistas, repuntes dogmáticos y posicionamientos encontrados entre directivos y creadores, que han luchado por sus cuotas de poder.

«Las rectificaciones a tiempo y, sobre todo, la consecuente aplicación de los principios fidelistas, asumidos e interpretados desde el Partido, y el sistema de instituciones educacionales y culturales en su conjunto en años sucesivos, han preservado el carácter participativo e inclusivo de la vida cultural cubana y su enlace y comunicación con otras culturas del mundo».

Pedro llama la atención sobre cómo, en aviesa tergiversación, los enemigos modifican la frase a conveniencia, posicionando un «fuera de la Revolución, nada», que niega la esencia misma del planteamiento fidelista. Con igual convicción, insiste en que sumar es tarea difícil, pero imprescindible. «Sumar las partes para lograr una nueva cualidad. La mediocridad no puede tener cabida. La contrarrevolución y el neoplattismo son mediocres *per se*».

Por último, retoma la misión del periodismo. «Tiene que reinventarse cada día, no solo ser creíble, sino constituirse como agente movilizador y concientizador, y hacerlo desde el rigor y la belleza. El periodista no es un agitador propagandista, sino un factor que cala la realidad, la cuestiona y avizora puertas. Y debe estar preparado para defender símbolos. Para ello hace falta cultura integral, cultura política, olfato y oficio. En la nueva generación emergen voces afiladas que renuevan mi fe en una profesión a la que he dado razón y vida».

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



PIEL ADENTRO **Entrevistas a artistas, guionistas y realizadores cubanos** Yoandry Avila Guerra

El libro *Piel Adentro*, reúne diez entrevistas a artistas, guionistas y realizadores cubanos que fueron publicadas en la revista *Alma Mater* entre enero de 2019 y mayo de 2021. Su autor, nos acerca a la vida íntima y profesional de hombres mujeres muy conocidos en la Isla, cuyos testimonios no solo ofrecen detalles de su carrera artística, sino que se adentran en el ejercicio de pensar su entorno, su país y, de modo específico, los ámbitos televisivo, cinematográfico, teatral, publicitario y fotográfico.

104 páginas, 2021, ISBN 978-1-922501-35-6



«Cuba es el lugar del mundo donde me siento más cómodo»

ENTREVISTA A ARÍSTIDES ESTEBAN HERNÁNDEZ GUERRERO (ARES)

Arístides Esteban Hernández Guerrero (Ares), uno de los artistas visuales más reconocidos del siglo XX en nuestro país, parece un *gentleman* a lo cubano. Antes, incluso, que los premios nacionales y foráneos que lo distinguen, sus cartas de presentación son su amabilidad, seriedad y educación. Estas se combinan perfectamente con el sentido del humor criollo; todo ello, amparado en su descomunal talento, sella su estilo.

Suele usar pulóver, jeans y espejuelos de pasta, quizás para distinguir mejor el mundo que recrea en sus obras. Quien lo ve por los pasillos del diario *Juventud Rebelde*, en la casona de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), en su Estudio Ares o por las calles habaneras, sin conocerlo mucho, puede adivinar que en él habita un hombre de paz. Sus pinturas, caricaturas e ilustraciones lo confirman.

Su creación está ambientada con el folclor de los sonidos, los diálogos y las sensaciones de Centro Habana, donde vive desde que nació el 2 de septiembre de 1963. Cualquiera pudiera pensar que, artista al fin, añora la soledad y el silencio. Él reconoce:

«Uno tiene su nación, la cual va adquiriendo espacios que se concentran. Es no solo La Habana para mí. Y, dentro de ella, Centro Habana y la familia. Es el espacio donde me muevo, me siento cómodo y estoy constantemente escuchando lo que habla la gente en voz alta, lo que piensa. Eso me sirve de basamento

para lo que hago, aunque hay cosas que me molestan de acá, como el ruido y algunas conductas sociales».

Recuerda su infancia con esos ruidos y la algarabía de los primos retozando en la calle y en la casa, alrededor de una familia numerosa. Creció «sin muchas cosas materiales, pero sin percibir que me faltara nada».

«Mi madre se dedicaba a coser para algunos vecinos y conocidos —relata—. Mi padre era tabaquero en la Fábrica Partagás, a donde me llevó muchas veces. A pesar de que no eran personas de una cultura alta, mi padre siempre estaba leyendo algún libro, porque era un fanático de la lectura, sobre todo de historia; y mi madre era una mujer con un espíritu muy colaborador. De pequeño, la recuerdo como la presidenta del Comité de Defensa de la Revolución (CDR) y tratando de cooperar con mucha gente en el barrio. Ellos siempre vieron con buenos ojos mi interés por el dibujo y la pintura, me compraban libros, materiales para dibujar y se enorgullecían mostrándoselos a los amigos».

No había antecedentes de artistas en la familia, pero a su alrededor estaban los estímulos para despertar su sensibilidad y espíritu creativo: «Los vínculos que me brindaban ellos con la cultura estaban conectados con la radio que se oía en casa, la música de la Orquesta Aragón o los programas de tangos. Mi padre me llevaba al cine a ver películas soviéticas de guerra o las japonesas de samuráis, y me compraba muchísimos libros».

El arte siempre estuvo ahí, agazapado debajo de la dermis de muchacho inquieto, creció con él y se lo llevó al Instituto Preuniversitario Vocacional de Ciencias Exactas. De aquellos tiempos, asegura: «No fui nada bueno en los estudios y mis notas no

permitían que optara por carreras que cerraban con un promedio alto».

Recuerda que marcó una opción vinculada con la pintura, pero no fue posible alcanzarla y terminó convirtiéndose en médico.

«Al inicio, me interesaba la cirugía. Desde el primer año, iba a operar con mi primo Narciso, que trabajaba como cirujano en el Hospital de Emergencias. Luego, mi profesor, el neuropsiquiatra José Galigarcía Hernández, me estimuló a estudiar Psiquiatría y me convertí en alumno ayudante».

Tras sus estudios de Medicina, el joven Arístides viajó al otro extremo de Cuba, a la oriental provincia de Guantánamo, para realizar el servicio social. Aunque no lo confiesa, es probable que el médico habanero fuese acogido por los pobladores de la comunidad rural Puriales de Caujerí como una bendición.

Allí, entre montañas y ríos, trabajó en el modesto hospital Félix Peña como pediatra, ginecobstetra y también como director. Cuatro años después, regresó a la capital para convertirse en residente de Psiquiatría en el Hospital Universitario Clínico Quirúrgico Calixto García. Asegura que se hizo psiquiatra «porque sentía que esa especialidad estaba más cerca de los intereses que estaban dentro de mí con relación a los seres humanos».

Al terminar la especialidad, debió prestar servicio en el centro penitenciario Combinado del Este, durante un año, junto a otro psiquiatra, su gran amigo Ovidio Hurtado.

«Entrar en contacto con un mundo de personas que no eran las habituales en mi radio de acción, entender muchísimas cosas y ver un mundo diferente hasta ese momento, fue interesante. Todas esas experiencias en el Combinado del Este inspiraron mi

libro *Gente de medio tono*. Muchas de sus caricaturas tienen que ver con el prisionero y la cárcel».

Durante la etapa estudiantil, la pasión por las artes visuales no quedó en el olvido. A la par del intenso estudio de las materias, comenzó a publicar caricaturas en la revista *Opina*, de corte sociocultural.

Es sorprendente descubrir que el artista primero fue un hombre de ciencia. ¿Cómo decidiste dejar a un lado la Psiquiatría para dedicarte por completo a la creación?

Psiquiatría, caricatura y Medicina fueron transcurriendo en mi vida a la misma vez. Mientras me formaba como médico o psiquiatra, iba creciendo como artista, y estuvieron conviviendo en mí, casi de manera pareja, durante mucho tiempo. Mi trabajo como creador, artista, dibujante, ilustrador, fue abarcando muchísimos espacios de mi vida y de mi pensamiento, hasta que llegó un momento en que pesaba más el trabajo como artista que el de médico y psiquiatra.

La oportunidad surgió cuando en el diario *Juventud Rebelde* solo estaba un caricaturista: Lauzán. Arleen Rodríguez Derivet era la directora del periódico, y ambos me propusieron comenzar allí. Ella hizo las conexiones con el Ministerio de Salud Pública y logró que me liberaran. Comencé en diciembre de 1997.

En aquel momento, muchos vieron mi decisión como una ruptura, pero en realidad fue un proceso que venía avanzando hasta que las circunstancias me permitieron dar el salto.

¿Será que tu éxito se debe a esa mirada introspectiva y profunda al pensamiento propio y al ajeno?

Varias veces me han preguntado cómo me sirve la Psiquiatría en la caricatura. No pienso que yo sea un psiquiatra que se con-

virtió en caricaturista ni un caricaturista que estudió Psiquiatría. Soy un hombre con intereses que se movieron durante mucho tiempo en esos dos caminos y, evidentemente, el trabajo como psiquiatra genera un contacto con gente que piensa y tiene visiones diferentes de una misma realidad. Eso abre los espacios de la mente, como en un arcoíris. Y a la hora de crear hay que tener ese abanico para reflejar cualquier asunto.

¿Necesitas de algún estado de ánimo específico para lograrlo?

No busco un estado psicológico específico para crear, no me veo como el artista que está en un lugar apartado tratando de inventar algo.

Estoy en mi vida cotidiana y las cosas van saliendo así. El oficio es importante, no es solo esperar a que llegue la famosa musa que no existe. La creación es consecuencia de aquellas cosas en las que estás pensando, de toda la información que está dentro de ti y a la cual vas buscándole un cauce para crear una obra específica.

Ares no necesitó ir a una academia: su intuición y sensibilidad, unidas al estudio personal, han sido las claves para labrarse un exitoso camino. En la actualidad, trabaja como creador independiente realizando humor gráfico, ilustraciones, carteles y pintura. Ha publicado una veintena de libros en Cuba, Guatemala, Brasil, Irán, Italia, España, Grecia y Venezuela, y ha ilustrado otro centenar.

Es un artista multipremiado: en su país natal le otorgaron la Distinción por la Cultura Nacional, el Premio Nacional de Humor, las Medallas conmemorativas por los 50 años de la UPEC y los 60 de la UNEAC. Aunque le gusta subrayar que

todos los reconocimientos son especiales para él, hay tres internacionales que destacan por su trascendencia: el Grand Prix del World Press Cartoon (Portugal), el Gran Premio de la Bienal de Teherán (Irán), y el Premio Ranan Lurie, de las Naciones Unidas. Algunas de sus obras forman parte de colecciones privadas e institucionales en los cinco continentes.

Entre todo lo que haces, ¿qué te produce mayor satisfacción?

Disfruto cada una de las expresiones de las artes visuales, pero no quiere decir que no sufra cuando tengo que realizar 50 ilustraciones para un libro y voy por la 20; o cuando debo hacer una caricatura, tengo la idea y no logro crear la imagen; o cuando estoy frente a un lienzo y mis desconocimientos técnicos no me dejan llegar por momentos hasta donde quiero.

Lo que más domino es el humor gráfico, pero soy un hombre que se aburre dedicándose a una única línea de trabajo. Por eso, trato de expandirme. Empecé con la caricatura, luego la ilustración; de ahí, comencé experimentos con la pintura y luego he seguido al cartel, y obras tridimensionales, porque la búsqueda de lo nuevo me causa mucho placer.

¿Qué le aporta a la prensa cubana el humorismo gráfico y cuánto se desaprovecha aún el talento de sus cultores?

El humorismo gráfico tiene una larguísima tradición en Cuba y ha sido una herramienta que logra una comunicación fluida con el público porque está basada en lo visual y en el humor. Eso llega fácil a la gente.

Un periódico que se respete tiene que tener caricaturistas de plantilla o caricaturas de colaboradores, porque permite concentrar en una sola imagen diversas ideas que requieren de

muchos textos para transmitirlos; además, lo hace con gracia y desarticulando dogmas.

En el periodismo cubano hay excelentes ejemplos de cómo el humorismo gráfico puede aportar, pero todavía falta muchísimo más. Se quedan sin abordar temas de la cotidianidad social y política en Cuba, ya sea porque los caricaturistas han anquilosado las maneras de hacerlo o porque los editores no quieren meterse en líos con ciertos asuntos. Hay que abrir más los espacios físicos y de pensamiento para el humor, para aceptar que se transmitan determinadas ideas u opiniones a través del humorismo gráfico.

¿Por qué insiste tanto en la unión de los artistas gráficos ya consagrados en torno a los jóvenes talentos que despuntan, sobre todo en la caricatura?

Cuando era joven, miraba lo que estaban haciendo los más experimentados que yo. Y, en algún momento de mi vida, me di cuenta de que tenía que mirar hacia lo que estaban haciendo los jóvenes, porque los siento como un empuje al trabajo, y con visiones novedosas.

No es posible desarrollar una obra si no colaboramos con los que tienen interés y con quienes hacen lo mismo que nosotros. Los jóvenes son la continuación de una tradición, no solo en el humorismo gráfico, sino en todo lo que tiene que ver con Cuba. Por lo tanto, desatender ese espacio de la creación en la caricatura cubana sería como un suicidio de los que han consumado su carrera con años de labor. A mí me permite orientar a los jóvenes hacia los mejores caminos dentro de la creación, a partir de la información, las críticas, el intercambio, y porque se convierten en mis amigos también.

¿Los públicos toman en serio el mensaje de la caricatura? ¿Y las autoridades?

Creo que los públicos toman en serio la caricatura. Cuando la gente se está riendo de algo, es porque entiende lo que estás diciendo o porque has sacado el lado ridículo de una situación que quieren pintarte muy seria. Se crea una complicidad con el público que se recibe bien.

Las autoridades y los burócratas también la toman en serio, demasiado a veces. Cuando haces referencia a una institución o a algo que consideren parte de su objetivo, se sienten aludidos y ofendidos. Hay muchísimos ejemplos de funcionarios, ministerios, institutos... que, cuando aparece una caricatura que les roza por algún lado, salen gritando, llaman a los periódicos y piden «cortar cabezas» por todos lados.

¿Qué sucedió cuando comenzaste a ganar los primeros premios internacionales?

Los premios internacionales fueron la vía para saber qué sucedía fuera de Cuba en la caricatura, a través de los catálogos de los eventos internacionales. El hecho de que aparecieran mis trabajos en esos catálogos o en las exposiciones, fue una oportunidad para promocionar mi trabajo fuera de las fronteras de mi país. A partir de ahí, surgieron los premios, algunos de ellos acompañados de un aporte económico, lo cual fue una manera de obtener un respaldo material por lo que estaba haciendo.

Esos reconocimientos me abrieron muchas puertas, sobre todo por la valoración de mi trabajo a escala internacional. A partir de ellos, surgieron invitaciones para hacer exposiciones o para participar como jurado. Gracias a eso, he conocido a importantes creadores de la caricatura en el mundo, con quie-

nes se han creado vínculos a partir de la admiración mutua, y se han generado proyectos expositivos y editoriales.

Durante el aislamiento por la pandemia de la COVID-19, trabajaste en el libro El mundo después del coronavirus, junto al periodista Félix López. Ha sido un gran éxito en Cuba y en otros muchos países...

Cuando comenzó la pandemia, entre las primeras cosas que hice estuvo trabajar con bocetos, en un proyecto que ya tenía pensado; pero me di cuenta de que sería importante dejar un registro de lo que estaba sucediendo o de las cosas que estaba viendo y cómo las percibía. Comencé a realizar caricaturas con el tema del coronavirus. En ese proceso, Félix López, un amigo periodista que vive en España, también publicaba sus crónicas sobre los temas de la pandemia e ilustró un par de ellas con mis caricaturas.

Nos comunicamos y le hice la propuesta de hacer un libro sobre el tema. Intercambiábamos ideas, textos e imágenes a diario. Él me enviaba lo que escribía y yo creaba una caricatura. Fue un trabajo de mesa «trasatlántico». Estuvo listo al cabo de un mes.

Y como uno de los temas que abordamos en él fue el del personal de la salud y del papel que estaban jugando, creé una caricatura que resultó ganadora del Grand Prix del UYACC 2020 Anticoronavirus, en China. Se trató de una composición visual como la que estaban haciendo usuarios en las redes sociales con varias personas con carteles en las manos transmitiendo un mensaje. Coloqué a íconos de varias de las religiones más importantes del mundo, diciendo a los médicos que creían en ellos, y el jurado consideró que merecía el premio. Eso es resultado del libro.

¿Cómo conecta Estudio Ares con la creación gráfica cubana de hoy y con la realidad sociopolítica de estos momentos?

Estudio Ares es un proyecto que no ha llegado a hacer lo que me propuse, por muchísimas razones que no voy a enumerar ahora, pero pretende promover mi trabajo personal, el de la gente más joven, la caricatura cubana en general, y el de los creadores del buen humor gráfico en el mundo.

El proyecto inicial incluía la donación de toda mi biblioteca y el intercambio con creadores jóvenes. He podido entregar premios en la Bienal de La Habana a caricaturistas que recién comienzan, organizar exposiciones en el pequeño espacio que tengo en la Habana Vieja y crear intercambios. Estudio Ares está conectado con mi visión sobre el humorismo gráfico, los jóvenes y las maneras en las que pudieran funcionar muchísimas cosas en la sociedad cubana.

Desde el punto de vista económico, ¿se valora en Cuba la caricatura igual que la pintura?

Ni en Cuba ni en ningún otro lugar del mundo la pintura y la caricatura tienen el mismo criterio de valorización. Está marcado por las concepciones de «lo artístico» y por razones vinculadas a los mecanismos del mercado de arte. La caricatura, por el momento, no tiene el valor de mercado que tendría un lienzo, una pieza volumétrica; por lo tanto, las galerías, con algunas excepciones, tienen poco interés por la caricatura de manera general. Y eso hace que, desde el punto de vista económico, esté un poco por debajo de otras expresiones de las artes visuales.

No quiere decir que no haya espacio para la retroalimentación económica, que en muchos casos está basado en los derechos de autor de las publicaciones en medios de prensa o utilizadas como ilustraciones de libros. Hay coleccionistas y

amantes del arte que sí se interesan por comprar originales de algunos creadores, aunque no es lo habitual.

Esa pudiera ser una de las razones por la cual no hay muchos jóvenes interesados en ella, y también porque es un arte más difícil, que requiere no solo saber dibujar, sino poder transmitir ideas vinculadas con lo risible, con el humor de manera general.

Después de haber viajado, de conocer otras realidades, ¿por qué vivir y crear en La Habana?

He conocido muchos lugares del mundo, más de los que jamás imaginé, pero siempre retorno a casa. Confieso que pudiera vivir en cualquier lugar, soy un tipo respetuoso y adaptable a las normas y circunstancias que me rodean. Puedo tomarme una cachaza con los «sin tierra» en el nordeste brasileño y hacer cuentos con ellos, o sentarme a la mesa con unos aristócratas europeos sin cometer un desliz en las normas de etiqueta. Sin embargo, Cuba es el lugar del mundo donde me siento más cómodo. Y no me refiero a la comodidad material, porque aquí siempre hay algo que está en falta.

Mi vida está armada de los códigos y la cultura con los que me hice la persona que soy. Admiro mi país por lo que significa, tengo aquí a mi familia, a mis amigos, recuerdos, espacios y proyectos. Camino tranquilo por las calles y puedo crear con absoluta libertad.

Aquí he concebido la manera de organizarme para moverme en todas las expresiones artísticas que me interesan y he armado mi manera de vivir del trabajo que me gusta. Tengo aquí mucha gente que quiero y que me quiere, ¿qué más se puede pedir?



CONTEXTO LATINOAMERICANO

Una revista de Ocean Sur

www.contextolatinoamericano.com
f ContextoLatinoamericano

La versión digital de Contexto Latinoamericano actualiza semanalmente cada uno de sus espacios dedicados a la actualidad, la opinión y el debate, al tiempo que ofrece una síntesis diaria del acontecer noticioso en América Latina y el Caribe.

PROYECTO EDITORIAL CHE GUEVARA

www.cheguevaralibros.com
f LibrosCheGuevara

Los títulos publicados en español e inglés propician el conocimiento de la vida, el pensamiento y el legado del Che a través de un ordenamiento temático por medio del cual se accede integralmente a sus múltiples facetas.





En la ruta de sus desafíos

ENTREVISTA A IRAMIS ALONSO PORRO

El traqueteo del gigante metálico dentro del cual ella intentaba dormir mientras el trayecto se alargaba, quizás pudo haber marcado para siempre un rumbo o, al menos, su recuerdo. Cuentan que de niña viajaba mucho. Tal vez por eso ahora, cuando repasa su infancia, recuerda la que fue, posiblemente, su travesía más larga, con solo tres años de edad.

«Era un tren viejo, tenía literas, y en él iban también mis abuelos, una tía, todos dispuestos a ayudar a mis padres a preparar las condiciones esenciales para una nueva vida», recuerda.

Viajaban de Camagüey a La Habana. A su padre lo habían enviado a trabajar a la capital. Parecía que dejaba atrás el mundo conocido; no obstante, nunca se marchó del todo de su natal Camagüey.

«Regresaba cada semana de receso y en los dos meses de vacaciones. Me gustaba la tranquilidad que se vivía allí. Pasaba el tiempo descubriendo una y otra vez las historias familiares», recuerda y nos cuenta sobre los abuelos de su abuelo, uno mambí y el otro, soldado español.

De su abuela paterna, que era de ascendencia española, heredó el gusto por la comida y el arte de cocinar. Le gusta reconocerse en sus ancestros, pensamos, mientras nos habla de los vínculos de su familia con las luchas independentistas; y también de su madre, que nunca

pudo materializar el sueño de ser periodista, vedado para la hija de un líder sindicalista ferroviario antes de 1959.

Quizás a causa de esa pasión materna, desde pequeña Iramis Alonso Porro tuvo cercanía con las letras, pues recuerda que su madre escribía, y una vez publicó en un periódico. Iramis fue la adolescente que recitaba y escribía textos para decir en los matutinos; que armó una obra radial basada en el texto Casa de muñecas; y, cuando en la escuela al campo se fue a coser cujes de tabaco, narraba a sus compañeros las historias de Las mil y una noches, las cuales se sabía de memoria.

En el preuniversitario descubrió que le gustaban las ciencias, la Matemática, la Química, la Astronomía. Y en las pruebas de aptitud para optar por la carrera de Periodismo debió escribir sobre Silvio Rodríguez y Alejo Carpentier, a quien había descubierto en 12mo. grado cuando debió leer El reino de este mundo, y se enamoró de su final.

Las mil y una noches, la trova, las ciencias, lo real maravilloso... con estas ideas en la cabeza, apenas cumplidos los 17 años, comenzó su andar por el mundo de la prensa.

¿Cuánto te preparó la universidad para ejercer la profesión?

Mi periodo docente en la Facultad fue muy feliz, pero no creo que la formación haya sido todo lo sólida que pudo ser. Tuve grandes profesores vinculados a la asignatura de Nota informativa. Hugo Rius fomentó en nosotros el interés por la noticia, por estar informados. Carlos Piñeiro impartía Estilo y redacción periodística, un profesor duro, exigente, por eso hacías una fiesta cuando te daba una buena calificación; él era subdirector editorial en *Bohemia*, sentías que estabas a la altura de lo que allí se publicaba.

La universidad me dio orden a la hora de leer, de organizar una cobertura periodística, y la visión de que éramos servido-

res públicos. Entre las mejores prácticas productivas de aquellos años, recuerdo las de *Radio Progreso*. Hice prácticas también en Camagüey, y aunque era una ciudad que conocía, me brindó la posibilidad de interactuar en escenarios diferentes a los de la capital.

Les confieso que, cuando terminé, no me sentía preparada para hacer periodismo, pero sí tenía unas ganas inmensas de ejercerlo, de irme a algún lugar y probarme. En mi mente tenía las ideas de lo que se hacía los domingos en el *Juventud Rebelde (JR)*, aquel periodismo narrativo. Y tenía ganas de salir a comerme el mundo, de demostrar lo que sabía.

Fuiste parte de aquel grupo de egresados que hizo un año de su servicio social en Holguín, en una de las áreas del Plan Turquino. ¿Cómo fue hacer periodismo en tan intrincados parajes de la geografía nacional?

Ese programa había empezado en 1989, un año anterior al mío. Inicialmente lo hacían como servicio social, pero ya vinculados como corresponsales a *JR*. Yo me gradué en 1990 y, después de que nos habían ubicado, nos llamaron para explicarnos que, ante la reducción de los medios de prensa por la carencia de papel, nos colocarían en la *Agencia de Información Nacional (AIN)* —hoy *Agencia Cubana de Noticias (ACN)*—; de todas formas, se mantuvo la decisión de que fuéramos a las montañas.

La nota informativa no era un género en el que me sentía cómoda. Prefería los grandes reportajes, contar historias. El Plan Turquino era el lugar indicado para hacerlo. Allí todos los días pasaban cosas. Por primera vez me encontré con los embarazos adolescentes de muchachas con 13 años, niños bajo peso, prácticas culturales que desde la capital no eran visibles, la manera en que se empleaba el tiempo libre, las diferencias entre las zonas rurales y las urbanas, entre los hombres y las mujeres,

el machismo, prácticas ilícitas como el juego de la bolita o las peleas de gallos, todo eso de la mano de esa tremenda humanidad y bondad de los campesinos.

Eran personas que vivían rodeadas de una naturaleza extraordinaria. Me sorprendió la manera en la que cuidaban el medio ambiente, el trabajo que hacían para recuperar la biodiversidad, la reforestación. Allí nació mi vocación por el ambientalismo, y mi respeto por esas personas que logran, desde la cotidianidad, un equilibrio con los recursos que tienen en sus manos.

Sobreviví aquel año de Periodo Especial gracias a esos campesinos que me alimentaron y me cuidaron. Me levantaba temprano en la mañana, frente al río Sagua, en un paisaje maravilloso, con mi máquina Olivetti, y escribía las cosas que habían sucedido el día anterior y las enviaba a la *AIN*. Tuve la oportunidad de vincularme al periódico *¡ahora!* Tengo una deuda profesional con todos ellos: Rodobaldo Martínez, el director; Mildred Legrá, Agustín Garcell, Reynaldo López. Me brindaron la oportunidad de poder depositar allí mi creatividad, y de escribir no solo lo que me ocurría en la montaña.

Casi todos los especiales los publiqué en ese periódico. También fue la época en mi vida en la que más leía; cuando caía la tarde no hacía otra cosa. Venía a La Habana cada dos meses, unos días de vacaciones, traía los libros ya leídos y me llevaba otros nuevos. A veces me cogían las tres de la madrugada leyendo; y debía despertarme temprano para irme a las montañas en un yipi, en un caballo, en un mulo. Quizás ahora sentiría miedo de aquellos caminos intrincados.

Estuve en cuevas, ríos y montañas. Por primera vez tomé pru (una bebida a base de hojas, tallos y raíces de plantas). Se me desbocó un caballo. Estuve en un sembrado de fresas. Des-

cubrí en La Melba, en Moa, el paisaje más bello que he visto en mi vida. Escribí un pequeño libro *Estampas serranas*, con crónicas que se fueron publicando en *¡ahora!* Disfruté la vida cultural de Holguín. Estuve en Gibara mucho antes del Festival de Cine Pobre. Subí al Pico junto al resto de los periodistas que estábamos allá en un aniversario del Plan Turquino.

Fue una experiencia humana y profesional única: la manera de relacionarme con las personas, con las fuentes, las primeras contradicciones con las instituciones. Sufrí dos experiencias complicadas de violencia de género; momentos difíciles que de alguna manera me educaron para convertirme también en la feminista que soy, y en la activista en la lucha por los derechos de las mujeres y contra la violencia hacia las mujeres y las niñas.

Aquel año disfruté muchísimo el acto de escribir y me integré a la naturaleza desde el ejercicio de la profesión; entonces tuve claro que había escogido «el mejor oficio del mundo».

¿Cuánto le debes a tu paso por Juventud Rebelde y por Bohemia?

A JR le debo haberme convertido en periodista de verdad. En el Plan Turquino tuve toda la libertad de escribir sobre lo que yo quisiera. Pocas veces me dijeron «haz esta cobertura». En JR fue como el entrenamiento: así es trabajar en un medio, escribir bajo presión, cubrir un tema específico. Tuve la suerte de que Arleen Rodríguez, que era su directora, desde que llegué me dio a cubrir los temas de ciencias, tecnología y medioambiente, y las Brigadas Técnicas Juveniles (BTJ).

Esos fueron los primeros choques con fuentes que se desdaban. Recuerdo hacer un reportaje en un centro de investigación, con una visión crítica de lo que era la reserva científica. Como había pasado un curso de taquigrafía en la carrera, no solía usar grabadora. Cuando se publicó, la comunicadora de esa institu-

ción dijo que sus muchachos no habían dicho eso, y que, como yo no había grabado, no tenía manera de demostrarlo. Arleen me defendió. Ver a una directora confiar en su periodista, y enfrentar a una fuente institucional me dijo mucho del respeto al medio y también al periodismo. Ese año entramos una gran cantidad de jóvenes. Arleen, que se había formado en una corresponsalía en Guantánamo, que dominaba el ejercicio periodístico y todos sus géneros, confió mucho en nosotros y logró ese equilibrio necesario en una redacción.

A *JR* le debo también mi formación como periodista de calle y la especialización en un área que me interesaba mucho. Aprendí el respeto hacia las fuentes, la búsqueda de lo escondido, de lo que no se ve a simple vista y di mis primeros pasos para aprender a trabajar en equipo. También me dio la oportunidad de crear un medio desde cero cuando en 1996 hicimos el suplemento *En Red*. Además, le debo haber hecho radio, en el espacio «Rebelde en Rebelde», que salía los domingos.

Allí tuve un acercamiento más estructurado a los temas de género. En una ocasión publiqué un texto que fue todo un escándalo, en el que dije que toda mujer debía llevar un preservativo en la cartera.

A *Bohemia* le debo el periodismo de investigación, el usar las herramientas de las ciencias sociales para el trabajo periodístico, el acceder a sitios como la Oficina Nacional de Estadística e Información (ONEI), el uso de las entrevistas semiestructuradas y las encuestas, los reportajes en profundidad.

Significó la madurez dentro del periodismo: triangular la información, lograr variedad de fuentes... Me enseñó mucho en materia de periodismo de investigación, y que en las redacciones de los medios se tiene que avanzar con una mirada de desarrollo puesta en las ciencias y en la economía del conoci-

miento. *Bohemia* fue el momento más fecundo de mi preparación profesional.

En 2007 llegas a la dirección de Juventud Técnica (JT), ¿cuánto ha crecido JT y cuánto tú dentro de ella a lo largo de estos años?

JT ha ido cambiando en tanto cambió el desarrollo de las ciencias en Cuba. Nació en 1965 como un boletín de las BTJ, enfocado en la capacitación de los jóvenes científicos, agricultores y técnicos cañeros del país. Luego empezó a incluir en sus páginas elementos de todo el desarrollo de las ciencias en el país. Esa mirada de boletín, más apegada a las revistas especializadas, se abrió a lo que se considera periodismo científico. Inicialmente, el componente de las ciencias naturales, exactas y técnicas era mucho más fuerte; poco a poco se abrió a las ciencias sociales. Incorporó una mirada periodística, con la idea de que la ciencia es transversal a todos los fenómenos de la sociedad, ante la necesidad de que las personas fueran adquiriendo una cultura científica que les permitiera opinar con conocimientos.

JT ha crecido desde una mirada más contemporánea de lo que es el periodismo científico especializado, y se ha dotado de las particularidades de otros periodismos como el narrativo, de datos, de investigación. Cuando llegué a *JT*, no se abordaban los grandes géneros de la manera en que se hace hoy. En el periodismo de investigación, por ejemplo, había una mirada dócil hacia la ciencia, como algo noble, curioso; faltaba una visión crítica sobre algunos procesos y fenómenos como las pseudociencias, la poca diversidad de fuentes o el cruce de información.

Ante la carencia de papel durante el Periodo Especial, pasó de tener miles de ejemplares a una tirada de 20 mil cada dos meses; estuvo varios años sin salir y, en estos tiempos, ya no

es una revista impresa, sino un medio multiplataformas que tiene diversas salidas: videos, audios, y en todos los espacios digitales; que hace periodismo de datos, podcasts; que tiene colaboraciones con entidades como la Academia de Ciencias de Cuba, donde se hacen cápsulas, con la colaboración de la Universidad de La Habana.

Para mí ha sido un aprendizaje, porque además de los conocimientos que traía de *Bohemia*, usar herramientas como las de Telegram, los bots, el periodismo de datos, implica capacitarse de manera constante. También te obliga a estar en diálogo con la academia. Un medio que hace divulgación científica tiene que usar los avances de las ciencias y las tecnologías para crecer, tanto en lo comunicativo como en los procesos que se dan a lo interno.

¿Cómo es la relación entre periodistas y científicos?

Es una relación compleja. Periodistas y científicos tienen mucho en común: observan la realidad, los motiva la curiosidad, publican sus resultados, buscan la verdad, investigan... La relación fluye porque escrutamos la realidad de una manera parecida.

Existen diferencias porque sus tiempos de publicación son más lentos, los nuestros más rápidos. A veces no se comprende que los periodistas no somos poleas trasmisoras, ni traductores literales de lo que dicen los científicos. Nosotros contextualizamos sus resultados, los procesos en los que participan, ofrecemos antecedentes, contamos las historias alrededor de estos procesos, las positivas, y también las negativas. Es una relación que, en mis 32 años de experiencia, ha ido mejorando, porque ha habido una comprensión en el mundo de las ciencias, de comunicar, de dialogar sobre sus procesos, y no solo de los resultados.

¿Cuáles son los principales desafíos que afronta hoy el periodismo científico?

El primero tiene que ver con la formación. Estamos en el mundo del periodismo especializado; y no es una crítica al periodismo generalista, pero casi siempre los trabajos que escrutan en la realidad y les brindan respuestas a las ciudadanías están en el ámbito del periodismo especializado. Urge conquistar nuevos profesionales para el ejercicio de este tipo de periodismo.

Faltan muchas plazas por cubrir, eso implica que las personas que allí están tienen que abarcar muchos temas y eso atenta contra la especialización, que se traduce en cubrir un ministerio, como lo es el CITMA, que no significa ir a las coberturas; sino que implica preparación, conocer a las personalidades en esa rama de las ciencias, buscar antecedentes en Cuba y el mundo, conocer la historia de esa ciencia y las legislaciones vinculadas a ella.

Afrontamos el reto de cómo sostener un periodismo científico especializado en medios multiplataformas, y que exista un equilibrio entre el diarismo y el análisis en profundidad. O cómo sostener un periodismo ambiental que demanda recursos para visitar áreas geográficas, subir montañas.

Otra cuestión sería lograr menos mediaciones en el vínculo con las fuentes de información. Todavía el acceso a la información científica no es lo suficientemente transparente y ágil. Instituciones como el Centro de Inmunología Molecular tienen una comunicación fluida con los medios, en cambio, pertenecen a una empresa como BioCubaFarma, que no suele reaccionar a los pedidos de los medios con la misma prontitud.

Hemos avanzado en que sí hay más científicos preocupados por la comunicación de los temas de ciencia. Esta no sustituye el

ejercicio periodístico, que suele tener una mirada más diversa y no intenta solo respaldar una institución determinada, sino que propone una mirada analítica y crítica.

Es cierto que la COVID-19 ha significado un despertar de los temas de ciencias en los medios televisivos, pero, si dejáramos afuera los relacionados con la salud pública, nos daríamos cuenta de que los espacios para las ciencias siguen siendo escasos.

¿Cuán difícil es dirigir un medio de prensa en Cuba?

Los medios de prensa en Cuba están en una situación económica bastante difícil. El ejercicio periodístico se obstaculiza porque hay una serie de complejidades que intervienen en él: la búsqueda de información, las mediaciones en el acceso a las fuentes, las capacidades formadas de los equipos de trabajo, además de la gestión económica del medio de prensa.

En esas condiciones de escasez, de falta de recursos, de campañas de comunicación que se promueven contra Cuba sobre los temas de la realidad; en un universo donde no cesa la producción de noticias falsas para atacar a la realidad cubana; y en un contexto en el que la cantidad de información no es proporcional a su calidad ni su veracidad, dirigir un medio de prensa demanda competencias.

Implica estar informado de la realidad cubana y del mundo, tener capacidades para la edición de materiales periodísticos en las diferentes plataformas, llevar la agenda, tener flexibilidad para reaccionar ante la demanda de información o ante los diferentes sucesos que se van produciendo, o las nuevas fuentes que se generan.

Los directivos de los medios tenemos muchas cosas que aprender. Buena parte del ejercicio de dirección mediático hoy en Cuba es empírico y está mediado por esas carencias de

nuestros modelos de gestión económica que limitan la labor de apoyo al ejercicio periodístico.

La rapidez de los acontecimientos hace que, muchas veces, quede poco tiempo para la preparación, necesaria para la especialización periodística. Otros de los retos a sortear son la gran movilidad que existe al interior de los medios de prensa y el hecho de que los periodistas tienen múltiples trabajos. Eso impacta de forma negativa en el ejercicio de la profesión y complejiza la labor de dirección.

No se debe dirigir un medio sin tener un conocimiento del periodismo y sus dinámicas de producción. Es necesario aprender herramientas para el acceso más expedito a los datos y para detectar las noticias falsas, conocer los procesos de la prensa desde abajo, comprender los intrínquilis de la relación con las fuentes, de la búsqueda de información, de las construcciones de la agenda, escuchar las necesidades, demandas y preocupaciones de los lectores, y ser portadores de sensibilidad y de ética a la hora de mirar la realidad.

En materia de claves o tips, ¿cuáles recomendarías como buenas prácticas para la comunicación en tiempos de una contingencia sanitaria?

Emplear voces autorizadas; citar fuentes nacionales, internacionales y de Naciones Unidas; utilizar datos verificables; dominar herramientas para detectar las noticias falsas; evitar el sensacionalismo y, a la vez, tener en cuenta la alta sensibilidad de estos temas; ser ágiles a la hora de responder a las dudas de los lectores y tener cuidado, pues apurarnos nos puede llevar a cometer errores.

La ciencia también es una aventura, y hay que contarla con belleza. Sus procesos son apasionantes, asombrosos, escalofriantes, y a veces hay tristeza en ellos; por eso hay que contar

esa abundancia de sensaciones, las situaciones que se presentan, los conflictos que se les dan a los científicos, sus alegrías, sus tristezas.

Se pueden usar títulos atractivos; pero cuando estamos hablando de la vida de la gente, cuando hay altos niveles de incertidumbre, hay que ser exactos y, cuando no se tiene toda la información disponible, debemos ser transparentes y decirlo.

Consultorías de comunicación, docencia, cobertura de huracanes, tutorías... Desde estas múltiples experiencias, ¿cómo calificas la formación actual de periodistas?

Tengo mis serias reservas con el tema de la reducción de las carreras. A la universidad no vamos solamente a formarnos en un saber técnico, teórico, por decirlo de alguna manera, ni a adquirir las herramientas para insertarnos en las lógicas de un mercado laboral; de hecho, detesto ese tipo de enfoque de competitividad. En el escenario de la sociedad socialista que queremos construir, ese enfoque podría llevarnos por el camino de una especie de fábrica de chorizos.

¿Dónde queda la formación humanista? La universidad es un momento de la vida en el que debería reforzarse esa vocación de servicio público, de contribución al otro, el desarrollo de sensibilidades y valores patrióticos, humanos. Y eso lleva determinadas dinámicas de participación. Cuando las carreras se contraen, aunque aparentemente se reducen contenidos, se genera presión en los estudiantes, y se limita su formación a una serie de disciplinas. En el caso de Periodismo, no concibo cómo se han reducido los programas de literatura. No se puede escribir sin leer, sin leer de una manera organizada, con una visión, para entender cómo han ido evolucionando las maneras de hacer.

Siento que ahora todo es apresurado. Al llegar esta hipermedialidad se han adelantado los tiempos, y el espacio dedicado a la escritura impresa, que es la base de todo profesional, se ha limitado. Existen grandes diferencias entre los graduados. Unos son excelentes, y otros, mediocres. Me he tropezado con algunos que tienen serias faltas de ortografía, que no saben poner un titular, que no poseen ninguna habilidad para encontrar fuentes, que tienen un desconocimiento grandísimo de las estructuras gubernamentales, de los entramados de la sociedad civil cubana, están casi desnudos a la hora de conocer el mundo en el que viven.

Otra cosa que he observado es que muchos de los graduados más talentosos no van a los medios de comunicación. Ejercen como comunicadores o se quedan como profesores en la misma facultad. No están insertados en un medio, no participan de sus dinámicas cotidianas. A veces saben hacer bien un reportaje, pero no tienen idea de cómo encontrar una noticia. Tenemos muchos graduados de Periodismo y los medios vacíos.

Después de recibir incontables premios, has ejercido como jurado de importantes certámenes nacionales. ¿Qué opinas de la calidad del periodismo que se hace en Cuba hoy?

Existe mucho desequilibrio. Te encuentras ejercicios periodísticos excelentes, magníficos, en *Invasor*, en *Escambray*, en la radio de Villa Clara o en el telecentro de Pinar del Río. Hay medios que marcan la punta, todo el tiempo, unos en el espacio hipermedial, otros en el periodismo impreso. Sin embargo, hay otros que prácticamente no son visibles.

Y no es solo que no ganen premios, porque no se trata de ganar; sino que cuando revisas una obra a lo largo de un año, te das cuenta de cuáles son las redacciones sólidas, que lo mismo

hacen perfiles, noticias. Casi siempre en estos medios que tienen un ejercicio mucho más avanzado y cercano a las agendas públicas, destacan la labor de los equipos que se han formado al interior del medio y la visión de sus directivos. Entre los medios que más tienen que ganar, están los televisivos, en los que no se ve un reportaje de investigación, y se desaprovechan muchos recursos.

Entre los talones de Aquiles está la falta de equipos de trabajo, de directivos que comprendan cuál es su función; la ausencia de un periodismo crítico, profundo, cuestionador, revolucionario. Todavía sufrimos intentos por parte de las instituciones que pretenden revisar trabajos o enfoques.

Otras debilidades están en el uso de datos públicos y en cómo presentamos los trabajos. A veces reclamamos que no tenemos acceso a los datos y, sin embargo, los que están públicos no los usamos, o no sabemos cómo llegar a ellos. En cambio, otros los utilizan, y ahí están Katia Siberia y Saily Sosa, y sus textos que así lo demuestran. ¿Cómo usamos los recursos gráficos, la ilustración, la infografía? ¿Cuál es la dramaturgia de eso que estamos contando? ¿Qué estamos haciendo con el diseño? Los periódicos llegaron al color, pero, ¿cuál es la intencionalidad de ese diseño de portada?, ¿cuál es la carga dramática de esa foto?

Entre las fortalezas está que no ha perdido su sentido del servicio público, y aunque no ejerza esa función de control público en toda la dimensión que debería, sí hay varias áreas dentro del periodismo que son conscientes de esa función. No se puede obviar que el periodismo es un instrumento de la ciudadanía para participar.

¿Pondrías nuestros concursos al mismo nivel que otros certámenes internacionales?

He visto piezas periodísticas ganadoras de premios nacionales que perfectamente podrían competir en certámenes internacionales. Creo que deberíamos competir más en esos espacios, porque cuando te presentas permites también que la obra se conozca. Hay algunos concursos en los que seleccionan autores y textos con una intencionalidad antisocialista, para negar la construcción del socialismo; son buenas piezas periodísticas, algunas mejores que otras, pero que dan una imagen negativa tremenda de la realidad cubana. Realidad que es compleja, que se inserta en un contexto internacional todo el tiempo hostil.

Existen muchos problemas acumulados desde el Periodo Especial que tienen que ver con nuestras dependencias económicas, con el subdesarrollo, y con la política de ahogo permanente que tiene Estados Unidos contra nosotros. En algunos casos, a esa realidad compleja se le pasa un colorete, que es el triunfalismo. En otros, se pone peor de lo que es, como hacen estos medios privados que publican textos llenos de cicatrices. Y sí, la realidad tiene cicatrices, y hay fenómenos que merecen toda la crítica que llevan. Pero uno siente que hay un regusto en lo feo, es como un gozo de lo negativo, más que descubrir o denunciar.

Aquí tenemos un periodismo narrativo de altísimo nivel. Profesionales de medios públicos cubanos que han ganado en certámenes internacionales con trabajos publicados en medios nacionales. También tenemos que trabajar más en la conformación de los jurados, pues hay algunos cuyas obras no están al nivel de esas que deben premiar.

¿Has tenido ganas, alguna vez, de dejarlo todo y volver a las montañas de Cuba solo a escribir? ¿Lo harías, aun cuando ya no eres aquella veinteañera?

Si no hubiera encontrado mi realización personal dirigiendo *JT*, no llevaría 15 años haciéndolo. Me he movido bastante en los medios: trabajé en la *AIN*, hice análisis de prensa, estuve en *JR*, en *Bohemia*, he hecho otras cosas en comunicación, pero extraño el reporterismo, ir a zonas de Cuba a donde uno no va todos los días, volver a esos lugares del oriente donde he visto los paisajes más hermosos del país, en los que mejor me he sentido desde el punto de vista emocional.

Añooro esos reportajes en las montañas, mis andanzas por el Cauto, ese paisaje de la zona de La Melba, en Moa, aquellos helechos arborescentes, mariposas únicas que no he visto en otros sitios del país, el lugar donde se unen el Cauto y el Contramaestre, ese encuentro del verde más claro y el verde más intenso, saber que en esos parajes anduvo José Martí y que quedaron recogidos en su diario de campaña. Pudiera decir que, sobre todo, extraño los lugares que no conozco todavía. Anhele estar en Playitas de Cajobabo, en Guanahacabibes.

Además del servicio público, eso es lo más lindo del periodismo: conocer a las personas extraordinarias que viven en esos lugares. Y sí, lo haría de nuevo. Quizás no con la misma intensidad. De la profesión me quedo con eso: la gente que he conocido, los golpes que me he dado y esos lugares impresionantes. Para mí el periodismo ha sido una travesía, para contribuir, pero también para construirme como un ser humano que intenta cada día ser mejor.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



TOMO I. MEDIOS, INTERNET Y NUEVAS TECNOLOGÍAS

Diálogos en Cubadebate

Compiladores Randy Alonso Falcón y Rodolfo Romero Reyes

La presente selección de textos analiza los factores que impiden hoy el libre acceso a la información, desmantela proyectos subversivos que desde el ciberespacio se han fraguado contra Cuba, denuncia la férrea vigilancia que mediante las nuevas tecnologías tienen los gobiernos sobre los pueblos y hace una invitación a «ocupar los medios» y llenarlos de sentidos democráticos, incluyentes, diversos, éticos y humanistas.

96 páginas, 2018, ISBN 978-1-925756-15-9



TOMO II. CUBA Y ESTADOS UNIDOS A PARTIR DEL 17D

Diálogos en Cubadebate

Compiladores Randy Alonso Falcón y Rodolfo Romero Reyes

El 17 de diciembre de 2014, en dos alocuciones simultáneas, los presidentes Raúl Castro y Barack Obama anunciaban al mundo que serían restablecidas las relaciones diplomáticas entre los países de Cuba y Estados Unidos. Se incluyen textos desde que se anunciara el pronto restablecimiento de las relaciones diplomáticas hasta la visita del mandatario estadounidense a La Habana.

144 páginas, 2018, ISBN 978-1-925756-19-7



TOMO III. CUBA Y SUS DESAFÍOS

Diálogos en Cubadebate

Compiladores Randy Alonso Falcón y Rodolfo Romero Reyes

Este volumen comparte ideas urgentes y necesarias para una nación que ha hecho suya la herejía de continuar asumiéndose marxista, leninista, socialista y fidelista. Textos no solo para librar un combate de símbolos o de ideologías, sino para enfrentar esta batalla cultural entre socialismo y capitalismo, en la cual cubanas y cubanos nos negamos a la idea de asistir solo como espectadores.

104 páginas, 2018, ISBN 978-1-925756-20-3



El periodismo es mirar críticamente a la sociedad

ENTREVISTA A RANDY ALONSO FALCÓN

El 5 de diciembre de 1999, cuando en Cuba tenía lugar la primera de las tribunas abiertas que exigirían durante meses el regreso del niño Elián González a su Patria, Randy Alonso estaba en Iraq. La Juventud iraquí había invitado al primer secretario de la Unión de Jóvenes Comunistas, pero el Buró Nacional decidió que, en su lugar, fuese quien se desempeñaba como segundo de la organización en la provincia Pinar del Río. La difícil travesía incluyó viajar a España, de ahí a Jordania y después, por carretera, hasta Bagdad. Por eso, cuando inicia la Batalla de Ideas, él estaba en la casa del embajador de Cuba en aquel distante país. Once días después, ya en la sala de su casa observaba la primera emisión de la Mesa Redonda. Lejos estaba de imaginar que su vida cambiaría en apenas semanas.

Decidimos empezar la entrevista preguntándole por una reunión entre Fidel y un grupo de estudiantes de periodismo que tuvo lugar a finales de los ochenta. Randy cursaba su primer año en la facultad. Presuponemos que, para él, que había sido un pionero destacado y dirigente de la FEEM durante los seis años que estuvo becado —secundaria y preuniversitario—, y para

quien «la Revolución estaba encarnada en Fidel», aquel encuentro habría sido en extremo chocante, polémico, conflictivo.

El estudiantado de la Facultad de Comunicación le había solicitado a Carlos Aldana, miembro del Buró Político que atendía la esfera ideológica, un intercambio entre los estudiantes y la máxima dirección del país. La reunión transcurrió en el Palacio de la Revolución; en un primer momento fue solo con Aldana, luego se incorporó Fidel.

«Hubo opiniones fuertes, quizás influidas por todas las tendencias de la perestroika. Se cuestionó el tema de los medios, se habló de si había o no culto a la personalidad de Fidel. No trascendió por los temas, sino por la manera en que, quizás festinadamente, se presentaron. Después hubo un proceso de análisis en la facultad. Ese año me eligieron vicepresidente y luego presidente de la FEU, enfrentando el desafío de lo que significaba dirigir la facultad después de todo aquello».

Los cambios no solo tuvieron lugar en la organización estudiantil, también fue renovada la dirección de la facultad. La nueva decana, Magali García Moré, transformó la visión académica que existía y estrechó el contacto con los medios de comunicación. Llevó allí a excelentes periodistas para que impartieran clases y conferencias.

«Recibí clases de Julio García Luis, Pepe Alejandro, Luis Sexto, Irma Cáceres. Esa vivencia de chocar con el periodismo de todos los días creó un ambiente muy bueno. Transitamos de la teoría absoluta a una combinación con la práctica. Nos fuimos casi un mes a trabajar con el contingente Blas Roca, construyendo con ellos, levantándonos a la misma hora y durmiendo en sus albergues. Al final, entregamos reportajes sobre la experiencia como trabajos finales. Con esa misma intención se decidió años antes que los mejores expedientes de la facul-

tad cubrieran misiones internacionalistas, y para allá fueron Katiuska [Blanco], Albertico [Núñez], Froilán [Arencibia], Pelayo [Terry]. Después, cuando terminaron las misiones —el año en que Rosa Miriam fue la mejor graduada en docencia de toda la universidad— los integrales iban a los lugares más intrincados del país, por ejemplo, el Plan Turquino».

Como la facultad estaba cerca de la sede de la FEU, el secretariado nacional se sumaba a sus actividades. En aquel tiempo muchos artistas de la plástica visitaron la facultad y se creó una galería de arte. «Empezamos a unir a todo el colectivo que se había fragmentado. Demostramos que había personas que, con una visión crítica, apoyábamos a la Revolución».

El papá de Randy había sido dirigente de la Juventud en Pinar del Río y de vez en cuando publicaba en el periódico provincial. «Me inspiró eso, y leer a Galeano; quería escribir tanto en tan poco espacio, como hacía él. También me interesaban las Relaciones Internacionales, pero en aquel momento la carrera no ofrecía la posibilidad de acoger a estudiantes que no vivieran en La Habana. Los vanguardias de la FEEM teníamos la carrera directa, una plaza extra, sin hacer pruebas de ingresos. Para mi provincia ese año destinaron cinco plazas, con la mía fueron seis, aunque solo tres aprobamos las pruebas de aptitud».

Hugo Ríus, quién había presidido el tribunal durante los exámenes preingreso, fue su profesor de Nota Informativa, una de las asignaturas inaugurales de la carrera. El experimentado pedagogo tenía como costumbre entregar a cada estudiante un libro de su biblioteca personal, que debían leer durante el semestre. *A sangre fría*, de Truman Capote; con esa lectura inició su camino en el periodismo.

«De aquellos cinco años conservo amigos entrañables, algunos no viven en Cuba, otros sí: Abel Falcón, Ismary Barcia,

Alina Cabrera, René Tamayo. Éramos treinta y pico, muchos no habaneros. Una época difícil. Los performances de los artistas de la plástica se hacían en la calle G, cerca de la facultad, con contenidos contestatarios. La perestroika removía las concepciones y la visión del periodismo en el país. ¿Habría que imitar a *Novedades de Moscú* y a *Sputnik*? Todo eso influía en la facultad. Han pasado muchos años, pero, incluso ahora que unos cuantos no viven en Cuba y tenemos nuestras diferencias ideológicas, la mayoría seguimos siendo amigos».

Casa Kohly: de la militancia al ejercicio de la profesión

En tercer año, Randy fue elegido para integrar el secretariado nacional de la FEU; tuvo que decir adiós a su apartamento en la residencia estudiantil de F y 3ra. —aunque allí mantuvo su cama— e instalarse en uno de los dormitorios de la Casa Kohly. Ubicada a unos metros del Puente Almendares, aquella vieja casona se convirtió en su hogar por los próximos años.

Entre diversas responsabilidades, atendió las esferas de Comunicación, Cultura, Relaciones Internacionales, Propaganda (lo que ahora es Comunicación), también la Organización Continental Latinoamericana y Caribeña de Estudiantes (OCLAE) y a la Unión Internacional de Estudiantes (UIE). En 1991 encabezó la primera delegación de universitarios cubanos que visitó Estados Unidos. Precisamente de aquel año, Randy guarda varias anécdotas con Fidel.

En noviembre, el Comandante invitó al secretariado de la FEU al Palacio de la Revolución para conversar durante largas horas sobre la situación de la URSS, los errores cometidos durante la perestroika y el impacto ideológico que eso tendría en Cuba.

«Carmen Rosa Báez era la presidenta de la FEU. Fuimos hasta allá en bicicleta. El Comandante conversaba con nosotros como si le hablara a sus hijos. Terminó invitándonos a comer espaguetis. Y como teníamos la costumbre de picarlos bien cortos, nos regañó, alegando que no estábamos comiendo arroz, sino pastas. Y fue, mesa por mesa, enseñándole a todo el mundo a comer espaguetis de la manera que lo hacía él».

Los muchachos quisieron ser recíprocos, y en ese fin de año invitaron a Fidel a comer con ellos en la Casa Kohly. Aceptó. Lo esperaron los últimos días de diciembre, pero el Comandante no apareció hasta el 10 de enero.

«Recuerdo la fecha porque estaba preparando el acto dedicado a Mella y andaba con el libro grande de sus escritos. Cuando él llegó, se sentó en la sala y empezamos a hablar. Ese día dijo la frase sobre el joven líder universitario que tanto hemos utilizado: “Nadie hizo en Cuba tanto, en tan poco tiempo”. Por ahí anda la foto, todos sentados a su alrededor en la sala de Kohly».

Fidel había puesto como condición que él cocinaría, y los muchachos mandaron a hacerle un delantal. Pero la persona que lo hizo le incorporó unos bordados estilo marinero. Creyendo que, quizás por cuestiones machistas, al Comandante no le gustaría, decidieron guardarlo y entregarle otro, que era todo blanco. Ya con el delantal puesto, Fidel, desde la cocina, le solicitó a José Miyar Barruecos que lo ayudara machacando los ajos. Como Chomy andaba en guayabera, pidió también un delantal y solo quedaba el de los bordados «conflictivos». Cuando Fidel lo vio, su respuesta desconcertó a los prejuiciosos:

— ¡Eh!, ¿y por qué el de Chomy es más bonito que el mío?

«Aquella vez él se sintió tan bien con nosotros, que empezó a ir periódicamente a la casa —rememora Randy—. Se aparecía por las noches, los fines de semana. A veces iba a visitar a

Gabriel García Márquez, a la casa de protocolo, y si el Gabo no estaba, dejaba el recado: “Cuando llegue, me avisan, que voy a ver a unos amigos”, y se iba para Kohly.

»A partir de esos encuentros, se generó una relación particular con él. Nació la idea de hacer una biblioteca ahí en la Casa. Él reprodujo con nosotros un poco lo que hacía a principios de la Revolución, que se aparecía a cualquier hora en la universidad, a intercambiar opiniones con los estudiantes. Nos consultaba sobre la situación económica del país, la apertura al turismo y todo el desafío ideológico que aquello implicaba».

En 1992 Randy defendió su tesis. Luego de la graduación debía irse a la montaña a cumplir su servicio social. Sin embargo, la dirección de la UJC solicitó al Partido que cumpliera ese tiempo en el secretariado nacional de la FEU. Le orientaron atender la organización en Matanzas y Cienfuegos hasta agosto de 1993, cuando se decidió que debía sustituir a Rogelio Polanco en Praga, quien representaba la FEU ante la UIE. Arribó dos meses después y permaneció allí hasta febrero de 1995. No obstante, pudo viajar a La Habana en más de una ocasión, como en diciembre de 1994 cuando participó en un evento mundial de solidaridad en La Habana, coincidiendo unos días después con la primera visita de Hugo Chávez a la capital cubana y al Aula Magna de la universidad. En ese contexto, ante la inminente desaparición de la UIE y con la cercanía del Congreso Latinoamericano y Caribeño de Estudiantes (CLAE), resultó elegido para presidir la OCLAE, responsabilidad que desempeñaría hasta agosto de 1996.

Entonces le propusieron una nueva misión: rescatar las publicaciones para niños, adolescentes y jóvenes que estuvieron a punto de desaparecer en los duros años del Periodo Especial. Iroel Sánchez había sido nombrado director de la Casa Editora

Abril y el Comité Nacional de la UJC propuso que Randy asumiera la subdirección editorial, específicamente las publicaciones juveniles y los libros. En septiembre de 1996 comenzó en sus nuevas responsabilidades.

En aquel momento, *Alma Mater*, *Juventud Técnica* y *Somos Jóvenes* se habían dejado de publicar. Por eso —sin equipos de redacción conformados— Randy aparecería como director de las tres publicaciones. «Las únicas que tenían un equipo eran *El Caimán Barbudo*, dirigida por Fernando Rojas, y *Zunzún*, por Ernesto Padrón. *Pionero* vendría después, con la impronta de Diana Lío».

»Estuve ahí dirigiendo desde el 96, en una circunstancia personal compleja. Yo, aquí en La Habana; mi esposa, en Pinar del Río. Iba a verla los fines de semana. Mi primer hijo nació en octubre de 1997, y al mes y unos días le detectaron un soplo en el corazón. En febrero de 1998 hablé con la dirección de la Juventud: asumiría cualquier tarea, pero en Pinar del Río».

Lo designaron como miembro del Buró Provincial al frente de la esfera de Educación; seis meses después, sería seleccionado como segundo secretario de la UJC en la provincia.

A finales de diciembre de 1999, Randy participó en el Consejo Nacional de la FEU. «Allí me reencontré con Felipe [Pérez Roque], que ya era ministro de Relaciones Exteriores. Él me propuso ir a trabajar para el Minrex, pero le expliqué mi situación familiar. A principios de enero, él le comentó la idea al Comandante y Fidel aceptó, pero modificó la propuesta inicial: “¿Y quién te dijo que Randy es propiedad del Minrex? Él es de la Revolución”, me dicen que le contestó. Al día siguiente me trasladé para La Habana de manera definitiva».

La Batalla de Ideas

«Cuando me incorporo al Grupo de trabajo de la Batalla de Ideas, se habían hecho varias marchas, tribunas, y una sola Mesa Redonda, la de diciembre. Me dieron la tarea de organizar, de conjunto con Carmen Rosa, la Mesa siguiente, la de los psicólogos. Los moderadores variaban de acuerdo con el tema, Fernando Rojas, Iroel Sánchez, Rolando Segura... Hasta un día en que Fidel me comentó: “¿Si tú eres el que las organiza, por qué no asumes toda la responsabilidad? ¿Por qué no las conduces?”. “La televisión no me gusta realmente, Comandante, a mí lo que me gusta es escribir”, le respondí. Pero al final terminé de moderador».

Aunque Randy fungía como el coordinador del programa, confiesa que el verdadero director era Fidel. «Todas las noches y madrugadas discutíamos qué tema íbamos a tratar. Terminaba la Mesa, la “sobremesa” — porque él se quedaba después una hora o dos hablando con la gente —, y de ahí nos íbamos a Palacio, donde nos veíamos con el resto del Grupo. Mis colegas aprovechaban el momento de la Mesa para ir a su casa, comer y bañarse antes de la reunión. Yo no podía. Casi siempre comía en la madrugada, cuando terminaban aquellas intensas reuniones. Fueron tiempos tremendos. Allí, en el Grupo, se debatía de todo, desde las cosas de alta política hasta los temas específicos de cada proyecto. Todos los días aparecían nuevas ideas; en total fueron 201 Programas de la Revolución durante la Batalla de Ideas».

El Comandante defendía la tesis de que la Mesa Redonda no era un programa de televisión, sino un programa de la Revolución. «Fidel repetía que la Mesa era nuestra universidad. En otro momento dijo: “Es nuestra universidad política, pero tenemos que hacer una universidad para todos, para enseñarles

cosas como Redacción...”; así empezó el primer curso de ese otro programa. Un día nos dijo: “Si nosotros hacemos eso, ¿por qué no logramos que nuestros niños, cuando les hablemos del Amazonas, no tengan que imaginárselo, sino que vean las imágenes? ¿Por qué no hacemos un canal donde los mejores profesores impartan las clases y el profesor en el aula reafirme esos conocimientos?”. De ahí nació la idea del Canal Educativo. Fidel pensaba que había cosas que debían hacerse desde las instituciones, pero defendía que otras debían hacerse fuera, porque si no se burocratizaban, se perdían. Por eso los trabajadores sociales nacieron fuera de ellas (desde la UJC), y todo el programa de alfabetización se llevó desde fuera, y así otras tareas; aunque contaban con la participación decidida de las instituciones concernientes».

En aquel momento ya se había ampliado el Buró Nacional de la UJC: unos compañeros se encargaban de las tareas habituales del funcionamiento y otros conformaban el Grupo de trabajo, que funcionaría hasta finales de 2006 y en el que participaban ministros, funcionarios del Partido, entre otros compañeros.

¿En las reuniones del Grupo de trabajo de la Batalla de Ideas existía una mirada crítica hacia los problemas internos del país?

No siempre el diálogo fue fácil. A veces la dirección de determinado ministerio sentía que la Juventud estaba asumiendo cosas que les tocaban a ellos, pero eran orientaciones de Fidel, resultado de aquellas reuniones nocturnas de trabajo, para tratar de encausar las ideas lo más rápido posible. Aunque era difícil, se lograba armonizar el trabajo con las instituciones.

Intentábamos transmitirle al Comandante —no siempre de la mejor manera; otras veces con mayor objetividad— los problemas y las dificultades que existían en el país. Allí se analizaba de todo: los problemas de la salud, los policlínicos, las escuelas. Él preguntaba, indagaba. La información que teníamos se la dábamos, unos más valientes, otros menos, pero en sentido general, eran diálogos fecundos.

Pienso que la Batalla de Ideas fue una etapa fecunda. Primero, de movilización del país en un momento en el que estábamos saliendo del Período Especial y había fracturas ideológicas evidentes en Cuba. La Batalla de Ideas constituyó el resurgir de ese fervor revolucionario, al tiempo que atendió contextos sociales que habían sido golpeados con la crisis económica de los noventa. De ahí nació la atención de los trabajadores sociales a la gente menos favorecida —lo que estamos rescatando ahora en las comunidades—, dándole colchones, atendiendo a los niños desnutridos, reparando viviendas de familias con dificultades, buscándoles empleo y sobre todo, tratando de influir en sus valores y hábitos.

Fidel siempre valoró a la gente que sabía expresar sus ideas. No imponía, todo lo contrario, pedía opiniones de la gente y nunca se quedaba con un solo criterio. Valoraba mucho que las personas opinaran sin miedo.

Vivía pendiente de los detalles. A veces preguntaba: «¿Dónde será la Tribuna?». En tal lugar. «¿Y ya vieron con meteorología si va a llover?». Bueno, no. «¿Pero qué están organizando ustedes ahí?». Luego venían los compañeros: Comandante, ya vimos con meteorología que no va a llover. Entonces preguntaba: «¿Pero y ahí dónde da el sol?». Ah, no sabemos. «Pero tienen que saber, porque el sol de frente al orador no lo deja leer bien el papel».

Para Fidel la comunicación con la gente era clave para movilizar. Se dice que en sus discursos repetía las ideas, pero es que, primero, el auditorio no era el mismo, segundo, no decía lo mismo de la misma manera. En los momentos más difíciles, lo primero que él hacía era hablar con la gente.

¿En qué contexto surgió Cubadebate?

La Mesa Redonda fue una idea de Fidel, venía de una experiencia anterior cuando los juegos panamericanos de Winnipeg y todo el invento aquel del dopaje de nuestros deportistas.

Cubadebate es parte de ese mismo espíritu, pero es una creación de los periodistas cubanos. En marzo de 2003 fue la invasión estadounidense a Iraq. Había informaciones, que después se corroboraron; Bush le dijo a aquel general: «Después de Iraq, te puedo conceder Cuba». A partir de esa guerra, en Miami salieron a manifestarse con carteles: «Iraq ahora, Cuba después». Fidel planteó que, como en Girón, y en medio de la euforia de Bush, había que cortarle al imperio sus operadores internos. Se apresaron a quienes podían armar una provocación que diera pie a la invasión. Fueron 75. Se desató entonces una campaña anticubana feroz —le llamaron la primavera negra—. Cuba, en respuesta, desclasificó agentes que eran parte de los grupúsculos contrarrevolucionarios y se realizaron varias denuncias.

En ese contexto, le propuse a la UPEC crear el Círculo de periodistas contra el terrorismo. Convoqué a un grupo de compañeros, unos participaban en las Mesas y otros eran extranjeros que trabajaban en Cuba, fundamentalmente en *Prensa Latina* y en Radio Habana Cuba.

Durante la reunión, el 21 de junio de 2003, decidimos que la primera acción del Círculo fuera crear un sitio web para promover un debate desde Cuba con el mundo. Debíamos buscarle

un nombre que sirviera tanto en español como en inglés. En ese momento, en la web empezaban a aparecer nuestros periódicos, había nacido *La Jiribilla* un poco antes, más centrada en el ámbito cultural, pero no existía un sitio que fuese de debate, de confrontación, de análisis de la política de Estados Unidos hacia Cuba o que abordara el tema del terrorismo. Así nació *Cubadebate*, el 5 de agosto de ese mismo año, recordando la victoria frente a la contrarrevolución que había sucedido un día como ese, pero de 1994.

A mí me nombran presidente de aquello, y entre Rosa Miriam y yo nos dimos a la tarea de organizar el sitio.

¿Cuál era la relación entre la Mesa Redonda, Cubadebate y la Oficina de Información del Consejo de Estado?

En 2005, el Comandante inició varias comparecencias públicas que se hacían desde el Palacio de las Convenciones como parte de las Mesas. Un grupo de periodistas, entre ellos Tala-drid, Arleen, Rosa Miriam y yo, le preparábamos información y análisis sobre esos temas. Un día me pidió crear una oficina que aglutinara a todos esos compañeros.

El 19 de mayo de 2005 quedó constituida como Oficina de Información, teniendo como sede el edificio que está en 1ra., entre A y B, en el Vedado. La creamos con la idea de tener equipos de monitoreo de la información en Internet y las televisoras extranjeras, y ahí fue donde logramos institucionalizar por primera vez *Cubadebate*, con una plantilla de tres personas: Rosa Miriam y dos compañeros más. Luego, con el paso del tiempo, creció el flujo de trabajo y también el equipo.

En 2010 se decidió que pasáramos a ser Oficina de Información del Comité Central y nos trasladamos para la actual sede, en Vía Blanca.

Cubadebate se fue abriendo espacio por sí mismo y demostrando que se podían hacer cosas diferentes, audaces para el contexto mediático cubano.

La filosofía que siempre adoptamos fue, en el marco de la comunicación revolucionaria, correr la cerquita todos los días un poquito más allá, aunque fuera un milímetro. Ir ganando espacios. Y lo hicimos. No sin contradicciones, no sin encontronazos, no sin dificultades. Abrimos caminos en las redes sociales, en la manera de moderar los comentarios — algo polémico y no bien visto por todos —, en el uso de sms para transmitir noticias, en la realización de podcast.

Publicar, consultar o censurar

Dicen que llega entre los primeros, y que la luz de su oficina es de las últimas en apagarse. Sus horarios actuales emulan con aquellos en la Casa Kohly, cuando las tareas de la FEU apenas le permitían una dosis de tiempo libre.

Por su experiencia dirigiendo tres publicaciones de la Casa Editora Abril (a finales de los noventa), un espacio televisivo como la Mesa Redonda (desde 2000) y un medio como *Cubadebate* (desde 2003), Randy acumula algo más de dos décadas lidiando con el ejercicio periodístico y las regulaciones que a lo interno y externo recaen sobre este. La pregunta de hasta qué punto existe o no autonomía, lo lleva a plantearnos ideas en relación con diferentes periodos.

«Hubo una etapa de mucha centralización en la que no sufrí directamente las consecuencias porque conciliaba y recibía orientaciones directamente de Fidel, por lo tanto, no había intermediarios. Y él estaba fuera de todos los esquemas. Hubo momentos en que el gremio sufrió mucho por lo que algunos colegas llamaron la “mesarredondización”, y era que la infor-

mación fluía únicamente a través de la Mesa, los demás medios tenían poco acceso y se veían obligados a reproducir lo que publicábamos nosotros».

Para Randy eso respondía a elementos estratégicos, como parte de la batalla por el regreso de Elián. No obstante, aquella manera de centralizar la información continuó algún tiempo después.

«La etapa más compleja para nosotros fue cuando Fidel ya no estaba activo, entre 2008 y 2010, porque anteriormente él siempre estuvo al tanto de la Mesa, llamaba, nos veíamos casi todos los días. Para *Cubadebate* también fue complicado, imagínense tener que moderar una avalancha de comentarios. ¿Cómo poner los límites? Me guiaba por el mismo concepto de Fidel “dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada”; lo que vaya en contra de los principios, no se publica. Ahora, una crítica a lo que sucede en determinada provincia, a un dirigente... eso sí tiene que ir. Son intocables las esencias de la Revolución, todo lo demás es criticable. Y con esa política editorial hubo sus desavenencias. Incluso, publicábamos algo antes que determinado ministerio y nos llamaban para decirnos que no podíamos adelantarnos hasta que no nos dijeran, y cosas así. Eso es lógico y normal en todo proceso, pero las contradicciones fueron más agudas».

Para Randy, otro cambio importante tuvo lugar cuando Díaz-Canel, como miembro del Buró Político, empezó a atender la actividad ideológica. Se logró una comprensión mayor del valor de la comunicación, y un mejor entendimiento de lo que significaba *Cubadebate* en el contexto de la batalla ideológica y cultural.

«No obstante, en todas las etapas me he sentido con la independencia y la responsabilidad para sumir lo que se publica en

Cubadebate. En los periodos complejos hubo más contradicciones con respecto a qué publicar, cómo publicarlo, pero igual, en ese contexto, yo asumía todas las decisiones. El Partido no me ha dicho tienes que hacer esto porque sí, y ahora menos todavía, con toda la conciencia que se va ganando sobre el papel y la autorregulación de los medios. Nosotros decidimos nuestra agenda editorial, por supuesto, conciliamos con el Partido cuando hay cosas que son a nivel del país, pero siempre comunicándolo desde la visión de *Cubadebate*».

También admite, con cierto pesar, que en algún momento se sintieron menospreciados. Para quienes tomaban las decisiones, lo importante eran los diarios impresos, la televisión. Fueron tiempos en que, para obtener las primicias, tenían que agenciárselas ellos mismos. Por suerte, ese escenario cambió. Ahora *Cubadebate* figura entre los principales medios a la hora de una acreditación para las coberturas.

«Hemos mostrado que se puede ser crítico dentro de la Revolución, que se puede llegar a sectores amplios de la población con una mirada que no es complaciente, y tampoco deja de ser revolucionaria. Hemos establecido como un contrapeso a lo interno de nuestra actividad periodística. La Mesa Redonda tiene una visión más informativa, con cierta dosis de análisis, pero más desde la vista de los funcionarios o de periodistas especializados; una visión informativa desde la Revolución hacia la población. Y *Cubadebate* nos da la posibilidad de hacer el otro papel que le toca al periodismo, que no es solo informar, sino mirar críticamente a la sociedad».

Camino recorrido, camino por recorrer

En estos 23 años, ¿cuánto de tu vida personal has sacrificado por la Mesa, por Cubadebate?

Muchísimo, sobre todo porque hubo una etapa súper intensa, cuando estaba el Comandante. Fidel te consumía, para bien, para aprender, para vivir experiencias inolvidables. Para mí es como mi segundo padre. En aquel tiempo, prácticamente no veía mucho a mi familia, a mi hijo, muy pequeñito. A la luz de los años, me doy cuenta de que no lo pude disfrutar totalmente, ni pude hacer todo lo posible por él en esa etapa de formación. Y es lo que trato de compensar ahora con mi hijo más pequeño.

Soy de los que, cuando me dedico a una obra, lo hago plenamente. Eso lleva tiempo, dedicación, dificultades familiares, incomprensiones. Hubo momentos en *Cubadebate* en que éramos poquitos y las guardias me consumían. No solo soy el director, hago guardias editoriales igual que los periodistas, apruebo comentarios, publico, escribo. A veces me acuesto a las 3:00, 4:00 a.m., para levantarme a las 6:00 o 7:00 a.m. Eso deja poco tiempo para uno, incide en la salud, en la familia.

En los últimos años, por suerte, hemos ido creciendo un poco y ya la carga es menor. Cuando salió Rosa Miriam para la dirección de la UPEC, tuve que dedicarme de cuerpo entero. Era el momento en que hubiese querido hacer mi tesis de doctorado y lo tuve que postergar porque salía una persona clave en el proceso y la obra colectiva tenía que seguir. Tuve que dedicarle mucho más tiempo y eso siempre impacta en la familia. Afortunadamente, en la misma medida en la que los muchachos han ido ganando en experiencia, he podido dedicarle más tiempo a mi hijo más pequeño.

Cuando conversábamos, al principio, sobre tu etapa universitaria, nos decías que la amistad puede sobrevivir a las diferencias ideológicas. ¿Y qué pasa con los lazos afectivos que se construyen con compañeros de trabajo, amigos con quienes se comparte durante años proyectos y posiciones comunes y que, de un día para otro, son depuestos de sus cargos y separados de esa vida política que compartían? ¿Sobreviven también esos lazos de amistad cuando ya no se vive el día a día desde la misma trinchera?

No es un proceso fácil, ni con los que están en Cuba, ni con los que no están. A mí, incluso, me cuesta menos que al que vive en Miami. A ese le puede afectar más que se sepa que es amigo de Randy Alonso. De mis grandes amigos de la universidad, una parte está aquí y la otra en Miami, con posiciones ideológicas totalmente contrarias a las mías, pero respetamos la amistad por encima de todo. No hablamos de política. En algún momento quizás intercambiamos de algún tema en particular, pero no es el objetivo de nuestras conversaciones. Y han sabido, además, ser respetuosos, porque los han ido a buscar, les han pedido información, hablar en público sobre mí, y no lo han hecho.

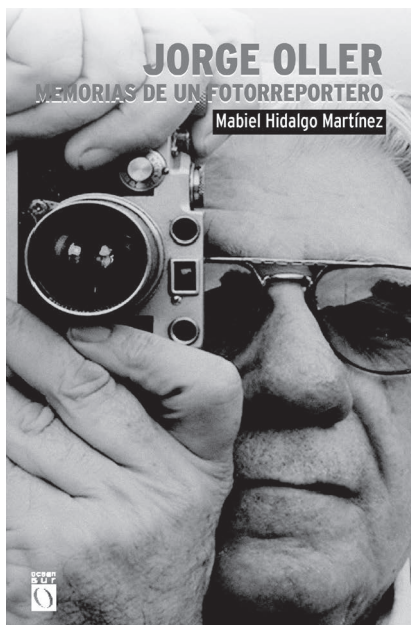
Con los que aquí cometieron errores, ¿qué ser humano no los comete? Es cierto que ya no tenemos ese mismo roce de antes, pero nos comunicamos. Cuando me han pedido ayuda, he tratado de dársela. Prácticamente no nos vemos, en parte, porque ahora cumplen con otras responsabilidades, pero cuando coincidimos nos saludamos, hablamos, recordamos buenos momentos. En su gran mayoría, se sienten apenados por lo que sucedió, porque no respondieron a la confianza que se tenía en ellos. Sin embargo, no han dejado de defender la Revolución, ni se han puesto al servicio de la contrarrevolución. A veces

creo que, como ellos me ven como un sobreviviente de aquellos tiempos, piensan que podría afectarme una relación de ese tipo.

Nosotros en la Mesa, en *Cubadebate*, no teníamos aspiraciones políticas, lo que estábamos era cumpliendo una misión que nos dio Fidel. Incluso, hubo momentos recientes en que la televisión planteó hacer un programa alternativo con el presidente, y al final él dijo: «No, ese programa es la Mesa; Fidel la creó para eso». Hemos demostrado coherencia en el trabajo. La vocación periodística nada tiene que ver con aspiraciones políticas, aunque hayamos sido cuadros políticos durante mucho tiempo.

Hubo un momento en que la gente dijo: «Esa generación se perdió, y traicionó a Fidel». Y yo digo: ¡No! Ahí hubo tres compañeros, cuatro, cinco, que cometieron errores y fueron separados de sus responsabilidades; pero la mayoría de los compañeros que hoy están al frente del Partido en los municipios, los que están en las direcciones del gobierno, los que están al frente de los ministerios, son de esa generación, que hoy tiene cincuenta y pico de años y que, en su mayoría, vienen de la UJC. Esa generación no se perdió, está ahí, activa, y combatiendo del lado de la Revolución.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



JORGE OLLER. MEMORIAS DE UN FOTORREPORTERO

Mabel Hidalgo Martínez

Vivir es un acto de sacrificio, de constancia, de esfuerzo diario, de fe..., más si se vive con intensidad, con la voluntad explícita de hacer el bien, de obrar bien. Así ha vivido el protagonista de estas páginas: fotoreportero de prensa, periodista, investigador de la historia de la fotografía en Cuba, un hombre íntegro y sensible, cuyos testimonios fluyen con un lenguaje culto y organizado, en correspondencia con su pensamiento y modo de actuar.

158 páginas, 2021, ISBN: 978-1-922501-36-3



Cuba, a través de un lente

ENTREVISTA A JUVENAL BALÁN NEYRA

En medio de la oscuridad de la madrugada, el muchachito movía el farol con insistencia para que el maquinista del tren cañero cogiera la seña sobre el cambio de chucho. Eran él y la zafra azucarera, con todo lo épico que se vivía en 1969 en Cuba. Tenía 18 años cuando comenzó a trabajar como soldador en el central azucarero Rubén Martínez Villena, de Matanzas, en una brigada de pailería que hacía trabajo de mantenimiento.

«Cuando había una rotura en plena zafra, allá íbamos a tratar de solucionarla. Era un trabajo intenso: los jóvenes terminábamos los turnos y nos íbamos a cubrir la necesidad que existiera, lo mismo a sacar bagazo de los fosos del basculador con una canasta en la cabeza, que de retranqueros en el tren que traía los carros cargados de caña, como de fogoneros paliando el carbón mineral al fogón de la locomotora. Allí hice la zafra del setenta, y me entregaron el diploma de mil horas de trabajo voluntario».

Antes, había estado en la Ciénaga de Zapata cortando guano cano, un arbusto de hojas anchas que se utilizan para cobijar casas y ranchos. Recuerda que se quedaban en un lugar donde los mosquitos y los jejenos no los dejaban en paz y dormían en tiendas de campaña.

«A 50 pencas de guano se le llamaba un caballo. La norma era recoger cuatro caballos en la jornada, es decir, 200 pencas.

Cuando los especialistas de la Ciénaga las cortaban, no pesaban nada; pero cuando caían y se mojaban, costaba para levantarlas. Yo trabajaba con el agua a la cintura, metido en esos terrenos cenagosos. Cuando reunía las 50 pencas, las amarraba, me las echaba a la espalda y las sacaba hasta la barcaza donde las transportaban hasta la orilla. Cuando cargaba el primer caballo, ya uno estaba reventao de cansancio — cuenta el hombre, ataviado con chaleco repleto de bolsillos, y se ajusta los espejuelos — . Mi juventud se fue moldeando con todo eso».

Quien lo ve ahora con su cámara fotográfica a cuestas, detrás del hecho noticioso, no imagina que Jorge Juvenal Balán Neyra, antes de convertirse en fotorreportero, cortó caña en Camagüey, recogió café en un cuartón de La Habana, tocó la trompeta en varias agrupaciones musicales, integró un grupo de mozambique y soñó con ser como Pello El Afrokán, popular músico y compositor cubano.

«A mí siempre me han llamado Juvenal — aclara sonriente — . Si me dicen Jorge, no respondo porque no estoy habituado».

Aunque nació en La Habana, el 7 de mayo de 1951, se crio en un pueblito llamado Aguacate. Cuando habla de su infancia, la memoria lo lleva hasta aquel lugar que «tenía cierta vida», pues había un central azucarero y una terminal de ómnibus desde donde salía una guagua cada 15 minutos hacia La Habana.

«Estaban las sociedades (española, el liceo, la sociedad de color) que marcaban la vida del pueblo: un negro o un mulato no podía entrar en el liceo porque era para los blancos; y la sociedad española solo era para los españoles y sus descendientes.

»En el pueblo también estaba la casa de los sindicatos. Allí se hacían reuniones, había un televisor y los más viejos se sentaban a conversar sobre política. Y eran punto fijo para ver el noticiero. Yo siempre andaba con mi abuelo cogido del brazo, quien nada más había podido estudiar hasta tercer grado, trabajaba en el central en tiempo muerto y en la finca de un alemán. Sin dudas, eso me fue formando».

Durante su juventud, en Aguacate había dos «fotógrafos estelares», Calero y Abela, a los cuales miraba trabajar de lejos, sin sospechar que luego los recordaría como parte de su propia historia.

«En mi casa había una Smena 8, una cámara rusa que tenía el lente fijo y no pesaba nada. Le montaba el rollo y tiraba la foto, calculando los metros. Cada vez que iban a hacer instantáneas en la familia, pedía tirarlas, pero no porque quisiera ser fotógrafo, sino por curiosidad», aclara.

Poco tiempo después, en 1971, mientras cumplía con el servicio militar, la vida le volvería a poner delante una cámara fotográfica para que no la soltara jamás: «Un día, en la unidad militar me pidieron que tomara imágenes de una asamblea de balance del Comité de la Unión de Jóvenes Comunistas. Luego tuve que ir a la sede del periódico *Ejército* para que me ayudaran a revelar el rollo y se publicara. Fue allí donde, por primera vez, escuché sobre el *lead* y las cinco preguntas del periodismo. A partir de ahí, cada vez que había una actividad me pedían que hiciera las fotos».

En 1977 Juvenal comenzó a trabajar a tiempo completo en el periódico *Ejército*, de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), con su cámara Fed 2 auestas. Cuenta que el visor era telemétrico, y «debía hacer coincidir dos imágenes, o sea, para hacer un retrato veía a la persona dos veces».

Reportar la vida militar le había mostrado a Juvenal nuevos caminos que nunca imaginó. Incluso, le abrió diversas posibilidades de superación profesional, cuando en 1984 lo enviaron a estudiar en un curso de corresponsales de guerra a la Academia de las FAR General Máximo Gómez.

«Cuando acabó, eligieron a un pequeño grupo y nos mandaron a reportar la Operación Carlota en Angola, a donde llegué el 28 de agosto de 1985. Era un corresponsal itinerante y me movía por todo el país. Mis fotos se publicaban en el periódico *Venceremos*, en la nación africana, y también las mandaba para Cuba. Algunas salieron en el diario *Granma* y en *Verde Olivo*».

De todos los escenarios que debió cubrir como fotorreportero, ¿qué experiencias fueron las más enriquecedoras, desde el punto de vista profesional?

Uno de los aspectos más interesantes que tuvo para mí esa misión militar fue viajar con los caravaneros porque se movían en todo el territorio angolano transportando alimentos, armamento, aseguramiento logístico de la tropa. Participar de sus jornadas de viaje permitió que me «cujeara» en los rigores de la guerra, vivir la incertidumbre de ir por una carretera y que pudiera explotar una mina en cualquier momento; y estar en medio de los combates.

Convivíamos con el grupo de gente que iba en el vehículo que te tocaba. La caravana se paraba por la tarde en la carretera hasta la mañana del día siguiente. Por las noches casi no dormíamos porque se hacía exploración con fuego, y se formaba «el tira para allá y tira para acá» para evitar que el enemigo se acercara.

¿Hubo algún momento en el que debió escoger entre hacer su trabajo o defender su vida?

Me vi en esa disyuntiva, y defendí mi vida, por supuesto, pero tratando siempre de hacer mi trabajo. Había corresponsales de guerra a los que no les gustaba andar con armas. Decían que su misión era filmar, tirar fotos y que, si andaban con armas, se desvirtuaban. Yo llevaba mi Canon y mi libreta de notas, pero también el módulo completo que tenía como militar: un fusil yacaré, que es una BTR, cargador, granadas... De eso dependía mi defensa.

En las caravanas, estaba en un grupo donde solo había tres cubanos, el resto eran angolanos. Dormíamos uno arriba de otro, por el frío tan terrible que hacía, pues hasta el agua de la cantimplora se congelaba. Y si se formaba algo, ese que estaba al lado de uno era la familia más cercana.

Traté en todo momento de tener la cámara en mano, pero el arma siempre estaba a mi lado. Había muchas mañas que usábamos para defendernos. Si teníamos que tirarnos del carro a causa de una emboscada, lo que nunca podíamos dejar arriba era el fusil. Debajo de los carros de los caravanistas, metidas en medias verde olivo, se guardaban municiones y las amarraban en diferentes lugares, así estábamos seguros de que contábamos con esa reserva.

Llegó a Angola con 34 años y cierto camino recorrido en la labor reporteril. ¿Cuánto creció en ese país, en medio del peligro?

Angola fue una gran escuela porque fue ejercer el periodismo en medio de la guerra, en un país extranjero, con situaciones difíciles que se presentaban, no solo era un reto profesional sino también humano. Volé bastante en helicóptero para moverme de una región a otra y muchas veces me pre-

gunté qué hacía allá arriba. Los desafíos aparecían y yo me crecía porque tenía una misión que cumplir.

Después de su regreso a Cuba, en septiembre de 1986, Juvenal Balán trabajó en *Bastión*, el periódico de las FAR y, cuatro años después, inició su inseparable relación con el diario *Granma*.

«El primer día que llegué a trabajar, se me acercó Susana Lee, que era la jefa de Información, y me envió con la periodista Sara Mas a una cobertura al Consejo de Estado. Era en la oficina de Fidel Castro, con un visitante extranjero. Allí hice mi trabajo y, cuando nos íbamos, el Comandante nos pidió que esperáramos un poco. Empezó a conversar, a hacer preguntas; así fue mi primer trabajo en *Granma*».

Pero no era la primera vez que veía a Fidel...

No. Crecí en mi pueblo viendo a Fidel casi dos o tres veces a la semana porque iba mucho a verificar la mecanización de la caña y el desarrollo ganadero. Allí se creó el primer campamento para la brigada Venceremos, integrada por norteamericanos que venían a Cuba a cortar caña, trabajar en la agricultura y recorrer el país. Fidel siempre estaba en el campamento. Lo vi cortar caña con los norteamericanos y conversar con ellos.

Luego tuvo muchas oportunidades de trabajar cerca de él.

Tener la dicha de vivir en la época de Fidel fue un lujo: hay generaciones que solo conocerán lo que lean o les cuenten, o por los videos. En el año 2000, tuve la posibilidad de estar en el Paraninfo de la Universidad de Panamá, el mismo que el terrorista Posada Carriles pretendió hacer estallar cuando Fidel fuera a hablar. También guardo con celo la imagen del Comandante

en la cárcel donde estuvo Mandela, además de que tuve el privilegio de ser testigo del encuentro de ambos.

En más de cuatro décadas de trabajo reporterial, usted ha estado en coberturas bien complejas. ¿Cuáles han sido las más difíciles?

Las de desastres. He ido a esperar un ciclón al lugar por donde se pronosticó que iba a pasar. Hubo veces en que estábamos en el Instituto de Meteorología escuchando a Rubiera con Fidel y él, en medio de la noche, decía: «Voy para Matanzas». Allá íbamos nosotros también, en medio de la ventolera.

En 2016, cuando se esperaba el huracán Mathew, salimos con un equipo de prensa de La Habana para Santiago de Cuba. Allí empezamos a monitorear para ver por dónde iba a entrar, y luego nos fuimos para Guantánamo. En Baracoa no había manera de transmitir porque no teníamos tecnología satelital, por eso íbamos todos los días hasta Guantánamo a escribir y enviar las fotos para el periódico.

Suponemos que no se vive igual una cobertura de ese tipo en Cuba que en tierra extranjera. ¿Nos cuenta algunas experiencias?

Estuve al frente de la prensa cubana que participó en la cobertura de los daños provocados por el tsunami ocurrido en el Pacífico en 2004, el cual azotó Sri Lanka e Indonesia. Fuimos con un equipo de la televisión y de *Granma*.

La afectación principal no era en Yakarta, sino en Sumatra, una isla de Indonesia. Y allá nos fuimos, a vivir en una tienda de campaña con los médicos nuestros y a reportar lo que estaba sucediendo.

En Sri Lanka vimos un tren cargado de personas que fue arrasado por el tsunami. Cuando llegamos, todavía estaban

las huellas de las pertenencias de las víctimas. A nuestro paso encontrábamos cadáveres petrificados.

Quien haga una búsqueda sencilla en Internet se dará cuenta de que no solo estuvo en Indonesia, sino también en Pakistán, tras el terremoto de 2005. Parece que le persiguen ese tipo de coberturas...

Cuentan que, luego del terremoto, Fidel armó una brigada médica y, en el momento en que estaba hablando con sus integrantes, en el Palacio de la Revolución, se viró para donde estaba su jefe de despacho y le preguntó si les habían avisado a los periodistas.

Cerca de las 12 de la noche, sonó el teléfono de mi casa. Me dijeron que recogiera algo de ropa y los equipos. Tenía que estar antes de las cinco de la madrugada en el aeropuerto para salir para Pakistán. Allá se armaron 32 hospitales de campaña. Anduve por el Himalaya, subiendo y bajando lomas, conviviendo con los médicos. En esa misión me tocó escribir y tirar fotos.

¿Qué suceso le marcó de manera especial allá?

En Sumatra tenía que cambiar dinero para alquilar un carro y mover al equipo de prensa. Donde único había un centro de cambio era en el aeropuerto. Empezamos a conversar con el encargado del lugar y, de pronto, el indonesio me miró y dijo: «¡Fidel Castro!». Lo que quería decir era que me daba un precio más bajo porque sabía que éramos cubanos y habíamos ido a ayudar a su pueblo.

Algo similar me sucedió en Pakistán: estábamos en el Himalaya y paramos en la carretera porque era el mes del Ramadán y el chofer tenía que rezar tirado en la estera. De pronto, apareció en el camino un viejo musulmán con la barba roja y lo único

que nos dijo fue: «Fidel Castro». Y siguió caminando. Quedé impresionado, preguntándome cómo un hombre en un lugar tan apartado, donde no había electricidad, podía saber de Fidel Castro. Eso da una idea de lo que representa nuestro país para el mundo.

En 2010 estuvo en Haití, luego del terremoto que acabó con la vida de decenas de miles de personas. ¿Cuán dura fue esa experiencia?

La dirección del periódico decidió enviar a la periodista Leticia Martínez a reportar sobre el hecho y la ayuda de la Brigada Médica Henry Reeve en aquella nación. Me pidieron que fuera con ella para que la apoyara, por mi experiencia, y también para que la cuidara. Eso representaba un reto altísimo, porque tenía que trabajar, cuidarla a ella y cuidarme a mí. Para que tengan una idea de lo que vivimos, cuando llegamos a Haití, lo primero que vimos al salir del aeropuerto fue una persona fallecida en plena calle. En aquel país estuvimos tres meses, y fuimos testigos de situaciones difíciles.

En Puerto Príncipe retraté a un niño agonizando. Lo habían sacado de debajo de unos escombros de un derrumbe y los médicos cubanos lo tenían en el suelo, en una camilla. El hospital estaba repleto y tenían hasta salón de operaciones fuera del hospital. Los doctores le habían puesto de todo, pero las venas no aguantaban, los medicamentos no hacían efecto. El niño tendría ocho o nueve años. En ese momento, uno dice: tiro o no tiro. Tuve que crecerme, porque debía mostrar la crueldad, la violencia y el efecto que ocasiona un terremoto. También tengo la secuencia de un niño con la madre tirada en el suelo llorando, tratando de que despertara, pero ella estaba agonizando. Todo eso es el testimonio del sufrimiento que vivió el pueblo haitiano a causa del terremoto.

Con tanta intensidad de trabajo suponemos que a veces habrá existido poco tiempo para la familia.

Sin mi familia no hubiera podido hacer nada de esto. Cuando me fui para Angola, mi hija estaba en quinto grado. Me fui consciente de que a lo mejor no regresaba vivo. Lo más duro fue saber para dónde iba, abrazarlas al despedirme y no poder decirles; luego, venir de vacaciones a los ocho meses y tener que volver a irme. Las cartas demoraban un mes en llegar a Cuba. De aquí me respondían y pasaba otro mes para llegar allá. Siempre traía la última en el bolsillo porque cuando estaba medio «engorroniao» la leía y me daba ánimos.

A sus 70 años de edad, con decenas de premios, distinciones y medallas, entre ellos el Premio Nacional de Periodismo José Martí (2023), Juvenal Balán parece apenas un «chico» entrado en años. Se mueve de un lado a otro, buscando el mejor ángulo, como el más ágil de los fotorreporteros, bromea con sus colegas en los pasillos, sonríe. No solo ha tenido el privilegio de vivir y contar de primera mano los grandes acontecimientos de Cuba, de conocer una veintena de países, y de dejar el testimonio gráfico de la historia de nuestro país en las últimas seis décadas. También le ha tocado adaptarse a los cambios tecnológicos que ha experimentado la fotografía, aunque mantiene un enamoramiento incorregible por la que aprendió en sus años mozos.

«Lo digital no sustituye lo analógico. El romance que se vive dentro de un cuarto oscuro cuando se revela un rollo, cuando lo fijas y te das cuenta de lo que tiraste, eso es insustituible. En lo digital tienes la posibilidad de ver lo que has hecho, pero cada cosa tiene su momento y su encanto. Ya lo analógico se

encareció y queda para trabajos exclusivos. Con una cámara digital tienes la posibilidad de tirar a color y en blanco y negro; aunque hay fotógrafos que creen que la fotografía se hace en la computadora. No hay que olvidar que la cámara digital fue diseñada por un equipo de ingenieros inspirados en la fotografía analógica».

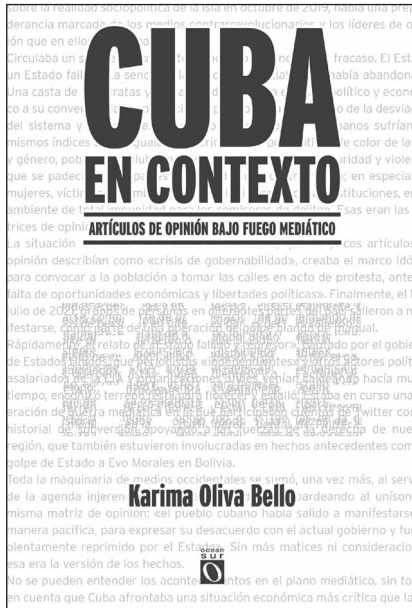
¿Cómo ve usted, a través de su lente, la realidad cubana de hoy?

Estamos viviendo una época crucial. Nunca pensé que pudiera estar en el momento de la entrega del batón de la generación histórica de la Revolución a los dirigentes más jóvenes. Estuve en el Palacio de las Convenciones cuando Raúl Castro terminó su mandato como presidente del Consejo de Estado y dejé el testimonio en las páginas de *Granma*.

En la actualidad veo que hay una búsqueda de la aplicación de la ciencia en el desarrollo de la sociedad y una insistencia del gobierno en darle mayor protagonismo a la juventud. No voy a profundizar en el bloqueo, porque llevamos más de 60 años y no hay manera de que nos lo quiten. Tenemos que trabajar hacia adentro y resolver nuestros problemas, sobre todo lograr que nuestro salario permita poner la comida en la mesa.

Si tuviera que resumir a Cuba en una fotografía, independientemente de todos los contratiempos, lo haría con la imagen del amanecer, con ese sol que se ve radiante en la campiña cubana. Para que su luz persista, tiene que haber un pueblo dispuesto a seguir desarrollándola.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



CUBA EN CONTEXTO

Artículos de opinión bajo fuego mediático

Karima Oliva Bello

Los artículos que se aglutinan en este libro, han sido escritos con la intención de brindar un aporte a la resistencia y la lucha en defensa del socialismo en los momentos más duros de guerra mediática que ha vivido Cuba en los últimos tiempos. Son resultado de un esfuerzo colectivo. Se integran a las tantas formas de resistencia que Cuba ha venido ensayando ante la guerra simbólica.

2022, ISBN 978-1-922501-61-5



Cómo quemar las naves y alcanzar la cumbre, sin paracaídas

ENTREVISTA A ENRIQUE OJITO LINARES

«Yo conocí el diluvio macondiano. Era julio de 1972, y vivía en Bacuino Suárez, un potrero donde las vacas casi se asomaban por las ventanas de mi casa, de tejas y tablas de palma. En aquella primavera, los temporales desmintieron a los especialistas, quienes habían pronosticado que la presa Zaza tardaría en llenarse unos cinco años. En apenas semanas, el embalse estuvo de bote en bote. A mis siete años, era lo más cercano que había visto del mar, del que me hablaban mis maestros Lolo y Rafaela.

»Para inicios de julio, las aguas ya se habían tragado la escuela; recuerdo que cada mañana íbamos a ver la marca que hacíamos con un palo de ateje o de lo que apareciera, para saber cuánto había avanzado la orilla de la presa. Hasta que no hubo un día más.

»Llovía desde el amanecer. Mami no sacaba los ojos del patio; el agua seguía acercándose. Mi papá había salido al finalizar la tarde, y no llegaba. Como a las ocho de la noche, se apareció con mis tíos y un camión para la mudada. En un santiamén montaron las camas, el fogón...

»—¿Y las gallinas? —pregunté, a sabiendas de que dormían trepadas en el naranjal.

»Algunas fueron a los sacos: no había tiempo para más. Todavía hoy no me desprendo de aquellas horas, del rictus de

preocupación dibujado en el rostro de mi mamá, de la llegada de mi papá con el carro:

»— ¡Vamos!, ¡vamos!

»A la vuelta de los años, me pregunto —y a su vez, les pregunto—: ¿acaso el ejercicio periodístico no lleva entre sus genes ese sentido de la urgencia, de escribir contra cierre?

»Así pusimos pies en polvorosa de Bacuino y no paramos hasta la casa de mis abuelos maternos, Carmen y Cachón, en la loma de Palma, que para esa fecha no lucía aquel piso de tierra liso y compacto. A la luz de un farol chino, supe que, en tiempos de capataces, mi madre y mis tías buscaban arena en el arroyo cercano para echarla en el portal, el comedor y la sala de la casa, que —según ellas contaban— tenían la pulcritud del Palacio de Buckingham.

»En aquellas noches, conocí de la vida de mi padre como carbonero, cortador de caña, carpintero; de las caminatas de mami y sus hermanas de regreso a casa, luego de terminar la escuela primaria —les quedaba a unos siete kilómetros— por no tener 10 centavos para la guagua de Pirilo, que les pasaba de largo, con asientos vacíos. Desde entonces me acompañan esas historias, que palpitan implícitamente en cada línea escrita sobre el proyecto de país que defiendo.

No existe presentación más poderosa para un hombre de letras como la que él mismo es capaz de escribir, bordando los ambientes al detalle, para que el lector observe, escuche, palpe, huelga, presienta... Pegado al teclado de la computadora, que se sabe de memoria por oficio y ahora también por necesidad, para esquivar las sombras, se entrega al texto como a la vida, y de él renace.

Enrique Ojito Linares es un gentleman por excelencia, aunque a él le guste repetir que aún es el mismo guajirito de La Sierpe, «nacido casi al borde de un arroyo y que, apenas entró a aquella escuela de techo de guano, vio con sus ojos, ya miopes, cómo Martí lo saludaba desde la pared, con rostro grave y mirada de visionario, invitándolo a hacer por su país». Esas fueron sus palabras luego de recibir, en el año 2020, el Premio Nacional de Periodismo José Martí por la obra de la vida, el más importante galardón que confiere la Unión de Periodistas de Cuba.

Mientras cursaba el preuniversitario en la Escuela Vocacional Ernesto Che Guevara, en Santa Clara, perteneció a un círculo de interés vinculado al periódico Vanguardia; incluso, se atrevió a confesarle a uno de sus reporteros, Félix Arturo Chang, que ejercería el periodismo, en unas declaraciones que le tomó cuando estudiaba quinto grado en la escuela Antonio Maceo, de La Sierpe.

En el ahora lejano agosto de 1983, era difícil imaginar que aquel muchacho, con más pinta de cowboy que de estudiante de la Universidad de Oriente, se convertiría en una de las grandes voces del periodismo cubano actual, con sus raíces bien plantadas en la central provincia de Sancti Spíritus.

En la época en que llegó a Santiago de Cuba, cuenta, «vestía camisa Yumurí a cuadros; un pitusa que me había comprado en el mercado negro mi Vieja, con su salario de auxiliar de limpieza, y los botines que me había regalado abuelo Cachón».

Cuando decidiste estudiar Periodismo, ¿sabías el camino que estabas escogiendo?

Cuando decidí estudiar la carrera no era consciente del camino escogido y estaba lejos, muy lejos de saber los cometidos del periodismo; de que cada palabra que escribiera estaría bajo el escrutinio de los decisores y, sobre todo, de la ciudadanía,

cuya voz es la que siempre más me ha interesado. Ahora bien, ni por asomo nunca en el aula me dije: ¿qué hago aquí?

Poco a poco, comprendí que el periodismo es más que la técnica o un estilo para aprehender e interpretar la realidad; que, si quería ser un reportero de raza pura, debía convertirme, ante todo, en un ratón de biblioteca. Descubrí a Martí, más allá de *Nuestra América*, que casi recitaba de memoria desde la Vocacional; a Pablo de la Torriente Brau y su voz testimoniando «105 días de prisión»; a Truman Capote y el asesinato, *A sangre fría*, de la familia Clutter, en Kansas, narración que muestra un rostro oculto de la sociedad estadounidense. En la universidad encontré ese mundo de historias, afincadas en la realidad, que me dan luz, creativamente, hasta este minuto.

¿Cuánto cambió el ambiente santiaguero, la Universidad de Oriente, los amigos, la visión que hasta ese momento tenías del mundo?

Cuando bajé por última vez en julio de 1988 aquella escalera de los Altos de Quintero, no era el mismo guajiro de La Sierpe que había llegado cinco años atrás a la Universidad de Oriente. Aunque ya no calzara los botines vaqueros de abuelo Cachón, mi alma continuaba siendo montuna.

Al salir de la universidad, miré con otros ojos el mundo; claro, fue un «proceso», término hoy de moda. Recuerdo que casi no habíamos puesto los maletines en las taquillas del cuarto en la beca, cuando Juan (Borrego Díaz) y yo fuimos a encontrarnos con Martí en el cementerio Santa Ifigenia; de vuelta, nos vimos frente a las altas y amarillentas paredes del cuartel que conocía de memoria, gracias a *El juicio del Moncada*, libro de Marta Rojas que leía en las tardes, luego de «mataperrear» por los terraplenes de La Sierpe.

Un sábado descubrimos la calle Heredia y poco faltó para que cerráramos la Casa de la Trova; allí nació mi devoción por el trío Matamoros. Otra noche estuvimos a punto de quedarnos sin voz en un concierto de Silvio.

Fueron los años febriles de mi juventud; de dirigente estudiantil (fui presidente de la FEU de la Facultad de Artes y Letras, primero, y luego vicepresidente de la universidad); de los juegos deportivos Mambises, que eran nuestras olimpiadas; de los festivales culturales, donde lo mismo bailaba un mambo, que le recitaba un poema al Che... Gracias a ello, viajé a la Unión Soviética y crucé el umbral del Museo del Hermitage, de la hoy San Petersburgo. Todavía me recrimino la ignorancia para disfrutar de la *Madonna Litta*, de Da Vinci; o de *Dos hermanas (El encuentro)*, obra maestra del período azul de Picasso.

No obstante, por encima de todo, la universidad me dejó amigos; mejor aún, otra familia. No solo compartimos el mismo apartado postal en el correo de la calle Aguilera; compartimos la lata de leche condensada, que estirábamos con agua, cuando el estómago empezaba a desafinar en la madrugada, sobre todo en la época en que la jaiba era el plato fuerte de turno en el comedor de la «beca». El tiempo, el más justo e, incluso, inclemente juez, ha confirmado que esa amistad nada tiene que ver con un castillo de naipes.

Ojito es una cátedra en sí mismo. Cuentan quienes tienen el privilegio de estar cerca de él que, cuando esgrime un argumento, el mundo entero se mantiene al tanto de lo que va a decir el profesor, el analista, el hombre afable que habla en voz baja, porque no necesita llamar al universo para que lo vea pasar, como decía Martí. No le hace falta.

Tantos años de investigación y ejercicio de la opinión le ha entregado al periodismo en sus más de tres décadas de experiencia profesional, que no es difícil entender por qué se ha movido a sus anchas entre Radio Sancti Spíritus y el periódico Escambray, como si se tratara de su propio hogar, aunque también encontró casa en Radio 8SF (del municipio santiaguero Segundo Frente) y Radio Baraguá (de Palma Soriano). Sus grandes reportajes de denuncia quedan como prueba de su olfato periodístico, la habilidad para cruzar información y contrastarla.

Las huellas de su capacidad para rastrear datos también están en los «minuto a minuto» que ha publicado el periódico en su versión digital, durante los fenómenos meteorológicos, visitas gubernamentales o acontecimientos relevantes de la provincia, como el accidente aéreo ocurrido en 2010 a unos 30 kilómetros al sur de la ciudad de Sancti Spíritus, donde perecieron 68 personas, de varios países. Allí donde ha habido un reportero de cualquier medio de prensa con un teléfono móvil, ha recibido una llamada de Ojito para solicitar detalles o confirmar un hecho. Eso explica el respeto del público espirituario y el aprecio de sus colegas.

¿Qué período, en estas tres décadas, ha sido propicio para ejercer un periodismo más apegado a la realidad, a nuestras dificultades?

Desde que en noviembre de 1997 Juan [Borrego] cogió la bola en la mano y subió al montículo, el periódico *Escambray* cambió de frecuencia; no me refiero a la de salida de la publicación, sino a la frecuencia divulgativa, que tanto ha lesionado la credibilidad del sistema de medios públicos cubanos, y pasó a bucear con más hondura y sistematicidad en las aguas claras y oscuras de nuestra realidad.

Y se instaló la paradoja: mientras *Escambray* se parecía más a los espirituarios, más incomodaba a los burócratas, y ello, a no dudar, era excelente señal. Desconozco cuántas veces los deci-

sores lo llamaron a contar; nosotros poníamos el texto, él era nuestro potente escudo romano (coño, ¡qué duro es referirse a Juan en pasado!). Eso sí, nos exigía datos verificados, contrastación de fuentes, y lo elemental en periodismo: oportunidad e intencionalidad editorial; lo otro corría a su cuenta.

Nadie piense que Sancti Spíritus es una isla. En modo alguno. Por los años de los años, en este pedazo de Cuba han existido, como en el resto del país, la visión instrumental del empleo de los medios enraizada en el sistema político e institucional, el desbordamiento de las funciones de la regulación externa en detrimento de los cometidos del periodismo...; far-dos descritos y diseccionados con escalpelo por el profesor Julio García Luis.

Pero, como también advirtiera nuestro teórico mayor, para contener esas desviaciones, debe fortalecerse la autorregulación al interior de los medios, que rebasa la adopción de normativas para regir las dinámicas productivas. Ello presupone perfilar la cultura profesional, más en específico, elevar las competencias profesionales; que haya liderazgo en la gestión editorial... Bien saben qué sucede cuando dejamos esos flancos abiertos.

En esencia, para ejercer un periodismo más apegado a la realidad, un periodismo que lleve la piel de esta Cuba, se precisa de un cambio cultural profundo, tanto en los reguladores externos como en el gremio periodístico; solo así nos sacudiremos de las «manifestaciones de triunfalismo, estridencia y superficialidad en la manera en que (los medios) abordan la realidad del país», carencias expuestas por Raúl Castro en el VIII Congreso del Partido. Duele la crítica, pero sabemos que sí existen esas manifestaciones, en menor o mayor grado. Existen muchas veces porque a unos cuantos decisores les gusta escuchar miel

en sus oídos; sin embargo, ello no nos exime de responsabilidad alguna.

Obviamente, ni todos los medios ni todos los periodistas estamos cortados con la misma tijera. Por fortuna, leo, escucho y veo trabajos de colegas que me dejan de una pieza, y comento: ¡ñoool!, es verdad que el tipo es un «tronco» de periodista. Por ello, cuando el vaso está por la mitad, lo veo medio lleno.

¿Cómo honras la memoria de tu amigo, de tu hermano Borrego?

Toda muerte es absurda; la de Juan, aún más. Se nos fue en plena madurez creativa como director de un medio y periodista, y sépase, él llegó a ser un paradigma dentro del sistema de la prensa pública cubana porque era un periodista todoterreno, con una humildad y un desprendimiento sin límites, al punto de ser capaz de anteponer los destinos de *Escambray* a su obra individual.

Para quien lo dude, le digo que, aun en su gravedad, asociada a la COVID-19, seguíamos conspirando, analizando teléfono en mano (él, con oxígeno puesto, en la terapia del hospital, y yo en casa) la mejor variante para presentar los proyectos del periódico en el II Festival Nacional Virtual de la Prensa, donde, finalmente, obtuvimos uno de los cinco Premios a la Innovación. Entonces, ¿vivía o no por y para *Escambray*?

Lo honré llevando a blanco y negro los resultados de esos proyectos, con el aporte de varios colegas. Lo honro cuando asumo los trabajos que me orientó en vida y no pude concretar en su momento, entre estos, un reportaje sobre los vínculos de Martí con el trinitario Félix Sánchez Iznaga, mano derecha del Maestro en los tiempos en que los Pinos Viejos miraban de reojo a los Pinos Nuevos, y viceversa. Lo honraré no sacándole el cuerpo al trabajo, escudado en mi discapacidad visual.

Lo honraré recordando sus desafíos pues, con certeza, solía ponernos la varilla alta por el sentido de la noticiabilidad que le asistía. «¿Te atreves a escribir 300 líneas para mañana a las doce del día?», me retó casi sin desmontarme del Hyundai. Acababa de entrevistar al padre cabaiguanense que había desestimado ofertas millonarias en Miami, Florida, y vencido incontables entuertos judiciales para traer de regreso a su hija, que Joe Cubas intentó arrebatarle. «Tremenda historia, vamos a darle cuatro páginas. ¿Te atreves o no?». Miré el reloj; eran las cinco de la tarde del jueves; pero, ¿quién le decía que no a Juan? Ese fue él.

Dicen que eres un profesional marcado por la exquisitez absoluta y la perfección...

¿Exquisitez absoluta? ¿Perfección? ¡Uff! Demasiado para admitirlo. Sí les puedo asegurar que intento ponerle mi ADN a lo que escribo, y lo disfruto al máximo. Como quizás les ocurra a otros colegas, hay textos, nacidos en medio de la urgencia, que no llegan ni a la esquina; a pesar de cumplir su función en cierto momento. En general, me interesa qué decir y cómo decirlo, en lo esencial, por respeto a las audiencias, que tienen olfato agudísimo para diferenciar el bodrio de la novedad.

¿Se te han escapado errores de los que te gustaría no acordarte?

Que tire la primera piedra el reportero que no haya cometido ese pecado de leso periodismo. Sin embargo, hay pifias y pifias. Hace años, tantos que no quiero recordar, publiqué una breve nota donde refería que «Sancti Spíritus» no debía acentuarse por proceder de la lengua latina; en verdad, me dejé llevar, irresponsablemente, por el entusiasmo de un colega y no contrasté la fuente. Al final, desconcerté a maestros, profe-

sores... Ante tantas llamadas telefónicas hasta la recepcionista del periódico estuvo a punto de pedirme cuentas. Aún hoy me recrimino por tamaña ligereza.

¿Cuáles de tus reportajes, crónicas, entrevistas... te han dejado el placer de saberte útil a una persona o a la sociedad?

Ante todo, me ha interesado convertir al cubano de a pie en protagonista de la noticia, en la tesitura de la «gente de pueblo», de Onelio Jorge Cardoso, y de los «desconocidos», de Jaime Sarusky. Lo he buscado siempre, y la mayor recompensa la he encontrado en la gratitud de esas personas que, ni por asomo, se creían dignas de hacer titulares de prensa. Hablo, por ejemplo, de Tina, quizás una de las primeras barrenderas de calle que tuvo Cuba; de Pillito, un pocero, que donde ponía el ojo, de seguro, abajo había agua; de Edelmira, una recogedora de café que cantaba más afinada que la mismísima Esther Borja. Soy un cazador de esas historias.

Sin embargo, de todos mis trabajos, guardo recortado el artículo «En duelo con la muerte», que aborda el tema del suicidio. A raíz de publicado, me llamaron por teléfono dos lectores: un anciano de Iguará, que había intentado privarse de la vida y me invitaba a su casa para conocer la encrucijada en que vivía, y una mujer de Trinidad, cuyo padre, de 81 años, mostraba una conducta suicida. Entre sollozos me contaron sus historias; nunca vieron las lágrimas que también me asaltaban discretamente. Una pregunta de mi hijo Pablito me sacó del trance: «Papá, ¿qué pasó?».

Ahora bien, si me pusieran en la disyuntiva de salvar del fuego un conjunto de materiales, con los ojos cerrados rescataría los relacionados con la corrupción administrativa y los delitos que afectan nuestra economía. En esa línea temática podría

citar «Cuando Acopio ardió», «Hoja de ruta de un desfalco», «El botín de la codicia», «Los filones de un desfalco», «Malversar... hasta un día», que, más que describir, desmontan casos específicos de despojos millonarios ocurridos en entidades espirituanas, con la mirada puesta en las causas. Durante la consecución de esos proyectos investigativos, tuvimos que abrir (así, en plural, pues Juan levantó su teléfono en más de una ocasión) muchas puertas que permanecían cerradas a cal y canto para *Escambray*.

Una vez declaró a una colega espirituana: «No se debe intentar llegar a la cima de la montaña en paracaídas, por veredas; a mi modo de ver, a la cima se llega a pie, poco a poco, abriendo trillo, abriendo trochas, sin temer a las caídas...».

Habría que preguntarle a Ojito cuántas veces, después de haber escalado una cumbre escarpada, ha reiniciado la aventura desde el pie de otra montaña aún más peligrosa, pero con la experiencia a cuestas; en cuántas oportunidades, mientras escribía un reportaje de investigación, con todos los elementos de su lado, ya estaba pensando en el próximo tema en el que se metería hasta el cuello; qué adrenalina se esconde en el centro de esa pequeña mesa redonda donde se ha sentado él cada lunes junto al Consejo de dirección de Escambray y otros «cerebros» para diseñar el periódico de la semana o los nuevos proyectos editoriales que luego se convertirían en premios nacionales.

¿Temores? ¿Caídas? Solo él podrá decir cuánto han dolido y de qué modo se ha levantado. Entre esas escaramuzas de la vida, están las dificultades visuales, que le han obligado a transformar el modo de asumir la profesión.

¿Cómo has resuelto esa prueba de la vida?

No había salido de la cuna y ya usaba espejuelos debido a la miopía; poco después de los 40 años, empecé a sentir como si mirara a través de una ventana con escarcha. Catarata prematura en los dos ojos — diagnosticaron los especialistas —, enfermedad que suele detectarse en los ancianos.

«¡Concho, qué mala suerte!», lamenté, y prácticamente salí de la consulta al salón de operaciones en el habanero Pando Ferrer. Mis ojos quedaron nuevos, de paquete. Hasta que la noche y el sol me atenuaron los ojos. Retinosis pigmentaria, alegaron los oftalmólogos.

Me desplomé psicológicamente por unas horas. Enseguida recordé la entereza de mi papá, un hombre al que le faltaba todo el pelo de la cabeza, pero le sobraban otras cosas. Y me levanté con la misma rapidez con que me había derrumbado al saber el diagnóstico, y ahí, junto a mí, estaban Arelys, mis hijos, mi familia toda, los amigos. Lo otro quedaba de mi parte; ni corto ni perezoso, cogí el bastón y así me ven hoy en día.

A favor tengo que mis manos caminan solas por el teclado; algún partido tenía que sacarle a más de 33 años de ejercicio. En esta pelea, las herramientas informáticas son fieles aliadas. No obstante, les confieso (y lo hago por primera vez) que he necesitado de un extra para asumir que, si antes redactaba una entrevista en tres horas, en estos momentos me lleva el triple o más de tiempo; es como si viviera, como si trabajara en cámara lenta. No me ha quedado de otra que hacer un punto de inflexión en el periodismo que ejercía, con el olor de la calle, y privilegiar el de opinión, más reposado. Por suerte, mis neuronas siguen con los ojos abiertos.

Algunos se refieren a tu esposa, Arelys, también periodista, como tu «sostén», pero intuimos que es mucho más. ¿Cómo la definirías?

Arelys es mis ojos, miro por los suyos. No entrego ningún original sin que antes ella lo revise. Y en periodismo no es solo mi primera lectora; es más severa que mi jefe de Información. La conocí en la universidad; la veía coger rumbo al salón de estudio, con *La Ilíada* entre sus manos y la saya plisada que le cosía su mamá Solángel. El destino quiso que nos reencontráramos en Radio 8SF, Segundo Frente, y no se me escapó. La enamoré con *Mariposita de primavera*, de Matamoros, que nos sigue acompañando. Los dos hijos que compartimos son el mayor regalo que nos hemos dado. A la vuelta de 31 años, le sigo llamando «Mariposa», y ello lo resume todo.

Profesor de la universidad, periodista de Escambray, de Radio Sancti Spíritus... ¿cómo organizas tus jornadas para cumplir con todo?

De lo que asumía con anterioridad, no he renunciado a nada; no depongo las armas tan fácilmente. Todos los días, con excepción del domingo, me levanto a las cinco y treinta de la mañana; escucho el compendio informativo de esa hora de Haciendo Radio, de Rebelde, mientras hago elementales ejercicios de calentamiento. Tomo café y... a la carga. Favorezco, en lo posible, el tiempo dedicado a *Escambray*. Poco antes de las ocho de la noche, dejo la computadora, veo el Noticiero y luego, raras veces, me siento nuevamente frente a la pantalla en blanco. Los viernes estoy frente a mis alumnos en la universidad.

El domingo no me llevo tan tenso, pero vuelvo, con placer, a la «silla eléctrica» y después disfruto de alguna serie televisiva. Antes salía a la feria con Arelys, para garantizar parte de la comida de la semana; esa responsabilidad se la pasamos a

Alejandro y a Pablo; dicho sea de paso, les ha servido de entrenamiento doméstico.

Como profesor, ¿les «regalas» a los jóvenes lo que te costó aprender con años y sacrificio en el terreno, o dejas que se lo vayan ganando, con sus propios choques?

Si queremos, si necesitamos que sean mejores que nosotros, no podemos esconderles la bola a los alumnos; tampoco se las tiro por el medio. Actúo de esa forma porque veo en ellos a mis hijos (uno ya médico y otro, a punto de serlo también), quienes hablan elogiosamente de sus profesores porque les han transmitido no únicamente saberes.

¿Son los premios, realmente, un medidor de calidad y de éxito?

Es verdad: una crónica, un reportaje laureado no revela el calibre de un periodista. Los premios distan de ser el único medidor para ponderar la realeza de un reportero por un mero motivo: admítase o no, la decisión de un jurado siempre estará mediada por el criterio de calidad periodística manejado por este. Por ello, cuando huelo cierto tufillo de altivez en algún colega cercano, le hago saber, de alguna manera, que un premio no te hace el ombligo del mundo.

Al día siguiente del anuncio del José Martí, entre las personas que me llamaron estuvo un lector, quien me confesó que guardaba una crónica que publiqué, nada más y nada menos que en 1989. Evocaba la historia del ya desaparecido central 7 de Noviembre, de Natividad, desde la visión de un octogenario azucarero, sentado en el parque del batey, frente al ingenio. ¿Puede existir mayor reconocimiento que ese? No lo creo.

El José Martí no me ha subido los humos a la cabeza, continúo siendo el mismo guajiro de La Sierpe que no olvida a

quienes me tendieron la mano en determinadas circunstancias de la vida y, mucho menos, a mis maestros. Intento honrar el premio José Martí con lo que sé hacer y lo disfruto: con trabajo. Más de una idea me saca de la cama en estos momentos, entre estas, la posibilidad de emprender la tesis doctoral; si la asumo o no, depende del criterio médico, no quiero ponerme contra la pared.

¿Alguna vez has mirado hacia atrás y te has recriminado por la pasión y el tiempo entregados al periodismo?

Ni cuando éramos los profesionales menos remunerados en Cuba, me recriminé haber optado por ser periodista; la profesión me ha dado más alegrones que sinsabores, que, por cierto, no han escaseado. Nunca me he sentido esclavo de la noticia porque la he disfrutado como el que más. No obstante, ello no excluye que, si tuviera la oportunidad, sí le entregaría más tiempo a mi familia, porque puedo decir a los cuatro vientos que tengo una familia de lujo.

¿Te interesa la trascendencia?

Solo me interesa que me lean; que el lector no pase de largo ante lo que escribo.

¿Qué existe para ti, más allá del periodismo?

Más allá y más acá del periodismo, existen la familia y los amigos, que cuando son de oro y corazón macizos, son también de la familia; la mía, al menos, ha comprendido que el periodismo no es la camisa que, al llegar a casa, se pone a airear en el balcón y la recoges al otro día. En fin, mi familia sabe por qué quemé las naves por el periodismo.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



MUJERES EN REVOLUCIÓN

Coordenadas para un feminismo cubano socialista

Karima Oliva Bello

En este libro se unen las voces de mujeres muy fuertes; solo algunas, porque felizmente hoy son muchas las que trabajan para forjar la igualdad; con la intención de entretejer miradas diferentes, desde lugares y experiencias de lucha diversas en América Latina, para una aproximación compleja a la cuestión feminista.

240 páginas, 2022, ISBN 978-1-922501-58-5



«El periodismo es lo que me mueve el piso»

ENTREVISTA A ARLEEN RODRÍGUEZ DERIVET

Una de las cosas que más disfruta en la vida es leer; y específicamente, leer periodismo. Sobre la mesita de la sala, encima del libro de turno, tiene una edición príncipe de las Obras Escogidas de José Martí, de 1953, que le regaló un gran maestro: Mario Castro, tío de su esposo. En un lugar menos visible de la casa, se agrupan los textos de Gabriel García Márquez. Nos confiesa que, durante mucho tiempo, su libro de cabecera fue *La soledad de América Latina*, una compilación del periodismo del Gabo.

Lee ficción, pero prefiere testimonios, entrevistas, crónicas... «El periodismo es lo que me mueve el piso», nos dice. Después de un café cubanísimo que disfrutamos lentamente, iniciamos lo que serían casi dos horas de un diálogo ameno y familiar, con ese trato amable y cercano que suele distinguir a las personas nacidas en el oriente de este país caribeño.

Enamorada de las letras

En décimo grado era la animadora de todos los espectáculos estudiantiles y participaba de cuanta obra de teatro se organizaba en su escuela. Un día, durante un festival de la Federación Estudiantil de la Enseñanza Media (FEEM), alguien le propuso ir a la radio. Allí, entre un grupo de aficionados, empezó a interpretar personajes de novelas y luego a conducir programas. Dos años después, cuando a su natal Guantánamo no llegaron

las añoradas plazas para estudiar en el Instituto Superior de Arte, no lo pensó dos veces: «Nada tiene más que ver con la actuación y con la literatura que el periodismo». Y así fue como, con 18 años, Arleen Rodríguez Derivet matriculó en la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba.

«No les voy a negar que me gustaba la radio. Imagínense que, recién graduada, leí que Pastor Vega haría su película *En el aire*, en la que a una periodista la mandan para Baracoa a hacer su servicio social en una emisora y le escribí para decirle que quería interpretar ese personaje —por supuesto, no me tomó en cuenta, ya tenía actriz y todo—. Escogí la carrera siempre pensando en volver a la radio. Pero cuando me gradué no había plazas. Gracias a Pablo Soria, que ese año fue promovido a subdirector del diario *Venceremos*, el 13 de agosto de 1982 ocupé la plaza que él dejaba como corresponsal de *Juventud Rebelde (JR)* en Guantánamo. Ahí me enamoré del periodismo escrito; descubrí que la radio para mí era un hobby, que mi verdadera pasión era escribir. La radio rescata en mí esa parte de la actuación que nunca se ha ido: modular la voz, transmitir sentimientos; pero como más cómoda y plena me siento es frente a la computadora. Me pueden dar las cinco de la mañana escribiendo».

Su apego a las letras la llevaba a perseguir cada edición de *El Caimán Barbudo*, fue miembro de la Asociación Hermanos Saíz.

Durante los cinco años que trabajó en Guantánamo, en dos o tres ocasiones le propusieron ir para La Habana, y nunca aceptó. Sin embargo, el divorcio de su primer esposo, la consecuente convivencia en casa de sus padres, entre otras cuestiones, la hicieron tomar esa decisión a finales de 1986.

«Me habían propuesto venir como subdirectora, pero dije que no. Me pusieron entonces al frente de la redacción econó-

mica, donde casi todos eran fundadores del periódico; el más joven era nada menos que Pepe Alejandro. Me hicieron miles de bromas y maldades, pero fue un equipo muy colaborador. Siempre sentí que *JR* era mi casa».

Interrogada por una anécdota de aquellos primeros años en La Habana, nos narra su «entrevista exclusiva» con Fidel.

«Siempre se ha dicho que ningún periodista cubano le hizo una entrevista de personalidad; es cierto. En los últimos días de 1986, el Comandante estaba recorriendo los círculos infantiles y me mandaron a esa cobertura. Para enero de 1987, el periódico debutaría como tabloide, y me dije: Lo voy a entrevistar para el primer número con el nuevo formato. Cuando lo vi llegar, le fui para arriba: Comandante, quiero hacerle una pregunta. “Ah, ¿sí? ¿Pero puedes esperar al menos a que inaugure el círculo? Te la voy a responder cuando salga”. Le tomé la palabra y, con ese ímpetu que uno tiene a los 27 años, se lo recordé: Comandante, usted me debe una pregunta. “No, yo te debo una respuesta, la pregunta me la debes tú”».

Le inquirió acerca de los pronósticos para Cuba de cara al próximo año y Fidel le habló del proceso de rectificación de errores, de la construcción de círculos... Su extensa respuesta ocupó dos páginas del diario.

«Ya en el periódico, redacté el texto y puse: En entrevista exclusiva con esta redactora... La versión a máquina del artículo se la enviaron a él para que la revisara. Tachó las palabras “entrevista exclusiva” y puso “declaraciones”. No salió en el primer número de enero, pero sí el primer domingo. Con el tiempo, aprendí a bajarme de esa nube: que entrevista de qué, si fue solo una pregunta».

Durante los difíciles años entre 1989 y 1993, se desempeñó como subdirectora del periódico y en diciembre de 1993 asumió la dirección.

«Fui la primera mujer que dirigí *JR*, pero no en la prensa cubana. Antes, Magali García Moré lo había hecho en *Trabajadores*, y Caridad Miranda en *Bohemia*. Era un desafío. Fue más difícil lidiar con mis colegas subordinados que con el Partido, y les voy a explicar por qué: a mí me dirigían mis subordinados, yo era parte de ellos, nunca me sentí jefa, nunca les impuse algo, ellos lo saben. Pude haber sido grosera, regañándolos cuando no cumplían con algo, pero los entendía. También fui afortunada porque tuve jefes inteligentes con los que se podía dialogar.

»Después de *JR* tuve que lidiar con otros con los que no me entendí para nada. El gran problema de la comunicación es la ignorancia. Cuando te enfrentas a jefes que ignoran la profesión y las reglas de la comunicación, o que subestiman a la prensa, no hay entendimiento. No fue el caso de mi época en *JR*. Tuve directores inteligentes y sensibles, como Jacinto Granda, Cheíto (José Ramón Vidal), Bruno Rodríguez, Jesús (Pititi) Martínez y otros jefes como Lázaro Barredo, que fue mi amigo personal hasta su muerte y Ricardo Sáenz, que me enseñó a respetar el periodismo. La lista es larga y siempre estará incompleta e incluye a mis compañeros de fila».

En el *JR* de aquellos años se publicaron trabajos que todavía son referentes: reportajes sobre la prostitución en Cuba, la emigración de la juventud, la proliferación de los tatuajes...

«Primero como subdirectora, y después como directora, fui parte de aquel proceso de romper ataduras, de abrir puertas. Teníamos el apoyo de la dirección de la Juventud (UJC), que era quien nos dirigía, y también del Partido. Siempre tuve comprensión y manos libres. Nunca nos impusieron nada, ni me dije-

ron quita esto para poner aquello. Nunca. Te puedo poner un ejemplo: un día me llamó Fidel y me dijo: “Arleen, me acaban de entregar un texto que escribió Katiuska Blanco —era la crónica del primer encuentro que tuvo con él— y el trabajo se me parece más a ustedes que a *Granma* (donde laboraba Katiuska). Pero a lo mejor a ti no te gusta, o al periódico. ¿Podrías ver si lo aprueba tu Consejo Editorial?».

Para ilustrar con otra anécdota, nos contó que en pleno Periodo Especial el Comandante quiso leer el trabajo que saliera sobre el otorgamiento de las primeras bicicletas para la Federación Estudiantil Universitaria (FEU). Manuel Henríquez Lagarde hizo un reportaje que parecía una novela de amor y rozaba con lo erótico: el muchacho soñaba que le daban una bicicleta para llevar en la parrilla a su novia y se iban... Dice que ella se preocupó al saber que aquello lo iba a revisar el Comandante, porque estaba subidito de tono. Sin embargo, y para su sorpresa, las páginas mecanografiadas regresaron con una sola nota, de su puño y letra: «Hermoso trabajo».

«Hubo momentos en que alguien, no precisamente del Partido, me dijo: ¿Pero tú publicaste eso sin consultar? Y dije: Sí, porque creo que es necesario. Y eso me costó. No fui disciplinada, ni obediente cuando me parecía que las cosas no funcionaban. En 1997 hubo un cambio en la estructura de la UJC. Señalamientos a problemas internos que tenía la organización generaron un cambio de toda su dirección. Del Buró Nacional, al que también yo pertenecía, cambiaron a casi todo el mundo. Por eso jamás sentí que a mí me hubieran botado del periódico. Incluso, el núcleo del Partido protestó y dijo que yo no tenía por qué irme, algo que jamás olvidaré, pero yo misma sentía que ya había cumplido. El nuevo Buró Nacional me hizo hasta una despedida, y recibí un trato respetuosísimo, aunque

yo sé que había personas en el Partido que no pensaban igual. A la hora de la despedida, me dijo un compañero: “Tú conoces tus errores”. Mi respuesta fue: Conozco mis errores, tuve muchísimos; pero quizás a los que usted se refiere, para mí son méritos».

Volver a la Radio

Su experiencia al frente de *Opciones* —suplemento económico que editó JR a partir de enero de 1994 para autofinanciamiento— le permitió a Arleen asumir *El Economista*, una publicación especializada cuyo primer número se publicó en enero de 1998. Al año siguiente empezaría como directora de *Tricontinental*.

«Era una revista teórica en la que publicaban los líderes del tercer mundo. Encontré allí otra de mis pasiones: la política. Me gusta el tema latinoamericanista, la confrontación con el imperio, en el sentido de las ideas. Siempre me conmovió la literatura y el periodismo del Che Guevara, de Fidel».

El año 1998 significó también el regreso a la radio. Durante el periodo que estuvo como corresponsal en Guantánamo no había ejercido el periodismo radial: solo locución, y de manera ocasional (se había evaluado como locutora desde los 16 años, antes incluso de iniciar la carrera de Periodismo).

«Quise volver a ejercer la profesión porque no me interesaba seguir dirigiendo —y creo que nadie más quería que lo hiciera—. Me propusieron la radio. Empecé haciendo editoriales para los noticieros de Rebelde, pero no me sentía cómoda; habían pasado 15 años. Estaba como el deportista que deja de correr y luego ya no sabe cómo volver a hacerlo. Entonces apareció una gran amiga, Marina Menéndez, y un tipo fuera de serie, Antonio Moltó, y me propusieron ir al programa

Haciendo radio. Allí estuve desde marzo de 1998 hasta 2002. Me reencontré con la pasión de la radio. Tuve un equipo bellísimo. Volví a sentirme como cuando era una adolescente y la radio era casi un juego».

Al frente de *Tricontinental* estuvo apenas un año. Pidió su liberación para quedarse como editora de la revista, labor que desempeñó hasta 2005, cuando se creó la Oficina de Información del Consejo de Estado y empezó a trabajar en la Mesa Redonda a tiempo completo. No obstante, siguió en la radio con un programa dedicado a los Cinco Héroes cubanos: Una luz en lo oscuro, experiencia que la marcaría para siempre como profesional y como ser humano. Comenzó con una duración de 60 minutos y se extendió a hora y media cuando ellos empezaron a escucharlo en la prisión.

«Durante los 13 años en que estuvo al aire, hice entrevistas a las personalidades más importantes del país que fueron allí por los Cinco. Lo hice hasta que ellos regresaron. El último programa fue con ellos y sus familias». Salía una vez a la semana y se grababa los sábados, aunque en diversas ocasiones debió emitirse en vivo.

«Ahora hago dos programas: Chapeando, que surgió después de los sucesos del 27 de noviembre de 2020, para combatir la ola de desinformaciones y *fake news* que se generó; y Genéticamente hablando, un proyecto que le propuse a la doctora y especialista en genética Beatriz Marcheco — mi vecina que tan buenos consejos me dio en los momentos más difíciles del confinamiento — y al que ella sumó a Patricia Arés. Es un programa que sale los miércoles por Radio Rebelde y que se acerca a lo que vendría siendo una salud personalizada, a través del conocimiento de tus antepasados, de los problemas genéticos de la población cubana, entre otros aspectos».

Guantánamo, ciudad cosmopolita

La historia de la familia Rodríguez Derivet bien podría ser el argumento de una novela de época. Ambientada entre las lomas de Oriente, se remonta al siglo XIX cuando una mujer africana, negra libre, tuvo cuatro hijos con un francés emigrado que era dueño un gran cafetal de Yateras. De aquellos hijos, solo el varón sería reconocido por el padre. Las tres hembras trabajaron como domésticas en la casa hasta que, a punto de morir, el padre les dio su apellido y varias caballerías de buenas tierras.

Una de aquellas tres mujeres fue la bisabuela de Arleen. Tuvo nueve hijos con un amoroso joven francés; juntos levantaron una bella finca cafetalera en las tierras heredadas.

«La madre de mi mamá murió con 26 años y al padre no lo conoció, así que fue criada por mi bisabuela, ya viuda. Ella la inscribió como hija propia, de lo contrario, yo no sería Derivet. La familia era parte de la comunidad francesa de Guantánamo, en la que las mujeres solo aspiraban a casarse “bien”, coser, bordar, cocinar. Mi familia estaba llena de mujeres que cosían bellísimo, pero también tuve tías que rompieron esquemas; por parte de madre una fue la primera mujer en manejar camiones, y por parte de padre la primera en andar en moto; pero el plan para todas era casarse con un hombre que las mantuviera y dedicarse a la costura. No eran ricas, pero sí acomodadas. Mi ropa de niña, por ejemplo, era de hilo blanco, cosida por las tías de mi mamá, que también cosió con gusto y cocinaba como los dioses».

Al triunfo de la Revolución, casi toda la familia por parte de madre emigró al exterior. La mamá de Arleen se había casado con un hombre de pocos recursos que trabajaba en la Base Naval estadounidense.

«Mi padre es un hombre extraordinario. Hicieron una pareja bellísima hasta la muerte de mi madre. Él, de hecho, es jubilado de la Base desde 1986. Aquella realidad marcó mi infancia y mi adolescencia. Venía de una familia campesina, pero pequeño-burguesa, que casi en su totalidad había emigrado. Esas cosas no eran bien vistas entre mi generación, por eso siempre me tuvieron entre signos de interrogación. De hecho, vine a ser militante de la UJC prácticamente cuando entré a *JR*».

El Diamante. Aquel era el nombre del emporio cafetalero de Pedro Belón en Yateras —quemado dos o tres veces, lo mismo por mambises que por españoles—, base del progreso posterior de la familia Derivet que, aunque tenían casa en la ciudad de Guantánamo, levantó sus fincas en Achotal de Monte Ruz, un lugar paradisiaco. De hecho, su mamá pidió que sus cenizas descansaran allí.

«Mi abuelo por parte de padre era canario y radical, casi comunista. Me enseñó a leer en el patio de la casa. Él también trabajó en la Base. Acostumbrada desde joven a que una empleada hiciera las cosas más duras de la casa, mi mamá dedicaba mucho tiempo a la lectura, pero añoraba estudiar. Siempre dijo que la Federación [de Mujeres Cubanas] fue la que la sacó de la cocina. Empezó a dirigir la organización en su barrio, a dar clases de artesanía y a estudiar de noche en la Facultad. Eso fue para ella su realización profesional.

»Y a mí, fueron mi mamá y la Revolución las que me sacaron del previsible futuro de “cásate con un hombre bueno y aprende a coser y a cocinar”. De hecho, cuando estaba en noveno grado, me enamoré por primera vez y quería dejar la escuela para ponerme a trabajar, pero ella me dijo: De eso nada, mi hija tiene que ser universitaria».

Desde que tenía un año, Arleen venía de vacaciones a La Habana a casa de sus tías, que luego emigraron. En julio de 1973, con 14 años, visitó por primera vez Santiago de Cuba y se enamoró de esa ciudad. Cuando fue a estudiar en la universidad, pasó allí los cinco años más felices de su vida. «No me siento extranjera en ningún lugar, no me deslumbran las grandes ciudades, nunca sentí eso que otros dicen, que “La Habana me aplastó”. Lo que me ocurrió con Santiago de Cuba fue diferente, me enamoré porque era una ciudad bella, tenía los colores, la música, el ritmo que me gustaba a mí».

Sin embargo, no se quedó en la «Tierra Caliente» cuando se graduó.

«En aquel momento las provincias tenían un desarrollo más o menos similar. Además, como siempre digo, aunque mis amigos se rían mucho por eso, Guantánamo es una ciudad cosmopolita. Al menos, la que viví. Antes de la Revolución se había desarrollado un tipo de ciudad que no era normal para su poco desarrollo. Allí se gastaba más dinero que el que se generaba, pues una gran parte provenía de la Base. Tenía importantes arterias comerciales, una zona de prostitución —le llamaban la zona de tolerancia—, otra obrera, otra de migrantes. Venía mucha gente de Jamaica. Allí vivió Juan Bosch, el gran líder dominicano. Muchos caribeños venían a trabajar a la Base y vivían temporalmente en Guantánamo. Regino Boti, que es innovador de la poesía hispanoamericana, es de allí. Su hijo fue uno de los más brillantes economistas de América Latina. Mi padre hoy, con 91 años, ama profundamente Guantánamo. Ese amor también lo heredé. Lo más lindo de allá es su gente».

El oficio de preguntar

«La entrevista me fascina. Me encanta descubrir historias y contarlas. Sin embargo, cada vez que las publico pienso: Ay, no pude transmitir lo que quería, no supe aprovechar esto lo suficiente. Me quedo un poco frustrada. No tengo una entrevista así, de la que les pueda decir: la partí».

Le mencionamos algunos de sus intercambios con comandantes de la Revolución, presidentes latinoamericanos, exmandatarios estadounidenses, renombrados científicos o los autores de las entrevistas más extensas que le hicieron a Fidel: Frei Betto, Gianni Miná, Tomás Borges e Ignacio Ramonet.

«Sobre esos últimos, ¡si ustedes supieran!; esa idea nos la dio Abel Prieto. Nos dijo a Randy y a mí: «¿Por qué no aprovechan que por el 80 cumpleaños de Fidel están aquí los mayores entrevistadores de Fidel, y los entrevistan? Las hice con ayuda de Oliver Zamora. Así salió el libro y un casi documental».

Al preguntarle por las entrevistas que más satisfacción le han generado, escogió dos: la que le hizo a Antonio del Conde —*El Cuate*, del yate *Granma*—, «un personaje de leyenda», y la que entabló con el Comandante de la Revolución Ramiro Valdés Menéndez.

«La entrevista a Ramiro fue una gran victoria porque él nunca antes había concedido una sobre su vida. Me dolió que la hayamos tenido que hacer bajo una tormenta terrible —caían rayos y centellas—, pero no podía desaprovechar la oportunidad. Fue hermosa. Pienso que pude haberle sacado mucho más. Recuerdo que llevaba un listado de preguntas, y cuando llegué y lo vi, me dije: La pregunta que va es esta: “Comandante, ¿por qué usted nunca ha dado una entrevista?”. Eso rompió el hielo. Cuando terminamos, pasamos a su despacho y me di cuenta que él podía seguir hablando sobre su familia, su casa, de

todo; pero las condiciones técnicas no daban para más. No obstante, es la entrevista que más disfruté porque sabía que estaba haciendo algo que no había hecho nadie antes».

También nos contó de una entrevista a Silvio Rodríguez con preguntas enviadas por los Cinco desde la prisión. Enumera con humildad a algunos mandatarios: Evo Morales, Nicolás Maduro, Leonel Fernández, Álvaro Colom. Admitió su pasión por las historias de vida: María Antonia Figueroa, tesorera del Movimiento 26 de Julio; Guillermo García, Comandante de la Revolución; los generales Ramón Espinosa, Rafael Moracén *Quitafusil*, Harry Villegas *Pombo*.

«Me quedé con muchas ganas de entrevistar a Fidel. Quizás tuve la oportunidad de pedírsela, de hacérsela, pero cada vez que estaba frente a él, me cohibía, y me parecía que no tenía nada que preguntarle. Le he solicitado una insistentemente a Raúl, pero después de leerme el libro de Nikolái Leónov, que es tan fascinante, me dije: Nada que decir ya, la belleza está ahí, en ese libro. No obstante, sigo con ganas de entrevistarlo».

Además de su rol como subdirectora de la Mesa Redonda, durante años se ha desempeñado como moderadora y comentarista. Al indagar por los aprendizajes de esta experiencia a la que ha dedicado más de 20 años de su vida, todas las respuestas condujeron a Fidel.

«Él era el director de la Mesa. Literalmente. Fue una escuela. A pesar de que yo venía de dirigir una revista, un periódico, hacer radio, algunos principios de la comunicación nos los enseñó Fidel. Por ejemplo, algo que yo tenía *motu proprio* para mi vida personal, el Comandante nos lo dio como principio número uno de la Mesa Redonda, y que también aparece en su concepto de Revolución: no mentir jamás. Nos decía: «ustedes pueden equivocarse porque esto es un programa en vivo, por-

que le dan una primera lectura a lo que van a comentar, pero ustedes tienen la oportunidad de venir al otro día a rectificar. Nunca dejen algo por decir, por aclarar. La verdad es la fuerza más grande que existe, es inderrotable, nada es más poderoso que la verdad».

Nos cuenta, entre risas, que una vez Fidel la mandó para «el banco» — que quería decir, estar sin salir en la Mesa por un tiempo — por no conocer del todo un tema del que habló, y que ella le respondió con esa espontaneidad de «guajira» guantanamera: Ay, Comandante, si yo vengo del banco.

«Fue un tiempo inolvidable de aprendizajes. Te obligaba a estudiar porque él siempre te iba a hacer una pregunta que nadie te había hecho antes. Fue una época en la que yo dormía apenas dos horas. Una etapa linda. Cada vez que nos juntamos, recordamos aquellos tiempos y las cosas que nos decía Fidel. Hace poco hicimos el balance anual, y les dije a Taladríd y a Randy: Siempre tendremos París, como la famosa frase de *Casablanca*. Nuestro París son aquellas horas con Fidel.

«El mejor de nosotros»

En los últimos años se le ve entre el equipo de prensa que acompaña al presidente Miguel Díaz-Canel; sin embargo, nos aclara que no es oficialmente periodista del Equipo de Comunicación y Análisis de la Presidencia de la República de Cuba, sino colaboradora.

«Sigo siendo periodista de la Mesa Redonda. Colaboro con la Presidencia porque Díaz-Canel y yo somos amigos desde hace muchos años, nunca dejamos de serlo. Lo fuimos cuando él era miembro del Buró Nacional de la UJC y fue mi jefe. Me pidió ser parte de ese equipo y dije que no. Puedo colaborar en

todo lo que me pidan, pero ya no tengo la energía, no le puedo seguir el ritmo, y eso que nada más soy un año mayor que él».

El 11 de julio de 2021 ella fue una de las periodistas que lo acompañó a San Antonio de los Baños y luego apareció junto a él en sus comparecencias en la televisión nacional.

«En cuanto hubo noticias, nos reunimos en el Palacio y salimos para San Antonio. Ya él estaba allá. Aquello me remontó al 5 de agosto de 1994. Yo estaba en *JR* y nos fuimos para la UJC nacional y salimos a la calle a defender la Revolución. Allí, en la calle, nos encontramos con Fidel. Lo que viví con Díaz-Canel fue otro 5 de agosto. Se quiso manipular que si él convocó a la gente a una guerra civil: eso es absurdo. Él dijo: “a la Revolución la defienden los revolucionarios, y ese día salimos a defenderla».

Arleen conoce al mandatario más allá de las cámaras y las comparecencias. «Es una de las personas más nobles, limpias, transparentes y consagradas que conozco —asegura—. Lo he visto sufrir, sin dormir, cuando los días del incendio en Matanzas, cuando el accidente del hotel Saratoga, desvelado cuando los problemas con la electricidad, pensando en lo que está pasando la gente, o lo que están sintiendo. Lo único que puedo hacer es acompañarlo. Me llena de muchísimo honor y orgullo que sea un representante de mi generación. Lo he visto crecer como líder, con una modestia y una sencillez increíbles. Él nunca se imaginó en una responsabilidad tan alta. Ha tenido que asumir el desafío de sustituir a los líderes históricos.

»Lo que dijo en la Asamblea Nacional, que se sentía insatisfecho, lo tenía entre pecho y espalda, nos lo decía: “Me siento mal por lo que no he podido hacer, por más que he hecho, siento que no he cumplido con la gente”. Eso es de un decoro, de una dignidad... Él tiene una capacidad de trabajo extraor-

dinaria. Es un huracán trabajando, no cesa. Organiza hasta el mínimo minuto de su agenda. En Buenos Aires, su viaje más reciente, no hubo una hora que dejara libre: encuentros, reuniones... No desaprovecha un minuto, como dijo Raúl una vez. Él siente que todo tiempo es corto para empujar y empujar un país, como diría Miguel Barnet. Para mí es un hermano, un compañero de generación, el mejor de nosotros, y el que está en la tarea más dura».

El activismo político por los Cinco

Mientras entrevistaba a James Carter, durante su segunda visita a Cuba en 2011, se salió de su rol de periodista para reclamarle la libertad de los Cinco y alegar su inocencia, aprovechando una frase del expresidente en la cual abogaba por la libertad y la «inocencia» de Alan Gross.

«Hubo tres factores que hicieron que me involucrara de la manera en que lo hice, como se supone que ningún periodista debería implicarse —aunque yo nunca he hecho ascos al compromiso del periodista; soy política, revolucionaria, comunista, y asumo esas condiciones—. Cuando terminó la batalla por el regreso de Elián, yo me iba a Alemania a hacer un trabajo periodístico. Literalmente me bajaron del avión. Fidel nos llamó para reunirse con nosotros. Saldría la carta de los Cinco al pueblo norteamericano. El Comandante nos dijo: “Contamos con ustedes. Vamos a hacer una serie de Mesas para enseñarle al mundo quiénes son estos hombres. Ustedes tienen el desafío de mostrar la verdad; porque ellos han sido acusados injustamente”. Estuvimos una noche entera conversando. Nunca nos impuso nada. Recuerdo que nos dijo: “Conozcan a estos hombres, a sus familias, sus historias, y entenderán por qué son inocentes”».

El segundo momento fue cuando Arleen conoció a las esposas:

«Olguita, su pasión y el amor por René es algo descomunal; Elizabeth Palmeiro, la esposa de Ramón; Rosa Aurora, la novia de Fernando; Adriana, el amor prohibido de la prisión; Mirta, la madre de Tony, que era como el cemento que unía a todo el mundo. Todas ellas me dieron un mundo de sensibilidad con el que me comprometí enseguida. Olguita tiene mi edad, Rosa Aurora era un poquito mayor, pero las otras podían ser mis hermanas menores. Entré al mundo de ellas cuando empezamos a hacer los programas de radio».

Lo tercero y decisivo fue la entrevista a Roberto, el hermano de René:

«Él me dio todo el contenido del caso. Entendí de arriba a abajo cómo funciona la justicia norteamericana, por qué se habían declarado inocentes, por qué habían ido a juicio. Para mí fue fácil abordar el tema desde ese momento. Soy una persona que se involucra sentimentalmente. Después Graciela Ramírez creó el Comité por la Libertad de los Cinco y me invitó. Fui parte activa de la lucha hasta su regreso».

En la mañana del 17 de diciembre de 2014, Arleen esperaba para ser atendida por el dentista. Cuando la llamaron y le dieron a entender lo que se sospechaba, salió corriendo y a los viejitos que hacían taichí en el parqueo les confió la primicia: «Vayan para sus casas, pongan el televisor, va a hablar Raúl, parece que regresan los Cinco».

»Mi mamá siempre dijo que había tenido dos días extraordinarios en su vida, el día que parió a mi hermano, su primer hijo, porque por fin tenía familia propia; y cuando triunfó la Revolución, que fue como “si todo se hiciera de día”. Aquel 17 fue mi jornada de felicidad inconmensurable».

Recién cumplidos los 40 años en la profesión, Arleen está segura de haber elegido correctamente. «Desde el primer día que empecé a estudiar periodismo hasta hoy nunca me he aburrido. Yo no fui madre por priorizar la profesión. Pude haberme dedicado a hacerme estudios, intentar otras vías, pero siempre tenía una tarea laboral que me apartaba de eso. Y el periodismo me ha compensado; también la familia. Mis sobrinos, y los hijos de mi marido Roberto han sido míos también, todos me lo han compensado, pero el periodismo en primer lugar; nunca me decepcionó. Esto es lo mío, lo que me enciende, lo que me da vida».

REVISTA CONTEXTO LATINOAMERICANO



Publicación de la Editorial Ocean Sur que pretende analizar los procesos políticos y la coyuntura actual en América Latina y el Caribe desde un posicionamiento crítico y revolucionario, rescatar la memoria histórica del continente, traer la filosofía y el marxismo, actualizados, a nuestras luchas por la emancipación y promover el debate.



«Me quedo con la espina, para defender la rosa»

ENTREVISTA A REINALDO CEDEÑO PINEDA

Una mañana especialmente húmeda abordaríamos el ómnibus desde la ciudad de Santiago de Cuba rumbo al poblado de Boniato. Recorreríamos una decena de kilómetros enamorados del verdor que se alza a ambos lados de la carretera y parece competir en altura con las nubes. Es el mismo trayecto que ha hecho y deshecho él cada día durante años, en su ir y venir de la casa a la emisora Radio Siboney, donde su voz le pone ambientes o nostalgias a sus propias letras ante el micrófono.

«Soy hijo del camino; y no es metáfora, es la realidad», nos habría confesado previamente, no con el viso romántico del cronista-poeta, sino con el cansancio que azota a veces al hombre agobiado por las «búsquedas» cotidianas, que no se encuentran sino en la vertiginosa ciudad.

Reinaldo Cedeño Pineda se sabe este itinerario de memoria, porque lo ha auscultado en cada bache, diálogo, historia... que ha encontrado encima de rastras para ganado, pipas de agua, tractores agrícolas, ómnibus Girón, camiones sin barandas, carrozas... que le han servido de «botella» o aventón hasta su morada.

Tendríamos suerte, y viajaríamos a bordo del mismo ómnibus donde le pidieron una vez no reclinar el asiento, aunque él, finalmente, lo hiciera casi al descuido, para quedarse

dormido. El chofer nos dejaría justo a la entrada de la vía que conduce a su casa, plantada en la falda de la montaña, muy cerca de la prisión de Boniato.

Frente a la verja semiabierta, decidiríamos no gritar Reinaaldoooo y atravesaríamos sin permiso el jardín, donde reinan los lirios sagrados que sembró su madre y las plantas ornamentales que crecieron al cuidado de su padre. Tres toques a la puerta bastarían. Saldría con la sonrisa en los ojos, y nos invitaría a pasar. Seguro. Y no habría café, porque al santiaguero no le apasiona la bebida negra de los dioses. O tal vez sí. No podemos saberlo a estas alturas, porque el encuentro físico nunca se produjo, a causa de la pandemia y de las distancias geográficas.

El diálogo cara a cara quedará pospuesto, como la visita. Tuvimos, en cambio, la experiencia de conversar largamente, y en varios intervalos, a través de una primera llamada telefónica, un par de correos electrónicos y no pocos apuntes vía Messenger. Aunque, pensándolo mejor, quién, que haya leído sus crónicas, no ha conocido el barrio donde, hace un tiempo ya, hubo un niño que peleó con otros chicos entre los raíles de la línea del tren, donde también saboreó sus primeros besos.

«Tal vez no hubiera venido al mundo si el que debió ser mi hermano, no hubiera nacido muerto. Fue una historia triste que escuchaba a trazos, a hurtadillas, desde la lejanía, y en la que nunca hurgué demasiado para no revolver el dolor —relata y, entre líneas, lo vemos en penumbras, captando una frase dicha al vuelo por los adultos, tratando de entender—. Así que fui el segundo hijo, con ocho años de diferencia con Esther, mi hermana mayor».

Alguna vez, poseído por un extraño sortilegio literario, Cedeño escribiría para el diario *Juventud Rebelde* que «la niñez es un pedazo intocable de la nostalgia». Debe ser por eso que se aferra a los recuerdos, mira hacia atrás y ve «letras por doquier, colgadas en las paredes, pues mi madre era maestra y entonces se enseñaba con el método llamado “mímica”.

»Una mañana, mucho antes de ir a la escuela de manera oficial, sorprendí a todos leyendo aquellos despleables. Siempre he dicho que mi madre fue mi primera maestra. Mi mejor maestra. Y viví rodeado de libros, viéndola escribir sus planes de clases y también sus poemas».

Ese ambiente de aprendizaje y la certeza de estar a salvo bajo el techo familiar, que no aquilataría en su justa dimensión hasta muchos años después, lo marcarían para siempre:

«Tuve cobija y abrazos seguros. Siempre creí que eso era lo natural, que eso le pasaba a todo el mundo. Andando el tiempo, comprendí que tuve una grandísima suerte, no solo porque me quisieran, sino también porque siempre me impulsaron, me exigieron».

Le resulta difícil escoger un momento definitorio, entre tantos que se agolpan en su memoria, porque vive convencido de que «la infancia es el descubrimiento del mundo». Debe ser por eso que, cada vez que necesita reponerse de las «mordidas de la vida», viaja a ese tiempo y se «envuelve» en él.

«Fui un niño mayormente solo, anhelando a su hermana, que estaba casi siempre lejos —relata Cedeño y nos lleva de la mano a la década de los setenta—. Mi primera gran salida fue a Camagüey, donde ella estudiaba ballet. La llegada a aquella casona, mis infinitas travesuras, ver una zapatilla, a mi hermana convertida en cisne... son cosas que un niño nunca olvida. Todavía me veo subiendo las inmensas escaleras, asomán-

dome a los viejos balcones, entrando en los salones... y todos corriendo detrás de mí.

»Y también mis viajes a San Luis (al pueblo y al monte), para ver a mis primos, que fueron mis hermanos, y el duro aferrarme a mi abuela Ana. Cada vez que me iba, era la tragedia: mi abuela tenía que bajar conmigo, porque no había ser humano que me hiciera desprenderme de ella, y una vez en la terminal, los adultos se ponían de acuerdo para engañarme. Se subía al ómnibus, pero se bajaba en la primera curva y yo me convertía en el niño más desolado del mundo. Era una película en repetición, una angustia. He revisitado ese pasaje de mi infancia y me he vengado en la escritura: los adultos nada saben, mi abuela siempre se iba conmigo».

Y ahora que ha destapado el caudal de sus memorias, asegura que no hay ningún suceso como aquel... cuando nació por segunda vez:

«A la escolita primaria, de la cual mi madre era encargada, le regalaron un paquete de prendedores con la imagen de Lenin. Me encantó aquel objeto que brillaba, y andaba con él para arriba y para abajo. Un día, con el pan en una mano y el prendedor en la otra, me entretuve y, en vez de llevarme el pan a la boca (no me pregunten cómo), me tragué el sello. Todo pasó en un santiamén. La vida se sostiene de un suspiro y... cuando recordé, ya estaba regresando del quirófano. La delgada aguja del prendedor milagrosamente no interesó ningún órgano vital. No se prendió en la muerte. Recuerdo un desfile frente a mi cama para ver “al niño que se tragó a Lenin”. Así me bautizó el cirujano.

»Como ven, una madre maestra, libros en derredor, sucesos que me salían al camino. ¿Cómo podía escapar? La brújula del destino marcó mi futuro».

Han pasado varias décadas y no pocas venturas y desventuras, desde que aquel muchachito de pantalón azul y pañoleta, amante de los libros y del pensamiento, debiera plantarse frente a su familia, preocupada por sus aficiones, para leerles un texto de autodefensa que él mismo había escrito.

«Cuando empecé a dedicar más tiempo a leer y escribir del que creían razonable para un niño, empezaron las preocupaciones —recuerda—. Hice un poemita defendiendo mi gusto y lo leí para todos en el centro de la sala de mi casa. Fue una declaración y todos lo entendieron. Por supuesto, estaba entre gente que me quería».

El azar le ha puesto en situaciones similares en no pocas ocasiones, pero él se ha ido especializando en el arte de leer su cartilla, sacar los saldos positivos y continuar hacia adelante:

«Uno comienza gateando y a medida que los años transcurren, la vida te exige que sobrepases la varilla, que tomes la pértiga, que corras el horizonte, que te hagas cosmonauta. Si no lo intentas, pereces. Por supuesto, también he aprendido el valor de centrarme, de preservar mis energías; he aprendido el valor del silencio (los silencios suelen ser filósofos). Busca lo que hay en el envés y emergerá un mundo... pero cuando hay que tomar la cartilla, no hay de otra».

Del otro lado del chat, Reinaldo Cedeño advierte: «Aprovechen, que estoy de vacaciones y me puedo recrear. Luego entro en la rueda de la cotidianidad». Además de su trabajo como redactor, reportero, director y guionista de la emisora cultural especializada Radio Siboney, donde mantiene secciones como *Pensar la cultura*, trabaja para las revistas *Así* (Radio Rebelde), *Imagen*

(CMKC, de Santiago de Cuba). También es miembro del ejecutivo nacional de la Asociación de Cine, Radio y Televisión de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), del Comité Nacional de la Unión de Periodistas de Cuba, columnista de *La Jiribilla* y asiduo colaborador del periódico *Juventud Rebelde*. Captamos su mensaje rápidamente y no demoramos el aluvión de preguntas.

¿Estudiar periodismo fue un sueño cumplido, o una decisión que hoy cambiarías? De tener la oportunidad otra vez, ¿apostarías más por la literatura?

Si digo que el periodismo fue mi sueño, estaría mintiendo. No tenía una vocación definida cuando ya estaba abocado a optar por una carrera. Eso sí, tendría que ser algo que tuviera que ver con la escritura, y como siempre fui una persona curiosa, pensé en un trabajo que no me sujetara demasiado a un lugar determinado o a un horario, algo que me permitiera moverme.

Me interesaban muchas cosas a la vez: quería ser discóbolo como Luis Mariano Delís, narrador deportivo, explorador, piloto, egiptólogo, poeta... y el periodismo se me apareció como la solución para recorrer muchos caminos, para interesarme en muchas vidas. Cuando entré a las aulas de la Universidad de Oriente, no tenía idea de lo hermosa y lo difícil que resultaría esta profesión, ambas cosas en pugna permanente.

Respeto a los que son capaces de aprehender un personaje (una vida) o de crear una atmósfera, desde la más dura realidad o desde la más desbocada ficción. No me van los estancos, de si se logra en una crónica, en un documental sonoro, en un poema o en un cuento. Yo escribo. Escribir es un dolor, decía Martí. Y el único motivo por el que volvería atrás —si el milagro me fuera concedido—, sería para arrancar el día en que murió mi madre.

¿Cuál es tu ambiente ideal para escribir, para crear?

El silencio. Amo el silencio profundamente, no el de callarse por temor; sino el silencio del respeto, diamantino y creador. Me refiero al silencio del gran poeta Regino E. Boti: "Mientras otros gritan / yo enmudezco, yo corto, yo tallo; / hago arte en silencio". Siempre he creído que, más que un verso, es una tesis de vida. Desafortunadamente, vivimos en una sociedad desbordada de ruido, de música alta, entronizada en los barrios y en no pocas instituciones, para la cual la bocina resulta el *súmmum*. Se habla del tema, pero por lo general, se ha convertido en retórica, lamentación, normas pasadas por agua. Siempre parece haber algo más importante.

¿Cuánto le aporta o le resta a tu proceso creativo el vivir en Boniato?

Boniato, en las afueras de Santiago de Cuba, es lo que llaman poblado-dormitorio. Aquí vivo cerca de la tierra: los que olvidan la tierra, olvidan mucho. Mi primer paisaje son las montañas. Se gastarán mis ojos y ellas seguirán allí. Creo que el lugar también me ha ayudado a concentrarme más, lo cual siempre beneficia a quien escribe. Aquí hay historias y personajes, como en todas partes; mas en el otro lado de la manzana, se hallan cotidianidades retardoras: los baches inmemoriales de la carretera, el depender de un transporte público ineficiente, la endeble estructura de servicios cercanos, todo lo cual requiere un gasto extra de tiempo y dinero.

Este pedazo oriental de Cuba te obliga al eterno cimarronaje. Todo lo que he podido hacer, lo que haya podido lograr, ha sido desde aquí, o más bien, ha sido resultado del duro transitar entre el centro de la ciudad y mi casa. He desesperado, he amado, me he perdido en estos andares. Vivo en un constante *road movie*. Yo soy hijo del camino.

¿Cuánto le debe tu periodismo a tu narrativa, y viceversa?

Me han dicho en ocasiones que soy un periodista extraño, nunca me ha interesado el «palo periodístico», ese apremio por ser el primero en decir algo. Decirlo primero no es necesariamente decirlo mejor. Prefiero trabajar la idea, bordar la frase, captar su dimensión. Lo intento cada vez que puedo. Soy más de la reflexión que de la noticia, del eco que del disparo. Tal vez ahí copulen el periodista y el poeta.

Me resultó simpático que cuando gané un premio literario en Pinar del Río, en 2011, la información decía: «Un periodista gana el Premio Hermanos Loynaz de poesía»; y cuando gané el de periodismo en 2021, hubo un despacho que titulaba «Un poeta gana el Premio de Periodismo Cultural». Cierta vez, como prueba, mandé el mismo texto con mínimas modificaciones a concursos de poesía, crónica y narrativa, y en todos obtuvo algún reconocimiento.

También he intentado hacer, de vez en cuando, narración desde lo ficcional. Son brazos de un mismo tronco, afluentes de un mismo río. Especifico desde lo ficcional, porque creo que en Cuba nos hemos quedado afincados en algunos esquemas. La narrativa no es solo el cuento o la novela, hay una narrativa de la realidad legitimada y reconocida con premios literarios en el mundo. Búsquese, por ejemplo, la obra de Svetlana Alexéivich, galardonada con el Premio Nobel de Literatura (2015), que dio voz a los sobrevivientes de Chernóbil; o la de Elena Poniatowska, Premio Cervantes de Literatura en 2013, cuya obra más reconocida, *La noche de Taletlolco*, resulta un testimonio coral sobre la matanza estudiantil ocurrida en la capital mexicana en 1968. Son apenas dos ejemplos.

En 2018, en Colima, México, viví muchas experiencias; entre ellas, tuve la posibilidad de presentar mi libro *Poemas del lente*

en la sede de la Asociación Colimense de Periodistas y Escritores (Acpe). La fusión que plantea esa organización ha dejado atrás tantas divisiones en materia de escritura. No hay campo más increíble que la realidad.

Desde hace años, en espacios académicos, en la Asociación Hermanos Saíz (AHS), en la UNEAC..., se habla de la necesidad de un periodismo cultural más apegado a la crítica artístico-literaria. ¿Esa responsabilidad formativa toca más a la academia o al interés y la sapiencia del profesional que ejerce como periodista cultural?

Voy a retomar algunas ideas ya expresadas y otras que le confesé alguna vez a un gran colega, Erian Peña. La cultura no es un entretenimiento, sino un estremecimiento. No se va a la cultura, se vive dentro de ella. Desentrañar el infinito universo de la creación, ir de la contemplación al papel, de la entrevista a la inmersión, del trazo a la imagen, del gesto a la voz, de la historia al sonido... es un reto formidable. Pensar, escudriñar, develar, atreverse, son palabras claves.

Toda crítica contiene una elaboración subjetiva, por supuesto; mas, para tender esa urdimbre, hay que tener sustento cultural, repertorio ideo-estético, claridad de fines. Ese espectador no se logra con un chasquido de dedos, necesita entrenamiento. Casi son verdades de Perogrullo. Alfredo Guevara en *Revolución es lucidez* decía: «(...) la crítica la encarnan hombres y mujeres a quienes reclamo lo mismo que a los realizadores, cultura rigurosa y profunda, verdadera información y autonomía de pensamiento».

En Cuba tenemos medios especializados en varias manifestaciones de la cultura que intentan hacerlo. Lo esencial, a mi modo de ver, es fomentar la conciencia de la necesidad de la crítica artística no como un espacio a llenar, sino como un espacio

formador del gusto, como defensa de las jerarquías, como antídoto contra la banalidad que abarata nuestro espectro emocional; y, también, como un desafío, como un pase a otros mundos, como una provocación al intelecto. Y en ese sentido, toca a las universidades fomentarla, aunque la preparación para ejercer la profesión requiera, en primera instancia, de una alta dosis de integralidad. Toca a los medios diseñar la estrategia, y a los profesionales, prepararse para ella.

El periodismo cultural alcanza su expresión definitiva cuando la aproximación al hecho o proceso cultural parte del examen y no del mero reflejo. No es aquello que se mueve alrededor del hecho, sino su exégesis; no es la letra, sino la llama. Cada periodista tiene su propio periodismo, es decir, sus formulaciones para aprehender, interpretar y transmitir un determinado acontecimiento. Cada profesional se ha de preguntar a sí mismo cómo insuflar esa llama.

¿Es posible rescatar el ambiente analítico, la polémica (publicada) sobre los procesos culturales cubanos?

Cuando el periodismo deja de ser la conciencia crítica de una sociedad, comienza a dejar de ser periodismo, y entiéndase la palabra crítica como el ejercicio de la opinión. Solo se critica lo que se ama, del resto pasas. Desde la mentira y la desmemoria ni se hace periodismo ni se hace patria. El patriotismo es ardor, el patrioterismo es oportunismo.

Una vez escribí sobre un sitio que andaba explicando la historia con cierto sesgo a beneplácito del turismo. Critiqué también la venta de la bandera cubana solo en moneda libremente convertible y su ausencia en la nuestra. Eso levantó réplicas y contrarréplicas, publicadas en el mismo sitio. Recuerdo todo lo que generó el artículo «Un micrófono no es una pasarela»,

publicado en mi blog *La isla y la espina*, con opiniones a veces encendidas, de lejos y de cerca. Afortunadamente, desde sitios como *La Jiribilla* y *Cuba-periodistas* he podido formar parte —junto a otros analistas, colegas y personalidades— de espacios de opinión sobre los desafíos de la cultura cubana.

Me gusta llevar a mis programas radiales a personas de pensamiento, investigadores, profesores, gente que habla de la cultura en profundidad y de espacios mediáticamente menos favorecidos. Temas relacionados con la comunicación y las redes, el África del imaginario y el África real, los conceptos de la marginalidad, el arte público, el consumo cultural, la comunidad y la cultura... Me gusta terciar, «pinchar» a mis invitados. Todos aprendemos y eso suele generar casi siempre sus cosquillas.

¿Has tenido desencuentros con personalidades de la cultura debido a algún criterio «incómodo»?

En nuestra sociedad —no solo en el periodismo, ni solo en el periodismo cultural— hay mucho tributo a los eventos y una mirada más tímida a los procesos. No podemos desligar el periodismo de la sociedad que tenemos, como si fuera algo supra. Podemos soñar un país y defender esos sueños, pero tras ellos, no podemos solapar el país que tenemos, con todas sus angustias y fulgores. Por suerte, hay profesionales capaces, colegas de altura que —pese a los molinos— se afanan en esta profesión de Quijotes.

Cuando ejerces la opinión y señalas aspectos negativos, no esperes una postal a cambio; hay quien se disgusta. Eso lo tengo asumido. Ha habido sus casos, cómo no; pero en mi experiencia de trabajo, esas diferencias mayormente se han zanjado desde el respeto. La polémica es un intercambio de saberes, no un duelo

a sablazos. Un proyecto público está sometido al juicio público, eso es inevitable, y quien no lo asume, no está realmente preparado para ser actor de ninguno de ellos.

Que un cronista, periodista y escritor con tus luces haya tenido que vender maní alguna vez, es algo que asombra y, posiblemente, asuste. ¿Hablas sin tapujos sobre esa experiencia?

Primero, agradecer profundamente esas consideraciones, donde hay mucho de generosidad de vuestra parte. Aunque mi etapa de manisero —digámoslo así— la conocían las personas más cercanas y algunos colegas, solo ha visto la luz en crónicas, 30 años después. Ha sido el tiempo necesario para convertirlo en literatura. «Memorias de un periodista manisero» puede encontrarse en redes y en mi último libro, *Cabaladuras*. Cuando la jaba pendía de mi hombro, cuando rezaba porque no quedara un solo cucurucho, cuando desandaba por el Santiago de Cuba de cuatro soles, no había letras que escribir ni crónicas que contar.

A principios de los noventa, tras la caída del campo socialista y la desintegración de la Unión Soviética, sobrevino en Cuba una crisis severa, eufemísticamente llamada Período Especial. En tales circunstancias inicié mi vida laboral en el periódico *Venceremos*, de Guantánamo, y llegó un momento en que era imposible sostener mi trabajo. Un bombillo encendido era noticia; cuatro ruedas, una excentricidad; y una hamburguesa, la bendición. Volví a mi casa en Santiago y tardé dos años en regresar a un medio: no encontraba trabajo. No solo vendí maní, sino todo lo que pude arrancarle a la tierra. Con el fruto de esa labor, me fui un día a La Habana y entrevisté a la Premio Cervantes, Dulce María Loynaz. El destino me premió

con aquel encuentro. Algunas entrevistas no se acaban nunca. El maní... se volvió literario.

El camino honrado puede ser el más largo, te suele exigir muchos sudores; pero lo prefiero a los atajos o a las escalas. No me gusta el maní, pero aprendí que lo que no te gusta, a veces puede salvarte. No me gusta el maní, pero hoy sigo comprándolo cuando veo asomar a un vendedor: ¿quién sabe qué historias, qué manos, qué habrá detrás de quien tiende el modesto cucurucho?»

Te has movido con soltura por diferentes medios de comunicación. ¿Tienes predilección especial por alguno de sus lenguajes? ¿Serías el mismo de hoy, por ejemplo, sin Radio Siboney?

Diferentes circunstancias me han empujado el horizonte y he tenido que dar un paso y otro más; aunque mi signo no es precisamente la quietud. Cada una de las formas de expresión tiene sus lenguajes, pero son hojas de un mismo árbol: la comunicación y la pasión.

La radio siempre estuvo conmigo. Recuerdo que cuando acababa Alegrías de sobremesa, debía partir rumbo a la escuela y aquellas historias que escribía Alberto Luberta, se iban conmigo, flotaban en el aire. Recuerdo en los ochenta las voces de Gladys Goizueta y Jorge Ibarra, como me arrojaban la madrugada de la escuela al campo, casi me soplaban el gofio hirviendo que nos daban en el desayuno... Pero, trabajar en la radio, no... eso jamás lo soñé.

Radio Siboney llegó a mí como un oasis en el comienzo del siglo XXI. Venía del periódico *Sierra Maestra*, donde durante un lustro fui redactor jefe de la página cultural. Toda una plana para mí. Fue un aprendizaje retador, hermoso y tantas veces áspero, hay que decirlo; mas lo que te obliga a crecer, al final

siempre lo agradeces. Empecé a transitar de la escrituradad a la oralidad, sobrevino una etapa de acostumbrarnos; pero encontré gente colaborativa y acogedora.

En esa casa radial especializada en información cultural y música instrumental ligera, fundé su noticiero (cultural, naturalmente) que hice en solitario en los primeros tiempos. Una experiencia singular. Frente a sus micrófonos hemos entrevistado a personalidades y a nuevos talentos, he estrenado mis crónicas y comentarios, he templado mi voz. No digo que sea perfecta, cada lugar tiene lo suyo; pero siento que he aprendido otras habilidades escuchando a sus realizadores.

La radio-revista vespertina Música y algo más, es como mi casa. Colaboro habitualmente con otras emisoras santiagueras y del país, con otros sitios webs y publicaciones impresas; pero Radio Siboney es mi laboratorio. Hemos aprendido además a compartir nuestros contenidos en las redes, en grupos, todo lo cual nos enriquece, nos revigoriza.

Radio Siboney es la más pequeña de las emisoras del municipio de Santiago de Cuba, pero ¿acaso a estas alturas de este mundo hipercomunicado en el que vivimos, no somos ya municipios del mundo? ¿No son pequeñas las semillas y gestan los bosques? No creo en las pequeñeces *per se*. La mano que toma el arco es más importante que el tamaño de la flecha.

Quince libros publicados bajo su rúbrica, donde abundan la crónica, la poesía, el ensayo, la investigación, el cuento...; premios y reconocimientos como la Distinción por la Cultura Nacional (2022), el Premio Nacional de Periodismo Cultural José Antonio Fernández de Castro, por la obra de la vida (2021), y el Premio

Hermanos Loynaz, de poesía (Pinar del Río, 2011). Ha integrado jurados de otros tantos certámenes, le ha tocado evaluar y ser evaluado. Tal experiencia le da vista larga para saber si los premios son en verdad un motor impulsor para la creación.

Cedeño apela al artículo «Sobre los oficios de la alabanza», uno de los más breves y medulares que escribió Martí en el periódico *Patria*: «El corazón se agria cuando no se le reconoce a tiempo la virtud. El corazón virtuoso se enciende con el reconocimiento, y se apaga sin él. (...) Y a los corazones virtuosos, ni hay que hacerlos mudar, ni que dejarlos morir». Y él cree en eso: «Hay que leer con calma, pues habla de “corazones virtuosos”: jamás hay que perder de vista la ética a la hora de premiar. Los reconocimientos son importantes en tanto visibilizan una obra, justiprecian un trabajo; pero no pueden obnubilarnos, no son el medidor único (ni último) de la calidad de la obra ni de quien la hace. La creación es una red de subjetividades, no una carrera de 100 metros planos».

Cada vez se gradúan de Periodismo más y más jóvenes con nuevas habilidades acordes con la comunicación contemporánea. No son pocos los colegas que los miran con recelo y, a veces, con temor. ¿Cómo asumes su cercanía y esas ganas de «comerse» el mundo?

Yo también quería «comerme» el mundo, así que no vale criticar el ímpetu de los que comienzan; pero siempre supe reverenciar las experiencias. Por más talento que puedas poseer, la experiencia es insustituible. A la hora de atrapar una historia, de aquilatar un suceso —antes de expandirlo por la vía que sea—, primero hay que encontrarle la médula, hay que raspar la cáscara, para que no se te escape como humo entre los dedos, para no disparar balas de salva. Hay que preguntarse siempre

el porqué de las cosas. Y no es tan fácil como pudiera parecer a simple vista. Va más allá de un clic.

Vivimos en medio de una cultura transnacional y, justo por eso, hay que afinar el discernimiento para no extraviarse entre un post emitido en foros, blogs, sitios, grupos, redes —que puede ser efectivamente de valía, ser citado, ganar determinadas páginas referenciales—, con aquellos marcados por criterios fuertemente personales, por intereses espurios, por la chovinista cercanía. O los que son acaso, pura chatarra, pura falsedad, un tributo a lo *light* como filosofía.

En 30 años he aprendido que una información es algo serio y en eso me abraso. Ya no tengo vueltas. Eso sí, hay que aprender a diferenciar los odios insalvables de las diferencias de enfoques, y a discrepar con altura de las ideas, sin atacar a las personas que las sostienen. Por supuesto, eso requiere de un entrenamiento no solo tecnológico, sino también cultural, ético y humano. Y ahí no son decisivas las edades, sino las capacidades. No encuentro menoscabo alguno en aprender de los más jóvenes, ni en escuchar a los que ya estaban en el ruedo cuando uno llegó.

¿Te estremece o te asusta que te llamen maestro?

Permítanme comentar un pasaje que nunca se me va: impartía un taller sobre periodismo cultural en México y al final se me acerca uno de los participantes. «Pero qué país es ese... cómo le hacen para tener gente tan preparada», me dice. Se me agolparon tantas cosas, tantas luchas; me emocioné hasta las lágrimas. No era un elogio personal, de pronto me había vuelto Cuba.

No escribo para envanecerme, sino porque no lo puedo evitar. Nunca he pretendido sentar cátedra. Me extraña siempre cuando alguien me dice maestro. No me acostumbro, no me

cabe y, además, me queda un mundo por aprender. Ojalá la vida me permita hacerlo.

¿En qué maestros tuyos piensas cuando eso sucede?

¿Maestros? Pienso en tantos a los que agradecer por su sabiduría, su paciencia; pero ya que hemos hablado de mis primeros años, pienso en Alina Diez Espino, en «La señorita Alina», mi maestra de la escuela primaria Antonio Robert, en el poblado de Boniato. La recuerdo cuando avanzaba con sus libros acunados en los brazos, envuelta en el polvo del camino. Cuando la veíamos llegar, la escuela toda hacía silencio.

Un día, nos subió al estrado porque habíamos copiado una tarea del cuaderno de una compañera y sentí que la montaña se despeñaba sobre mí. Cuando el silencio se volvió más sofocante que el calor, nos dijo: «Los felicito por haber sido honestos», y nos soltó aquella frase: «La verdad, aunque es severa, es amiga verdadera». Debo confesarlo: sofocar la pena, comprenderla de verdad, me llevó años; pero cuando la vida me pone entre la conveniencia de callar y el civismo de romper el silencio, sé que la señorita Alina me está mirando.

En los últimos tiempos se habla mucho de la importancia de respetar las diferencias y la diversidad. ¿Cuánto nos falta para que se comprenda en toda su dimensión el significado de esa pluralidad? ¿Cuán difícil resulta deconstruir y volver a armar ciertos patrones?

Sin diversidades, sin diferencias, no habría humanidad. Convivimos inexcusablemente en ellas y tenemos que aprender a convivir armónicamente con ellas. Cuando comienzas a pensar que solo es valedero aquello que se realiza a tu imagen y semejanza, que tienes el monopolio del pensamiento, ya tienes un pie en el fascismo, aunque pueda asustar la palabra.

De muchos desasosiegos, de una conversación con Fátima Patterson (Premio Nacional de Teatro), de la complicidad con mi colega y amiga Katiuska Ramos, surgió «Piel Adentro», un espacio por la inclusión, en el Café Teatro Macubá. Pudo haber sido una osadía, pero consideramos que era hora de no quedarnos sentados. Fue un puro aprendizaje el escuchar testimonios formidables de personas con diferentes tipos de discapacidad, de mujeres insumisas, de longevos, de seres humanos con diversas orientaciones sexuales, de los artistas del cabaret, de aquellos discriminados por su origen geográfico. No solo hay homofobia, también hay gordofobia, viejofobia, orientalofobia...

Llevo grabado el homenaje a José Daniel Roibal Granados, alguien que se convirtió en Patricia, las 24 horas del día, todos los años de su vida. En algún momento, la vi bajando la calle Enramadas, con su cartera, sus sandalias, su cabello anudado. Sacudía el pelo como si sacudiera también algunas maldiciones que le salían al camino. Era valiente, cuando mofarse de los homosexuales era parte del folclor nacional. Al teatro acudieron sus vecinos, hablaron de su bondad, de sus valores; aunque uno de ellos mencionó la palabra «defecto». Comprendimos que hablaba por él la tradición machista, la educación heteronormativa, y le corregimos amorosamente: el amor no tiene defectos.

En otra ocasión, nos llevamos a Yeni y a Mercedes, dos mujeres que se aman y hacen su historia en una finca de Oriente adentro. Tenían una capacidad de comunicación arrasadora. No nos conformamos y fuimos del teatro al surco y del surco a la radio. De allí surgió el documental sonoro "¿Escondida de... quién?" que, para suerte nuestra, ganó varios premios.

No podemos cansarnos, nos toca aportar en la construcción de una sociedad más inclusiva, más contemporánea; un país de personas más plenas, más felices. Queremos, debemos y

podemos. Siempre he dicho que todo el que tenga voz, que la alce, y desde el periodismo podemos hacer mucho. No basta, claro está, la justeza de la intención; es preciso hacerlo con arte, con autoridad, con conocimiento. Sin concentrarnos en fechas o campañas, sino como un goteo, capaz de preparar la tierra fértil para ser escuchados.

Hay una larga lista de historias dramáticas por develar: los prejuicios pueden ser asesinos. Hay historias de luchas por los derechos de la mujer, contra la discriminación racial, por reivindicaciones de la comunidad LGBTI... y también personalidades, proyectos líderes en la comprensión de estos temas. Hace algún tiempo decidí crear un grupo en las redes sociales digitales llamado «Otreddades», para abordar la diversidad, el arte y el pensamiento, bajo la frase de Jean Paul Sartre: «Nadie es como otro. Ni mejor, ni peor. Es otro». Es un intercambio fecundo y cotidiano.

Cuando los credos se convierten en muros, hay que escalarlos. Cuando la diferencia empieza a verse como inferioridad, comienzan las dentelladas. La discriminación es el agujero negro de la felicidad. La felicidad no tiene un diseño preconcebido: no admite corsés, ni dictadores, ni recetas. La felicidad hay que estar dispuesto a bailarla, a gritarla, a desplegarla al viento; hay que quemarse en ella si es preciso, porque un solo gramo basta para justificar la vida.

Como si de verdad hubiéramos tomado aquel ómnibus para bajarnos a escasos metros del camino que conduce hasta su portal, y sentarnos sin probar una gota de café, porque Cedeño no se deja seducir por sus misterios, ahora mismo el tiempo es un

verdugo. Agotado debe estar el periodista, el escritor, el hombre común... que ha respondido sin evasivas. No se queja. Reinaldo tiene temple de conversador impenitente. Pensamos en su blog (<http://laislaylaespina.blogspot.com/>), en los avatares cotidianos, en su resistencia y su fidelidad.

De la Isla, ¿te quedas con la espina?

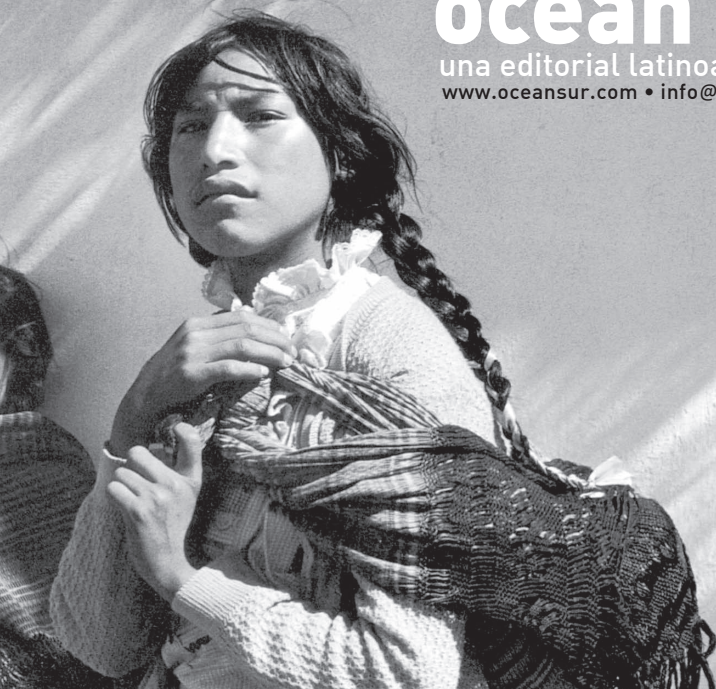
Esa pregunta y otras tantas se abalanzan sobre mí, como una granizada. ¿Cuánto he podido aportar a la gente de mi país? ¿Cuántas veces me he conformado? ¿Cuántas olas he surfado? ¿Cuánto me queda por navegar? No tienen respuestas fáciles. De los facilismos estoy harto.

Si tuviera una motocicleta, tal vez reeditaría un viaje al estilo guevariano, por cada rincón de mi país: estoy seguro de que aprendería mucho... pero entretanto, he hecho lo que he podido. Me quedo con la espina, para defender la rosa. Me quedo con la adarga y, sobre todo, con la cabalgadura. Cada vez que, desde mi voz o desde mis letras, he tocado a una persona honrada, renazco, siento que mi país me abraza. Yo no puedo vivir sin abrazos.

ocean sur

una editorial latinoamericana

www.oceansur.com • info@oceansur.com



Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman sus doce colecciones: Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista, El Octubre Rojo y la Colección Juvenil.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

«Agradecí la invitación de prologar un libro que me ha encantado, que me ha hecho llorar en más de un momento y que me ha hecho crecer desde el alma. El texto es la confirmación, que he tenido desde hace mucho tiempo, de que nuestro gremio es una de las familias más cristalinas, valientes, inteligentes y leales a la emancipación, que habitan en nuestra Cuba. Al leer he sentido orgullo de ser periodista».

—Alina Perera Robbio

Quemar las naves, hacer periodismo continúa la labor iniciada hace dos años por los entrevistadores en *El compromiso de los inconformes*. Esta vez los testimoniantes son 12 experimentados profesionales de la prensa cubana —cinco de ellos acreedores del Premio Nacional de Periodismo José Martí—, quienes exponen, sin medias tintas, lo que ha significado en sus vidas hacer periodismo desde Cuba.

